MARIA ISABEL SALSENCH OLLÉ



Olas y Cantos

PASIONES LEGENDARIAS IV

Derechos de autor © 2025 Maria Isabel Salsench Ollé

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Número de control de registro: 2508102735977

Contenido

Derechos de autor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo final
Epílogo

Capítulo 1



Willowmere nunca había conocido el alboroto... hasta aquel día. El campo comunal, donde antaño solo resonaban los pasos de los pastores y el murmullo del viento entre los sauces, vibraba con un revuelo inusual. Las ancianas cuchicheaban desde los pórticos, los niños corrían como si esperaran la llegada de un rey, y hasta los cuervos del campanario —oscuros y con cara de amargura— parecían perder la compostura. Algo estaba a punto de suceder, algo que cambiaría el ritmo adormecido del pueblo... y quizá, también, su corazón.

El Festival del Deshielo marcaba no solo el final del invierno, sino el renacer de todo lo dormido. Campesinos, artesanos y forasteros se reunían desde los rincones más lejanos del valle, atraídos por la promesa de música, risas y un nuevo comienzo. Las cintas danzaban en los arcos florales, los niños corrían descalzos entre charcos de nieve derretida, y las mujeres ofrecían empanadas calientes y ramilletes de azafrán seco. Bajo los robles aún desnudos, los músicos afinaban sus violines, mientras el aire olía a lavanda, fuego de leña y pan recién horneado. Willowmere, por unas horas, parecía otro pueblo.

Ariel Morvan no estaba entre los vendedores ni entre los curiosos que se apretujaban bajo las guirnaldas del festival. Caminaba sola, al borde del campo, con un cesto vacío colgando del brazo y el ceño levemente fruncido. No pasaba desapercibida. En Willowmere, todos sabían quién era: la hija ilegítima de la marquesa

de Beaston, caída en desgracia, y del señor Morvan, antiguo caballero y navegante, siempre en alta mar. La heredera inesperada de Blackthorn Hall. Iba vestida con un sencillo vestido azul y el cabello —rojo como el fuego— recogido con un cordel, pero no había campesino, artesano ni anciana del lugar que no bajara la voz al verla pasar. Algunos la miraban con respeto, otros con desconfianza... pero nadie se atrevía a ignorarla.

No era que no supiera qué hacía allí. Lo sabía demasiado bien. Estaba en Willowmere por Blackthorn Hall, por su madre, que se lo había pedido antes de morir. Lo demás —las miradas de soslayo, los susurros tras las persianas— podía soportarlo. Lo había hecho antes, en tormentas peores. Lo que no sabía era cuánto tiempo podría aguantar en un pueblo como ese sin perder la paciencia... o la cabeza. Acostumbrada al vaivén del mar y al silencio libre de las velas al viento, Willowmere le parecía un sitio donde las raíces apretaban demasiado. Pero allí estaba. Porque su madre quiso que así fuera. Y Ariel Morvan no huía.

Las flores de Úrsula siempre llegaban antes que el cura. Aquel año no era la excepción: su canasto desbordaba ramas de laurel, narcisos dorados y cintas de lino teñidas con vino. Sentada sobre un banquillo ancho, con las rodillas abiertas y las faldas almidonadas como un trono de tela, era imposible no verla. Su cuerpo era grande, pesado, lleno de una autoridad antigua que ninguna separación había erosionado. Aún vestía como en sus mejores años: terciopelo oscuro, botones de nácar, y un sombrero con plumas que parecía desafiar el clima y el juicio común.

Tenía el rostro redondo, de mejillas sonrosadas, pero en su expresión no quedaba dulzura. Sus labios eran delgados y siempre apretados, y sus ojos —azules, pálidos, penetrantes— cortaban como cuchillos.

—Qué temprano se presentan las intrusas —dijo Úrsula cuando Ariel pasó cerca, sin alzar la voz, mientras sujetaba una rama de lavanda entre sus dedos gruesos, enjoyados y firmes.

Una clienta, la señora Ellinor, fingió examinar un ramillete de romero, pero sus oídos estaban claramente en otra parte.

—Mi señora —respondió Ariel, sin alterar el paso ni el tono.

—Claro. Vienes por la casa. Por el retrato de tu madre colgado donde antes estuvo el mío.

—Blackthorn Hall nunca fue suyo —replicó Ariel, aún con calma —. Y el retrato de mi madre está donde él quiso que estuviera.

El hijo del panadero, al otro lado del camino, soltó una carcajada ahogada y se tapó la boca con el antebrazo. Úrsula ni parpadeó.

—Tu madre supo escoger el momento justo para robarlo todo —dijo con tono más bajo—. Esposo, honra... y ahora, hasta la memoria. Era hábil. Y tú eres el recordatorio perfecto. La heredera perfecta de Athenea.

—Lo único que he heredado ha sido una casa. El resto ya lo había perdido usted antes de que yo naciera.

Una criada soltó un pequeño jadeo al oír aquello y se retiró discretamente, como si el aire se hubiese vuelto irrespirable.

En ese momento, sir Camden Fleet pasó con su caballo junto a las dos mujeres. Era el tipo de hombre que nunca tocaba el barro con sus botas, pero sabía muy bien cómo ensuciar a los demás. Hizo una ligera reverencia a Úrsula —casi teatral— y no miró a Ariel. Pero susurró algo a su acompañante, y ambos se alejaron sin ocultar su juicio.

—Las hijas del escándalo siempre traen consigo lo que las hizo nacer —murmuró Úrsula—. Ruido. División. Desorden. Willowmere no es alta mar. Aquí no se olvida.

—No he venido para gustar a Willowmere. He venido porque mi madre quiso que yo estuviera aquí, en Blackthorn Hall. Y cuando mi deber termine, me iré igual que llegué: sin pedir permiso.

Ariel dio media vuelta y se marchó sin prisa, dejando tras de sí un aire fresco, más cortante que el viento del valle. Su andar era firme.

Era alta, de espalda recta y paso seguro. El cabello —rojo fuego — iba recogido con un cordel, rebelde como ella, con mechones que se soltaban al menor soplo de aire. Su piel estaba bronceada por el salitre, curtida no por el lujo, sino por el viento de alta mar. Tenía una belleza salvaje, innegable, ajena a las modas de los salones:

ojos azules como vidrio marino y una expresión que no pedía permiso, ni perdón.

Las miradas la siguieron mientras se alejaba, algunas con desprecio, otras con un asombro que no se atrevían a nombrar. Nadie se atrevió a detenerla.

Y Ariel Morvan, hija de la marquesa fugitiva, heredera de un escándalo y de una finca que aún olía a su madre, siguió caminando como si Willowmere le perteneciera... aunque no quisiera quedárselo.



Cuando Ariel volvió a cruzar el prado, el cielo ya se había oscurecido y las hogueras brillaban en varios puntos del terreno comunal, arrojando una luz suficiente para que los bailes continuaran. Los violinistas no habían dejado de tocar, y los jóvenes seguían haciendo alboroto entre risas y empujones. El señor Ellwood y su esposa le ofrecieron unirse a ellos para dar un paseo; un gesto amable que Ariel agradeció con cortesía, aunque prefirió no aceptarlo. No todos en Willowmere le eran hostiles, pero esta no era una noche para confiarse. En lugar de mezclarse con la gente, regresó al pequeño puesto de lazos, cintas y flores trenzadas, que compartía esa noche con Lucy Ellwood, la hija del administrador de Blackthorn Hall. La única amiga que tenía allí.

Era la noche del Festival del Deshielo, y aunque el aire seguía siendo frío para los estándares del valle, Ariel apenas lo sentía. Acostumbrada al viento cortante del mar abierto, la brisa de Willowmere le parecía suave. Se había cubierto los hombros con un chal sencillo, más por costumbre que por necesidad. Llevaba el cabello recogido en una trenza que Lucy, entre risas, le había deshecho solo para volver a atarlo con una cinta azul que combinaba con su vestido.

La cesta de cintas sobre la mesa ya se estaba vaciando, y los lazos que había trenzado colgaban de un cordel como pequeñas banderas de colores. Aquel era el tipo de día que no pedía nada a cambio, más que una sonrisa y las manos ocupadas. Y por una vez, ella no pensaba en Blackthorn, ni en los problemas, ni en lo que vendría mañana. Solo miraba las llamas, los cuerpos girando al compás de la música, y pensaba que ojalá todo fuera tan sencillo.

Los violinistas habían hecho una pausa, y los bailarines se dispersaban por el prado para recuperar el aliento y escoger nuevas parejas. La luna, redonda y casi llena, colgaba sobre el cielo despejado, reflejando su luz plateada en los charcos de deshielo. Ariel alzó la vista y entrecerró los ojos: el firmamento estaba cuajado de estrellas, brillantes y frías. Respiró hondo. El aire era húmedo, típico de marzo, pero no la incomodaba. Después de todo, había dormido en cubiertas abiertas y enfrentado tormentas con la sal pegada al rostro. Aquello era casi placentero.

¿Quién lo habría dicho un año atrás? Que estaría en tierra firme, en un lugar como Willowmere, con una casa bajo su nombre y gente que la saludaba por su apellido. Que viviría en Blackthorn Hall, y que incluso allí —entre el juicio velado y la hostilidad disfrazada— habría encontrado un rincón donde no sentirse sola.

Pensó en su medio hermano, el marqués de Beaston, y en su bella esposa, Arabella, con quienes se había reencontrado hacía apenas unos meses. Su ayuda había sido decisiva para sacarlos del peligro cuando Lefou, hijo de Úrsula y medio hermano legítimo de Ariel, intentó vengarse de todos. Lefou había planeado matarlos por lo que consideraba traición y deshonra, arrastrado por el veneno de una historia que no era suya. Ahora Lefou estaba en la cárcel, donde, según las últimas noticias, permanecía en silencio, sin admitir culpa alguna.

Según Lucy, Úrsula no había mencionado ni una sola a su hijo desde entonces. Ni una palabra.

No, claro. Solo había hablado de los defectos de Ariel. Solo de su linaje, de su madre, del escándalo. Como si ella misma no hubiera criado a un hijo capaz de apuñalar por la espalda.

Ariel apretó los labios, pero no por rabia. Por lucidez. La memoria en Willowmere era larga. Pero también lo era la suya.

—¿No le entusiasma la fiesta, señorita? —dijo una voz masculina a su izquierda, con seguridad y un matiz irónico en la voz.

Ariel se volvió de inmediato. No lo había oído acercarse, lo cual ya le decía algo. Alto, con el porte inconfundible de quien está acostumbrado a ser observado, el hombre la miraba con interés abierto, aunque sin arrogancia. Tenía el rostro parcialmente cubierto por la sombra de un roble, pero bastó con ver el brillo en sus ojos —gris o azul, no sabría decir— para saber que no era un aldeano más.

—¿Suele acercarse así a mujeres? —preguntó ella, sin moverse, mientras seguía atando una cinta entre sus dedos, sentada junto a Lucy en el pequeño banco del puesto.

—Solo cuando parecen aburridas.

Ariel alzó una ceja, más divertida que molesta. No era habitual que un hombre con modales pulidos se le acercara sin condescendencia. O con sentido del humor. Lo observó un instante más, evaluándolo. Llevaba un abrigo de buena lana, bien cortado, pero sin ostentación. Las botas, limpias. Las manos, sin anillos. No llevaba escudo familiar ni el apellido bordado en la voz. Eso le agradó.

—¿Y usted? —preguntó ella—. ¿No debería estar bailando, señor...?

—Wycliffe. Lord Eric Wycliffe —respondió, inclinando la cabeza, no del todo en broma—. Pero para efectos de esta noche, podemos omitir los títulos. Digamos que soy solo un forastero que llegó tarde al baile.

—Qué conveniente.

—O qué oportuno.

Ella entrecerró los ojos, escéptica, y luego miró al centro del prado. La música había vuelto a sonar. —¿Va a preguntarme si deseo bailar? —inquirió.

—Solo si está segura de no arrepentirse.

—¿Y si me arrepiento?

—Entonces tendrá una historia que contar. Y yo también.

Ariel lo miró por un momento más, como si valorara si valía la pena. Al fin y al cabo, ya tenía mala reputación; por un baile, nadie se escandalizaría más de lo que ya lo hacían. No había venido con carabina, ni pretendía fingir lo que no era. No era una dama común. Era una mujer hecha a sí misma.

Luego extendió la mano, en silencio.
Él la tomó sin vacilar.

Los pasos del baile los llevaron al centro del círculo. Ariel siguió el ritmo sin pensarlo: ya lo conocía, aunque hacía años que no bailaba con nadie. Era una danza sencilla, marcada, que permitía apenas un roce de manos, una vuelta, un cruce de mirada.

La suya con él duró medio segundo. Pero bastó. Tenía los ojos grises. No lo había notado antes, cuando estaba en la sombra. Ahora, a la luz intermitente de las hogueras, brillaban con una intensidad que la descolocó.

No dijo nada al principio. Solo bailaba, atento, sin perder compás. Pero Ariel sabía que la observaba. Lo sentía en la forma en que la guiaba con suavidad, en cómo mantenía la distancia justa, ni más ni menos. Atractivo era quedarse corto. Aquel hombre no tenía derecho a ser tan apuesto.

El perfil recto, la mandíbula marcada, un mechón oscuro cayéndole sobre la frente. El abrigo bien cortado, la camisa abierta justo en el lugar exacto para parecer descuidado sin serlo. El perfume era apenas perceptible, discreto, pero le llegó en un giro: limpio, como lino seco, con algo de madera vieja y tabaco suave.

Ariel no estaba excitada. No exactamente.
Pero sí consciente. De su cuerpo. De la música. De él.

De cómo sus dedos se habían cerrado un segundo más de lo necesario sobre los suyos. De cómo, cuando la miraba, parecía que el resto del prado desaparecía.

Y, de hecho, por un instante, lo hizo. Las voces, los pasos, las risas, el crujido de las ramas, todo se borró. Solo quedaron sus ojos grises, y esa calma peligrosa que tenían los hombres que no necesitaban decir mucho para imponer presencia.

—Baila bien —murmuró él, cuando se cruzaron de nuevo—. Aunque juraría que sabe moverse igual de bien sin pareja.

—No suelo necesitarla —dijo ella, arqueando una ceja roja.

Él asintió, con una sonrisa que no terminó de formarse. —Y, sin embargo, está aquí, conmigo.

El siguiente giro la obligó a separarse un par de pasos. Y fue entonces cuando volvió a notar las miradas. Las de siempre: curiosas, recelosas, disfrazadas de cortesía. Algunas la seguían desde que había entrado en el prado. Otras, desde mucho antes.

Ariel no las había temido nunca. Pero era distinto sentir por fin una mirada diferente. Ese hombre la estaba viendo como si no tuviera historia. Solo presente. Y eso le encantaba.

La música empezó a decaer. El ritmo se volvió más lento, más ceremonial, como si los últimos compases quisieran estirarse un poco más antes de apagarse del todo. A su alrededor, las parejas se replegaban poco a poco, alejándose en grupos hacia las hogueras o los puestos de bebida. Ariel parpadeó, súbitamente consciente del entorno. No sabía cuánto tiempo había estado bailando con él. No podían haber sido más de unos minutos... y, sin embargo, sentía que habían sido muchos.

Miró hacia el puesto de cintas. Las flores habían desaparecido, los lazos estaban recogidos, y Lucy no estaba por ninguna parte. Todo se había movido mientras ella había estado girando, absorbida por los ojos grises de Eric. Solo que no lo había notado.

Ariel se soltó de Eric al instante, como si acabara de despertar de algo en lo que no recordaba haber entrado.

Durante unos segundos, el bullicio pareció moverse hacia otro lugar. Los músicos hablaban entre ellos, alguien reía fuerte cerca del vino caliente, y Lucy no estaba en su campo de visión. De repente, no quedaba nadie alrededor. Solo ellos dos.

Algo cambió. No fue un movimiento, ni una palabra. Fue el modo en el que el espacio entre ellos dos se tensó de pronto, como si no hubiera aire.

Eric no dijo nada. Solo dio un paso más, un gesto mínimo. Ariel no retrocedió. No por ingenuidad, sino porque, en ese momento, no lo creyó capaz.

Fue un instante fugaz, pero claro como una llamarada: Eric se inclinó y la besó, sin pedir permiso, sin decir una palabra. El roce de

su boca sobre la de ella fue firme, directo, preciso hasta la osadía. Ariel se quedó helada durante un segundo, incapaz de reaccionar, no tanto por miedo como por la sorpresa brutal del gesto. ¡La había besado! Sin conocerla, sin tener derecho.

El impulso de golpearlo le subió por el estómago como un relámpago, vibrante, caliente, cargado de indignación; sintió el ardor subiéndole por el pecho, la sangre ardiéndole en la cara, los dedos tensos, ya a medio camino de la bofetada. Pero para cuando giró la cara y levantó el brazo, él ya se estaba alejando, como si el beso no hubiera sido más que un saludo. Tranquilo. Completamente en control. Como si no acabara de cruzar una línea. Como si no supiera que ella seguiría allí, con la respiración agitada, el orgullo herido... y una sensación mucho peor que el enfado: le había gustado más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Buenas noches, señorita —dijo él con calma, sin volver la vista atrás.

Ariel se quedó de pie, inmóvil, con el puño medio cerrado. El corazón le latía en las sienes. El fuego del baile aún le quemaba la piel.

Estaba enfadada. Por supuesto que lo estaba. Tenía todo el derecho. La había besado sin permiso, con una seguridad que rozaba la insolencia, y se había marchado como si nada. Pero lo que más le dolía—lo que no sabía cómo apagar—era la verdad sencilla y brutal de ese instante robado: le había gustado. No lo esperaba, no lo buscaba y, sin embargo, su cuerpo lo había sentido como si lo hubiese estado esperando. Y eso era lo que realmente la enfurecía.

Capítulo 2



Amanecer en Willowmere.

O lo que otros llamarían amanecer. Para Eric, era simplemente la prueba de que no había logrado dormir más de una hora seguida.

El canto de los mirlos, los chirridos de las ruedas de carro en la calle empedrada, e incluso el chisporroteo del fuego en la chimenea de la posada... todo parecía decidido a recordarle lo mucho que había cambiado su vida en veinticuatro horas. Y todo por una casa.

Se sirvió té con la mecánica indiferencia de quien ha repetido el gesto demasiadas veces como para encontrarle algún placer. Se acercó a la ventana y apoyó la palma contra el marco de madera, fría aún por la noche. Desde allí, el pueblo parecía pintoresco: tejados desiguales, chimeneas que humeaban con resignación, una hilera de ovejas cruzando con parsimonia entre tapias cubiertas de musgo. Si uno no conocía el carácter de sus habitantes, hasta podría llamarlo encantador.

Apuró el té. Ni dulce ni amargo. Solo caliente.

Era el día.

Hoy vería Blackthorn Hall.

La finca había sido presentada como una modesta casa de campo, lejos del ruido de la capital, ideal para un hombre que buscaba cierta soledad. El conde Delamere se lo había dicho entre dos brindis y una apuesta más: *"Piedra sólida, vistas al valle, nada digno de mención. Una propiedad tranquila para alguien como tú."*

Mentiroso.

El día anterior la había visto desde la colina: no era modesta. Ni pequeña. Y mucho menos olvidada. Se alzaba con la obstinación de las cosas que no aceptan ser desplazadas. Orgullosa. De tejado gris y estructura firme, como una mujer que no ha aprendido a inclinar la cabeza.

Pensó en la chica del festival.
El cabello rojo recogido con una cinta azul.
Los ojos azules que no pestañeaban.
La forma en que lo había mirado cuando él bromeó, y luego cuando la tomó de la mano.
La forma en que no lo había mirado cuando la besó, a punto de darle una merecida bofetada.

Eric dejó la taza sobre la repisa y se pasó una mano por el rostro.

No sabía su nombre. Ni su historia. Solo sabía que no era una campesina cualquiera. No era timidez lo que había visto en ella, era algo más difícil de nombrar: templanza, tal vez; dolor, o quizá simplemente la costumbre de no pertenecer del todo a ningún lugar. Había pasado la noche preguntándose si la volvería a ver, y por qué deseaba hacerlo. No era propio de él. Desde la muerte de Anne, hacía ya más de tres años, las mujeres no despertaban más que una cortesía automática: algunos halagos, una conversación vacía, una compañía transitoria y necesaria. Nada que se quedara. Nada que se recordara. Hasta ahora.

Quizá solo era el cambio de aire. Willowmere no se parecía en nada a Bath, donde todo el mundo parecía conocer sus apellidos antes incluso de mirarlo a los ojos. Aquí, en cambio, era solo otro forastero más, y eso tenía su encanto.
Eric Wycliffe, segundo hijo del duque de Wycliffe, llevaba demasiado tiempo sabiendo cuál era su sitio en los salones y cuál su lugar en los márgenes. La guerra —la última, la que muchos preferían no nombrar— le había dejado un hombro maltrecho y demasiadas madrugadas sin sueño. Un veterano de guerra, con modales intactos y una fe mínima en las personas. Exactamente lo que uno esperaría de un hombre que ha visto más tumbas que promesas cumplidas.

Montó sin más dilación. Si Blackthorn Hall ya estaba ocupada, lo resolvería. Legalmente. Porque él sabía muy bien cómo marchaban las leyes. Ese retiro no le fue legado por testamento ni heredado por linaje, sino ganado en una apuesta formal —sellada con firma y testigos— contra el conde de Delamere, un juego de cartas y honor nocturnos que terminó con él como titular legal de la finca. Según la ley inglesa vigente, una deuda de juego registrada y estampillada era exigible como cualquier otro contrato legal, siempre que se hicieran las formalidades necesarias: papel sellado, notario o magistrado presente y registro oficial como crédito legítimo.
Así que Blackthorn Hall ya no era un capricho, ni un regalo: era suya por derecho propio. Y por una vez, Eric estaba decidido a reclamar lo que le pertenecía sin rodeos, excusas ni sentimentalismos.

Mientras el caballo avanzaba por el sendero estrecho y resbaladizo que bordeaba los acantilados, el viento del mar soplaba con fuerza, empujando ráfagas saladas entre los arbustos bajos. A un lado, matorrales retorcidos por la brisa marina se mecían con obstinación. Al otro, un muro de piedra húmeda y líquenes marcaba los límites de la antigua finca. El camino, lleno de charcos y escarcha vieja, parecía cerrarse por momentos, como si la tierra misma quisiera tragárselo... o advertirle que aún podía darse la vuelta.

Pero no lo hizo.

Cuando por fin divisó la casa, al fondo de un valle tranquilo envuelto en bruma, entendió de inmediato que Blackthorn Hall no lo recibía con calidez. A pesar del silencio apacible del entorno —el rumor lejano de las olas, el susurro del viento entre los juncos—, había algo en la forma en que la casa se alzaba que le resultó familiar. Altiva. Reservada. Como si llevara años guardando sus propias razones.

Y sin saber por qué, pensó en la mujer del festival. En la pelirroja que lo había mirado como si pudiera leerle el alma... y cerrarle la puerta en la misma mirada.
No sabía su nombre, ni su historia. Y no entendía por qué su mente trazaba esa línea una y otra vez hacia ella, como un hechizo.

Por supuesto, la joven tenía una belleza difícil de ignorar, y los Wycliffe nunca habían sido conocidos por su resistencia a las

tentaciones. Su cabello, completamente rojo, caía con desorden calculado, y sus rasgos—un óvalo perfecto, labios llenos, mirada firme—eran de los que dejaban una impresión. Pero no era solo su rostro. Había algo en la forma en que se movía, en la seguridad despreocupada de su cuerpo, que hacía imposible no seguirla con los ojos.

"Provocadora", pensó en un primer momento, aunque supo de inmediato que no era justo. No era lo que hacía... era lo que despertaba. Alta, bien formada, con una figura que sugería más de lo que mostraba, era el tipo de mujer que parecía estar hecha para ser recordada con el cuerpo, no con la memoria. Y él la recordaba. Demasiado bien.

¿Por qué narices Delamere había descrito esa finca como "modesta"? ¿Modesta, eso?

Eric se echó hacia atrás en la silla y observó el lugar con una ceja alzada.

Delante de la casa se extendía una franja lisa de piedra gris, limpia hasta lo improbable para una finca tan apartada. No había barro, ni hojas secas, ni rastro de abandono. El jardín, visible desde la pendiente, no era exuberante, pero sí meticulosamente mantenido. Los arbustos estaban cortados con precisión, los senderos despejados y rectos, y algunas flores tempranas asomaban entre las líneas perfectas de los parterres. No parecía un lugar vacío. Ni tampoco uno descuidado.

La grava crujió bajo los cascos. Eric descendió del caballo sin prisa. Todavía no se había desabrochado el abrigo cuando un mozo apareció desde el cobertizo, cruzando el patio con paso ligero. No preguntó quién era. Solo hizo una leve inclinación y tomó las riendas con naturalidad, como si supiera exactamente lo que debía hacer.

—Buenos días, señor.

—Buenos días —respondió Eric, todavía observando los detalles —. ¿Vive alguien en la casa?

—Claro, señor. Llame a la puerta. Le abrirá la señorita Ellwood, si no está en la cocina.

—¿Ellwood?

—La hija del administrador. Vive aquí desde antes de que la nueva señora llegara. Ayuda con lo que puede.

Eric asintió mientras entregaba las riendas. Tenía la incómoda sensación de que no sería tan fácil reclamar esa casa. Una propiedad en buen estado, personal presente —aunque mínimo—, ¿y todo esto en una casa que se suponía abandonada?

¿Qué demonios había estado haciendo Delamere con esta finca? ¿Pagar facturas por aburrimiento? ¿Esconder algo? ¿O simplemente había omitido mencionar que alguien más vivía ahí?

Subió los tres escalones de piedra y llamó a la puerta con los nudillos. No por impaciencia, sino porque la aldaba tenía forma de gárgola y no le inspiraba ninguna simpatía.

La puerta se abrió casi de inmediato.

Y no fue un mayordomo quien apareció. Ni una criada. Era una joven de rostro familiar, con un delantal mal anudado, un lápiz de carbón sujeto tras la oreja y una expresión de sorpresa mal disimulada. Eric la reconoció enseguida: era la muchacha del puesto de cintas y flores del festival. La que había estado junto a la pelirroja. Ella también lo reconoció.

—Oh —dijo Lucy—. Usted es... ¿el forastero del festival? ¿Cómo ha sabido que...?

—Lord Eric Wycliffe —Estoy aquí por la casa —Eric inclinó la cabeza en una reverencia breve, pero alzó una ceja con visible incomodidad.

—¿Por Blackthorn Hall? —La chica parpadeó. Tenía el cabello castaño claro recogido con descuido en un moño bajo del que escapaban mechones rebeldes. Llevaba las manos manchadas de tinta o de harina —o ambas—, y los zapatos empapados. Parecía una de esas personas que siempre estaban haciendo algo, con el ceño un poco fruncido, como si el mundo no terminara de seguirle el ritmo.

—Exactamente.

—Vaya —murmuró ella, con la voz entre divertida y nerviosa, e pasó una mano por el moño sin mucha convicción, dejando una nueva mancha en la sien—. Supongo que debería invitarlo a pasar, aunque no tengo ni idea de dónde colocar a un lord.

—Empiece por dentro —dijo él, cruzando el umbral, perdiendo la paciencia—. Con eso será suficiente.

La entrada estaba limpia, aunque no impecable. No había alfombra mullida ni bustos de mármol. Solo un perchero antiguo, una lámpara de aceite encendida y el aroma claro del pan recién horneado. A la derecha, la escalera. A la izquierda, dos puertas cerradas. El conjunto era modesto, pero digno. Habitado.

—No esperábamos visitas —dijo Lucy, cerrando la puerta tras él, arrugando la nariz con gesto genuino, como si acabara de darse cuenta de que no estaba vestida para atender a un lord—. Solo estamos la señora Morvan, yo, la cocinera que viene por las mañanas y el jardinero, aunque él duerme en su cabaña. Nada de mayordomos ni lacayos, lo siento.

—No se preocupe. Los lacayos tienden a opinar demasiado.

Lucy soltó una risita nerviosa.

—¿Y qué desea exactamente, milord?

—Dormitorio principal. Y algo de almuerzo. Pan, lo que haya. No he venido con pretensiones.

—¿El dormitorio principal? —Lucy abrió mucho sus ojos.

—Sí. ¿No está disponible?

—No lo sé —replicó ella, aún desconcertada—. Yo solo... mire, será mejor que hable con la señora. Un momento, por favor.

Eric asintió, ya empezando a sospechar que Delamere había omitido *muchas* cosas, demasiadas.

Desde la escalera llegó una voz conocida.

—¿Quién es, Lucy?

Y entonces la vio.

Primero, una mano sobre el pasamanos. Luego, la figura entera descendiendo con la misma seguridad que recordaba del festival. El cabello recogido, pero no oculto. Los ojos—Dios bendito, los ojos. Y ese rostro. Ese maldito rostro que se le había instalado en la cabeza como un refrán pegajoso.

Ella también lo reconoció. Y no hizo nada por disimularlo.

—¿Usted? —dijo Ariel, bajando un peldaño más.

Eric se quedó inmóvil. La reverencia que hizo fue más un acto reflejo que una cortesía medida.

—Señorita... no esperaba... quiero decir... no sabía que...

Ella lo interrumpió con una sonrisa. No dulcemente. Era el tipo de sonrisa que podía preceder tanto a una carcajada como a una bofetada.

—¿Cómo se atreve a presentarse aquí después de lo que hizo?

Era evidente que todavía no lo había perdonado por lo del beso.

—Señorita —dijo él, recuperando parte de su compostura—, no vengo por usted. Vengo por la casa.

—¿Por la casa? —repitió ella, como si la palabra le resultara absurda en sus labios.

—Sí. La he ganado en una apuesta legal —sacó un pliego doblado de su bolsillo interior, lo desplegó con calma y lo tendió hacia ella—. Aquí está el acuerdo firmado por el conde Delamere. La finca pasó a ser de mi propiedad hace dos meses.

Ariel no se apresuró a tomar el documento. Lo hizo con un gesto firme, como quien acepta una provocación más que un papel. Lo leyó con rapidez, los labios tensos, el entrecejo fruncido. ¡Qué mal carácter!

—Ya se puede ir por donde ha venido, milord. Este documento no tiene validez alguna. Mi madre compró Blackthorn Hall al conde Delamere hace más de un año. Tengo el título de propiedad registrado a su nombre. Yo soy su heredera legal.

Eric alzó una ceja, sin apartar la mirada del rostro de ella, cada vez más firme, más desafiante. Todo lo que tenía de guapa, lo tenía de malcarada.

Durante un segundo, se quedó desconcertado.
No por lo que decía, sino por cómo lo decía.
Con esa frialdad cortante. Esa seguridad sin adornos. Esa forma de no parpadear cuando lo desafiaba.
No era lo que uno esperaba de una mujer de su clase. O de ninguna mujer educada, a decir verdad.

—¿Siempre habla así con los caballeros? —preguntó en voz más baja, incapaz de ocultar del todo su indignación.

—¿Siempre se presenta así en casas ajenas? —replicó ella, sin pestañear.

"Maldita sea la hora en que decidí besarla".

Aquella mujer no solo no se comportaba con recato, sino que parecía disfrutar cada vez que ponía en duda su autoridad. Lo retaba. Abiertamente. Como si no le importara quién era él ni qué posición ocupaba.

Y Eric, que no era precisamente un defensor de las reglas sociales más estrictas, no pudo evitar pensar que se estaba pasando de la raya. Que aquella mujer tenía demasiado orgullo. Demasiada lengua. Y demasiadas razones para creer que podía salir siempre ilesa.

El recuerdo de sus labios le vino a la memoria con claridad irritante. La suavidad. La sorpresa. Ese leve temblor que no se notaba, pero se sentía.

Y ahora... esto.

Ahora era una heredera arrogante, que defendía una casa como si se tratara de una fortaleza, y hablaba como si él fuera un intruso y ella, una reina sin trono.

—No cabe duda —dijo, clavando la mirada en ella— de que esta casa ha encontrado a una señora muy... firme.

—Gracias —respondió Ariel con tono helado—. Trataré de no tomarlo como un insulto.

—Haga lo que desee. Está claro que eso se le da bien —Ariel apretó los labios—. Sea como sea, esto no es lo que el conde dijo, ni lo que firmamos. No mencionó ninguna venta previa.

—Pues entonces, o bien mintió... o bien le vendió algo que ya no era suyo. En cualquiera de los dos casos, el error no es mío — cerró el pliego con un chasquido seco y se lo devolvió sin mirarlo.

Eric tomó el papel con cuidado, como si acabara de recibir una bofetada con forma de pergamino.

—¿Le importaría presentarse formalmente, señorita? — preguntó, apretando la mandíbula—. Hasta ahora solo conozco su... ímpetu.

—Ariel Morvan —dijo ella—. Hija de Athenea Beaston, marquesa de Beaston. Heredera de Blackthorn Hall.

Eric tragó saliva. No por nervios, sino por la sensación incómoda de estar frente a un enemigo al que no podía tratar como en la

guerra.
Había enfrentado cargas de caballería, duelos a muerte y noches interminables en trincheras heladas, pero nunca a una mujer que lo mirara así, como si pudiera leerle los pensamientos y desarmarlo sin mover un dedo.

Algo en ella —esa mezcla de altivez y fuego— lo irritaba y lo atraía al mismo tiempo.
¿Era el desafío? ¿Era el recuerdo de ese beso robado?
No estaba seguro.
Solo supo que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía la ventaja.

Capítulo 3



Blackthorn Hall no había sido nunca una casa silenciosa.

Ni siquiera cuando su madre vivía y lograba imponer silencio con una sola mirada. Ni siquiera durante la enfermedad, cuando pasaba más horas dormida que despierta. La casa siempre había crujido, suspirado, quejado como si compartiera su aliento con las olas del acantilado y la bruma que subía del valle. Pero ahora, tras la llegada de Lord Wycliffe, ya no susurraba.

Parecía gritar.

Ariel bajó la taza de té sin haberla probado. Estaba sentada en el pequeño salón adyacente a su habitación, con las cortinas entreabiertas y la bruma del valle pegada a los cristales. Tenía las manos frías, pero los pensamientos más calientes que el infierno.

—¡Un hombre! —exclamó por tercera vez, levantándose de golpe—. Un hombre dice que ha ganado *mi* casa como si fuera una herradura en una feria. ¡Y viene aquí con papeles y exigencias como si fuera el mismísimo duque de Wellington!

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Lucy desde su sillón junto a la chimenea, acariciando al gato dormido en su regazo—. Porque por mucho que gruñas, él sigue ahí. Y no parece precisamente fácil de desalojar.

Ariel se puso de pie. —Voy a demostrarle que ha cometido un error. Que Blackthorn Hall no es un premio de consolación para jugadores aburridos ni una pensión para veteranos con aires de grandeza.

—¿Y si no ha cometido un error? —dijo Lucy con esa franqueza sin adornos que solo las amigas de toda la vida pueden permitirse—. ¿Y si lo que dice es verdad, Ariel? ¿Y si tu madre tenía alguna deuda con el conde Delamere y la casa... no era completamente suya cuando te la dejó? Es decir, ¿y si el conde tenía derecho a jugarla? No sería la primera vez que un título noble esconde un agujero legal.

—Entonces —dijo Ariel, girándose despacio hacia Lucy—, se va a encontrar con algo mucho peor que un error. Se va a encontrar conmigo —Cruzó los brazos, el mentón en alto—. Puede que mi madre tuviera deudas. No lo niego. Vivimos muchos años fuera del sistema y no todo quedó por escrito. Pero esta casa no fue un préstamo ni una promesa: fue una compra hecha ante notario, con papeles sellados y testigos del pueblo. Yo estuve allí el día que firmó. La casa es mía por derecho. Y si alguien intentó revenderla desde entonces, o apostar con ella, será su problema... no el mío —La voz le tembló apenas al final, pero no por miedo—. No pienso marcharme, Lucy. Aunque traiga veinte papeles más y se los lea al pueblo entero. Puede haber jugado una partida, pero conmigo no ha jugado nada. Y si quiere esta casa, va a tener que quitármela. Piedra por piedra. Y yo no pienso ceder ni una.

Lucy levantó la vista del gato, que ahora ronroneaba como si el mundo no estuviera al borde del colapso.

—Entonces ¿vas a enfrentarlo? Quiero decir... más de lo que ya lo has hecho esta mañana.

Ariel no respondió. Cruzó el salón con pasos breves, conteniendo el temblor de su cuerpo. Se detuvo junto a la ventana, donde la bruma ya empezaba a disolverse entre jirones de luz. Esa casa era suya. Suya como lo era su apellido, su historia, su cicatriz en la rodilla izquierda. No había tierra ni ladrillo en esa propiedad que no sintiera como una extensión de lo poco que podía reclamar como propio.

Nunca había sido una mujer de tierra. Su infancia se había forjado entre mástiles y tormentas, con la sal pegada a la piel y las manos curtidas por el viento. Su padre, el señor Morvan, era un hombre de mar respetado, condecorado tras años de servicio en la Marina Real durante la campaña de las Antillas, y más tarde

nombrado caballero de Willowmere por su papel en el resguardo costero tras la insurrección del 1792. Un caballero, sí, pero nunca un lord. La tierra no era su ambición. Su patria era el agua.

Fue en ese mismo pueblo costero, durante un verano especialmente largo, donde se cruzó con Athenea, marquesa de Beaston, una mujer demasiado hermosa y miserable en un matrimonio aristocrático que ahogaba más que el océano. Él era ya un hombre casado; ella, una dama intocable. Y, sin embargo, el escándalo fue inevitable. Se enamoraron, se fugaron, y cada uno dejó atrás más de lo que pudo admitir jamás: él, a su esposa Úrsula; ella, al marqués de Beaston y a sus hijos legítimos.

De ese amor—condenado desde el inicio—nació Ariel. Su existencia fue la prueba viviente de una traición doble, una afrenta que ofendía tanto a la nobleza como a la moral común. Y, aun así, su padre la amó sin reservas. La crio como a una hija legítima, le enseñó a leer las estrellas, a respetar el silencio del mar y a desconfiar de los hombres que prometen más de lo que cumplen. No le dio un apellido reconocido, ni una dote de dama remilgada, pero le dio algo más raro: su nombre sin vergüenza y un sitio al lado del timón.

Sí, su nacimiento hirió a muchos. Fue el final de dos hogares, y la raíz de un odio que aún envenenaba algunos rincones de Willowmere. Pero Ariel no pidió ser el error de nadie. Y aunque sabía que su existencia recordaba una herida, no por eso quería menos a sus hermanos, ni al mundo que la repudió sin conocerla. Su vínculo con Norman Morvan, su medio hermano mayor, fue prueba de ello. A pesar de los silencios del apellido, él la trató siempre con naturalidad. Con cariño seco, de esos que no se nombran, pero que se sienten. Su muerte en la Guerra de Independencia le dejó un vacío que ni el mar pudo llenar.

Ahora, con Blackthorn Hall bajo amenaza, Ariel no pensaba ceder. Ni por pasado, ni por culpa, ni por el juicio de quienes nunca la aceptaron.

Blackthorn Hall fue lo único que su madre le dejó al morir. Donde ambas vivieron largas temporadas. Una casa casi en ruinas, perdida entre acantilados y rumores, que Ariel vino a

reclamar hace apenas un año. Lo hizo en su honor. No porque soñara con jardines, ni chimeneas, ni tazas de porcelana, sino porque quería cumplir esa última voluntad. Porque necesitaba un sitio donde poder decir: *esto también es mío*. Aunque lo fuera solo en papel. Aunque tuviera que sostenerlo con los dientes.

—Voy a ponerle las cosas claras —dijo al fin, sin girarse—. Y luego escribiré al notario de Willowmere. Él tiene copia de los papeles. Lo resolveré con hechos, no con gritos.

—Eso no quita que le grites un poco —comentó Lucy con una media sonrisa.

Ariel la ignoró. Salió del salón con la barbilla alzada, cruzó el pasillo alfombrado y bajó la escalera sin tocar el pasamanos. Lo encontró en el gran salón, frente a la chimenea, inspeccionando unos retratos familiares como si pudiera decidir si le gustaban o no. Estaba solo, de pie, con una taza en la mano y el abrigo abierto.

—¿Ya ha elegido en qué habitación va a instalarse? —preguntó Ariel con un tono que olía a pólvora.

Eric se giró con calma, aunque había algo tenso en su mandíbula. No sonrió.

Había pasado la mañana recorriendo la propiedad, con paso firme pero mirada incierta. Había cruzado el huerto abandonado, tanteado los muros cubiertos de musgo, inspeccionado la antigua cochera que aún olía a aceite rancio y cuero viejo. Subió a pie la colina trasera, desde donde se divisaba el mar, y por un instante creyó oír los cañones retumbar en el recuerdo.

No había vuelto al campo desde el entierro de Margaret.

Y, sin embargo, allí estaba. En una casa ajena. Mirando el mar. Pensando que, tal vez, podría empezar de nuevo.

No había venido solo por el capricho de una apuesta o por el afán de agrandar su lista de propiedades, como pensaba aquella mujer de cabellos de fuego y lengua afilada. No. Había venido por una razón que no le iba a explicar. Aún no.

Porque necesitaba tierra firme. Piedra firme. Un lugar donde dejar de huir.

Y esa casa... *esa casa*... se sentía más suya que todo lo que había heredado.

—Solo estaba esperando a que la señorita Morvan me indicara si tengo permiso para respirar bajo su techo o si también debo pedirlo por escrito.

—Voy a escribir al notario del pueblo. Hoy mismo. Tiene copia del contrato de compra de mi madre.

—Y yo —dijo Eric, dando un paso más, lento pero seguro— escribiré al conde Delamere. Tal vez él pueda explicar por qué vendió una casa que, según usted, ya no era suya —La distancia entre ellos no era indecorosa, pero sí peligrosa; bastaba para encender el aire, para que cada mirada pareciera un roce—. Hasta entonces —añadió, y su voz bajó apenas un tono, más grave, más íntima— propongo que compartamos la casa. Solo lo estrictamente necesario —hizo una breve pausa, sus ojos bajando por un segundo, como si calculara la curva del gesto o el borde de la boca de Ariel—. Usted en el ala oeste. Yo en el ala este. Puertas cerradas, pasillos distintos, horarios opuestos —volvió a mirarla, como si esa última palabra pudiera significar cualquier cosa—. No será peor —concluyó con una media sonrisa ladeada— que acampar junto a franceses en las Ardenas.

Ariel no respondió de inmediato. Sabía que debía contestar con frialdad, mantener la compostura, imponer una barrera clara. Pero su cuerpo no era tan obediente. Sentía el calor del roce de su voz, la proximidad de esa boca insolente y segura. No había dulzura en él, pero había algo peligroso. Algo que no se dejaba ignorar.

—Le parece muy caballeroso, ¿verdad? Quedarse a vivir con una mujer sola, a la que está intentando despojar de su casa. Muy noble de su parte, milord. ¿Así es como entienden el honor los soldados? —*Soldado.* La palabra le rozó el recuerdo como una astilla: Norman, erguido en el andén, con más orgullo que años.

—Para que yo actúe como un caballero —dijo Eric, con una inclinación apenas irónica—, usted tendría que parecer, o al menos comportarse, como una dama. Pero no veo carabina, ni tutor, ni recato. Solo a una mujer decidida, insolente... y peligrosamente cómoda con el escándalo.

Ariel se irguió un poco más, como si las palabras de él le hubieran rozado algo que no debía tocarse.

—Entonces qué lástima, milord —dijo con una media sonrisa helada—. Habría sido una ocasión perfecta para usted: una escandalosa sin carabina, en su propia casa. ¿Qué más puede desear un caballero con inclinaciones modernas? ¿Acaso no demostró su caballerosidad ayer por la noche?

Él la observó un instante, como si intentara desentrañarla. Luego se encogió apenas de hombros.

—Ni siquiera me ha ofrecido té.

¡Pero qué estúpido!

—Y aun así ha decidido quedarse —replicó Ariel, girándose hacia la puerta—. Qué clase de hombre lo hace, me pregunto —Ariel entrecerró los ojos. Él era insoportable. Arrogante. Insoportablemente apuesto... y un idiota también—. Haré preparar su té. Con arsénico, si es posible.

Eric sonrió con ironía. —Le agradecería que fuera un veneno más rápido. Me temo que no sabría cómo sobrevivir a su compañía durante muchos días más.

—No se preocupe, como usted bien ha dicho, estaremos en alas distintas y me ocuparé de realizar horarios opuestos. No tengo ninguna intención de ofrecerle mi compañía a un jugador de cartas.

—Morvan... —sacó a relucir Eric, pensativo—. El apellido me suena, claro. Recuerdo a un hombre valiente con ese nombre en la guerra. Norman Morvan. Su padre también era conocido como un caballero respetable. Pero... ¿una dama Morvan? —ladeó ligeramente la cabeza— Eso no lo había oído nunca. No crea que no voy a investigarla. Quizás esté ocupando esta casa ilegalmente, no tiene sentido nada de lo que me ha contado. ¿Qué tiene que ver la Marquesa de Beaston con los Morvan?

—No voy a entretenerme en presentar árboles genealógicos, milord —respondió ella sin inmutarse, acostumbrada a que pusieran en duda sus orígenes—. No creo que haya hecho méritos para conocerlos. Pero según los documentos que me mostró al llegar, es usted el segundo hijo de un duque. Por lo que entiendo, un veterano venido a menos, con fama de jugador... y de pérdidas considerables. ¿Ha venido a ver si esta casa también está hecha para apostar?

Porque yo no pienso ceder Blackthorn Hall a un hombre arruinado que se dedica a robar besos como si fueran monedas sueltas.

Eric no respondió de inmediato.

El silencio entre ellos fue breve, pero cargado. No de culpa, ni de vergüenza, sino de otra cosa. Algo más viscoso. Más inquietante. Como si sus palabras no hubieran sido un simple insulto, sino una invitación involuntaria a un campo de batalla más íntimo.

Eric dio un paso más hacia ella. No amenazante, no grosero. Pero firme. Suficiente para que Ariel sintiera que el aire a su alrededor se encogía.

—No suelo apostar con casas —dijo por fin, con la voz más grave—. Y mucho menos jugar con mujeres. Pero debo admitir que anoche... me intrigó más de lo que debería. Claro que entonces aún no sabía lo insoportablemente malhumorada que puede ser a la luz del día.

El gesto de Ariel no se quebró, pero la tensión en su mandíbula habló por ella.

—Qué lástima que no pueda decir lo mismo de usted, milord —respondió con calma helada—. Usted, ni de noche ni de día me ha causado la más mínima impresión.

Mentira. Pura y sólida mentira.

Porque, aunque cada palabra de él la irritaba como una astilla bajo la piel, su voz grave le despertaba algo odioso. Y no ayudaba que la distancia entre ellos fuera tan corta, que el calor de su cuerpo le llegara como una advertencia. Ni que sus ojos grises la miraran como si pudieran desnudarla sin tocarla.

Ariel inspiró hondo, cruzando los brazos con tanta firmeza que casi se clavó las uñas en la piel.

No iba a ceder. Ni un pensamiento. Ni una mirada. Ni una fantasía absurda.

—Curioso... porque juraría que fue usted quien empezó a temblar después del beso —Eso fue un golpe bajo. No por lo que dijo, sino por cómo lo dijo. Su tono no era burlón. Era suave. Casi... íntimo. Como si aquel beso no hubiera sido parte de una disputa. Ariel sintió que el estómago se le contraía. No por miedo. Ni siquiera por rabia. Sino por esa maldita conciencia de su propio cuerpo. Eric

bajó un poco la mirada, apenas un instante, como si hubiera visto algo más allá del escote, más allá del coraje. Luego alzó las cejas con lentitud—. Aunque pensándolo bien... si hubiera sabido que Blackthorn Hall venía con usted incluida, quizá sí habría apostado por ella a conciencia.

La mano de Ariel subió con una velocidad tan precisa como elegante, y el sonido del golpe cortó el aire como un disparo contenido. No fue un arrebato torpe, ni un estallido descontrolado. Fue una bofetada fuerte. El tipo de gesto que una dama no debía permitirse, pero que Ariel ejecutó con la gracia de quien no ha aprendido a bajar la cabeza.

Eric no se movió. Ni un gesto. Solo se le encendió una chispa en la mirada, como si le hubiera divertido. O excitado. O ambas cosas. Y eso enfadó todavía más a Ariel.

—Bien —dijo ella al fin, dando un paso atrás—. Nos entendemos, entonces. Usted me odia. Yo no confío en usted. El ambiente es perfecto para una convivencia civilizada. Buenas tardes, milord. Le mandaré su té. Ah, las habitaciones del ala este no están preparadas. Tendrá que pedir a Lucy que le prepare una cama. Y, si le queda algo de decencia, usará usted la puerta de servicio para entrar y salir.

—¿Por qué? —preguntó él con fingida inocencia—. ¿Teme que el pueblo hable?

—No. Temo que olvide que esta casa no le da permiso para disfrutar de todo lo que hay en ella.

Y esta vez fue ella quien sonrió primero, antes de desaparecer por el pasillo con la espalda tan recta que podría haber marchado al frente. Eric se quedó solo. La chimenea chisporroteó con la misma intensidad que su pecho. Sabía que debía mantenerse lejos de esa mujer.

Pero ya era demasiado tarde.

Porque cada palabra de ella tenía sabor a pólvora...
Y él, al parecer, tenía la costumbre de encender mechas.

Capítulo 4



Blackthorn Hall, ala oeste. La torre.

Ariel se había retirado a su torre desde hacía cinco días, sin cruzar palabra con el nuevo ocupante del ala este. Lord Eric Wycliffe, segundo hijo del duque de Wycliffe. El intruso. El hombre al que había abofeteado con tanta precisión como furia. Desde entonces, no lo había vuelto a ver.

Pero lo sentía. En la casa. En el ambiente. Como una corriente demasiado cálida para Blackthorn Hall.

La rutina había cambiado poco. Ariel evitaba las zonas comunes y, salvo el breve cruce con Lucy a la hora del té, pasaba las horas entre libros, cartas sin responder y pensamientos ruidosos. No necesitaba verle para sentirlo. No necesitaba hablar para saber que seguía allí.

Lucy, en cambio, era menos sutil. Había dado instrucciones al servicio. Las toallas del ala este desaparecían misteriosamente. Las comidas le llegaban tarde y frías. A veces demasiado saladas. En otras ocasiones, simplemente, no llegaban. Las criadas decían que no entendían sus órdenes. Que se habían equivocado de ala. Que no sabían a qué hora quería cenar. Y todo con una sonrisa falsa y una reverencia aún peor.

—Hoy le han llevado el caldo sin cuchara —dijo Lucy entre carcajadas, mientras se servía un poco de infusión—. La cara que ha puesto ha sido gloriosa. Me siento como una estratega militar, Ariel. Deberías felicitarme.

Pero Ariel no sonrió. Estaba sentada en la ventana, mirando hacia el mar. La bruma se alzaba, perezosa. Y más allá, anclado frente al acantilado, el navío de vela descansaba con las velas plegadas. Uno de los muchos barcos comerciales que se refugiaban en la pequeña bahía antes de cruzar hacia Portsmouth o más allá.

Ariel sabía navegar. No como esas damas que bordaban pañuelos con nudos marineros para parecer cultas. No. Ella conocía las mareas, el lenguaje del viento, el olor de la tormenta antes de que asomara en el horizonte. Había vivido entre marineros, con el salitre en la piel y las manos firmes en el timón. Su padre le había enseñado. Su verdadero padre. Aquel que la había amado más allá de los escándalos.

El mar había sido su primer hogar, mucho antes que cualquier mansión con nombre y escudo.

Se quedó dormida allí, sin moverse de la ventana, con el sonido del viento como arrullo. En sueños, volvió a estar en cubierta. Con el cabello azotado, los pies desnudos y la voz de su padre al fondo, gritándole una orden entre carcajadas. Pero cuando despertó, no había más que el cristal empañado, el cielo gris y la certeza de que un hombre que no la conocía estaba durmiendo bajo su mismo techo, humillándola por el solo hecho de ser mujer.



Eric caminaba por el sendero de grava que bajaba hacia el centro del pueblo. Los días en Blackthorn Hall estaban resultando más hostiles de lo previsto. Y lo decía alguien que había sobrevivido a un asedio en Salamanca.

Cinco días. Cinco días sin una carta de respuesta del conde Delamere. Ni una línea, ni una confirmación, ni siquiera una nota del administrador. Y mientras tanto, atrapado en una casa en la que el servicio parecía actuar como si él fuera una plaga que había que erradicar.

La comida llegaba con sal suficiente como para salar todo un bacalao. Las sábanas tenían un misterioso olor a alcanfor. Y Lucy, esa maldita mujercita astuta, lo miraba como si tuviera lepra.

No había visto a Ariel en todo ese tiempo. Ni una vez. Pero en los pasillos quedaba su rastro. Un perfume extraño, entre sándalo y sal, que le recordaba a las noches en la cubierta de un navío, al aroma de una mujer mojada por la niebla y el mar. Algo inusual. Algo que no podía sacarse de la cabeza. Como si el mar tuviera forma de mujer.

Se detuvo ante la taberna, pensó en entrar, pero no lo hizo. En lugar de eso, siguió caminando por la calle principal, saludado con frialdad o, más a menudo, ignorado por completo. Las miradas eran fugaces. Las puertas, rápidas al cerrarse. Nadie lo llamaba por su nombre. Nadie se esforzaba por sonreír.

Willowmere no era Bath.
No había jardines públicos donde pasear con guantes blancos ni salones donde cada apellido valía más que una conversación. En Bath, hasta los silencios eran educados. Allí, en cambio, la educación era un bien escaso. .

Una sombra oscura se deslizó por la acera antes de que él la viera.

—Lord Wycliffe —dijo una voz a su derecha, profunda, melosa, y no obstante cargada de una intención que no supo descifrar.

Se giró.

La mujer que le hablaba no era fácil de olvidar. Ni joven, ni bella en el sentido convencional, pero había algo en ella que atrapaba la mirada: quizá el blanco de su cabello recogido con esmero bajo una cofia negra, quizá las curvas generosas contenidas bajo un vestido de luto que abrazaba su cuerpo.

—No nos han presentado —continuó ella, con una sonrisa demasiado perfecta—. Pero todos saben quién es usted, milord. Y yo tengo buen oído. Mi nombre es Úrsula Morvan.

Eric se inclinó levemente, pero no pudo evitar una reacción interna.
¿Morvan?

El apellido lo golpeó como una chispa mal contenida. ¿Familia de Ariel? ¿Una hermana tal vez? ¿Una tía? ¿O...?

—Un placer, señora Morvan —dijo en voz alta, ocultando bien su desconcierto.

—¿De veras? —dijo la mujer con una sonrisa melosa, ese tipo de amabilidad que corta más que consuela—. No todos los forasteros encuentran tan grata la compañía en Willowmere. Aunque imagino que a usted ya le han dado su particular bienvenida —Eric no respondió de inmediato; la observaba con ese disimulo que usaba cuando algo no terminaba de cuadrarle. No se parecía en nada a Ariel, pensó, ni siquiera en el blanco de los ojos, que en ella eran más fríos, más calculadores—. Supongo que su estancia en Blackthorn Hall está siendo... de lo más interesante—continuó ella, como quien habla de un espectáculo privado—. Las casas viejas suelen ser un desastre, llenas de rincones polvorientos, y los herederos imprevistos... —su sonrisa se ladeó apenas— suelen ser aún más difíciles de gestionar.

—Eso es comprensible —dijo ella, con una risa breve, seca—. Las casas viejas no son lo único que se resiste al cambio. A veces es la gente la que no quiere soltar lo que ya no le pertenece. Ariel Morvan, por ejemplo. Pobre criatura. Tan joven y, sin embargo, tan... señalada. No todas las historias que se cuentan sobre ella son ciertas, por supuesto. Algunas, me temo, son incluso peores.

Eric reconocía ese tono. Lo había escuchado antes, en salones alfombrados donde la crueldad se servía junto al vino y las sonrisas. No era un hombre de sociedad, pero sabía cuándo alguien estaba siendo desangrado con cortesía. Y aunque Ariel distaba mucho de ser un modelo de virtud, no le gustaba el rumbo que tomaba aquella conversación.

—No suelo juzgar por rumores —fue todo lo que dijo, dando un paso hacia delante con la intención de dejar atrás a esa mujer.

—Claro que no —Úrsula dio un paso más cerca, sin dejarlo ir—. Y yo tampoco. Por eso me gustaría invitarlo a cenar una noche de estas. Nada formal. Solo una conversación, una buena copa, algo caliente en el plato. Y un lugar donde no huela a humedad y a sal.

—¿A sal?

—Oh, ya lo sabrá. Esa casa suya parece haber sido construida sobre el mar.

—Oh, sí... Lo pensaré, señora Morvan.

—Hágalo, milord —dijo ella, girándose con una elegancia inesperada para su figura—. No siempre se encuentra a alguien que escuche sin prejuicios, y yo estoy dispuesta a escucharlo.

Y con eso, se marchó, dejando tras de sí una estela de perfume oscuro, empolvado, y algo más que no supo nombrar. Eric siguió caminando, y por primera vez en días, no pensó en la carta que no llegaba. De hecho, decidió no pensar en nada.

Ni siquiera en Margaret.

Su esposa.

La mujer con la que compartió un año de matrimonio, y a la que enterró sin comprender del todo si alguna vez llegó a conocerla. Su muerte había sido tan repentina como su vida había sido discreta. Una fiebre, dijeron. Una complicación, añadieron. Pero lo que se llevó no fue solo un cuerpo joven, sino también la última excusa que Eric tenía para seguir fingiendo que creía en algo.

Desde entonces, todo había sido un intento de olvido. Incluso Blackthorn Hall.

Y esta noche no era distinta.

Cruzó la calle con paso errático y entró en la taberna que había visto antes del encuentro con la señora Morvan. Lo recibió el calor espeso del humo, el olor a cerveza derramada y la promesa de unas horas sin preguntas. Justo lo que necesitaba.

No pensaba beber. Solo necesitaba aire. Ruido. Algo que le sacara de la imagen de Úrsula Morvan, los desaires de Ariel y la malicia de Lucy.

Pero cuando quiso darse cuenta, llevaba ya tres vasos de brandy. Después vino el whisky, uno solo. O quizá dos. Perdió la cuenta cuando empezó a hablar con un desconocido que aseguraba haber servido con él en Flandes. No era cierto. Pero Eric no lo corrigió.

A la salida, se odió por no haber cogido su caballo al salir de Blackthorn Hall, pero se recordó una cosa: —Necesito andar. Limpiar la cabeza —dijo, más para sí mismo que para el callejón solitario.

Y caminó. Por la vereda equivocada.

La niebla era más espesa que nunca, y sus pasos torpes resonaban sobre la grava húmeda. La bruma lo envolvía, lo confundía, lo empujaba hacia los acantilados sin que él lo supiera.

Hasta que lo supo.

Un crujido. Una piedra suelta. Y luego, el vacío.

El impacto del agua helada le robó el aliento. Fue como un puñetazo líquido en el pecho, una bofetada que lo devolvía a la carne y al hueso. El abrigo se le pegó al cuerpo de inmediato, pesado como una losa. La sal le arañó los ojos, la garganta, los pulmones, y el mundo se volvió mudo.

No supo si fue el alcohol o la caída lo que lo hizo abrir los ojos bajo la superficie. Solo sintió el ardor. El frío que le cortaba la piel como cuchillas. Y por un instante, en ese abismo gris verdoso, se sintió menos perdido que en tierra firme. Allí no había deberes ni pasado. Solo el latido frenético de su corazón y el silencio absoluto de las profundidades.

Intentó nadar. Las botas lo arrastraban. El abrigo le entorpecía cada movimiento. Todo pesaba. Todo dolía. Pensó en Margaret. Pensó en Ariel. Pensó en el sabor de un beso que aún no había olvidado y que, por un momento fugaz, pareció más real que el agua que lo rodeaba.

Entonces, una voz. Un grito. Algo rompió la superficie. Algo más que espuma.



Ariel no lo vio caer.

Pero lo oyó.

Fue un sonido sordo, como un cuerpo abriéndose paso a la fuerza entre el agua y la roca. Iba caminando por el sendero más próximo al mar, sin rumbo, intentando calmar el incendio que le roía el pecho desde hacía días. No sabía qué la había empujado allí esa noche. Tal vez el insomnio. Tal vez el mar. Tal vez el instinto.

Corrió.

El cuerpo emergió a unos metros de la orilla, sacudido por las olas. Una figura oscura. Y entonces lo vio: el abrigo desabrochado, la cabeza ladeada, los brazos agitándose con torpeza.

Eric.

Sin pensarlo, Ariel se lanzó al agua.

La falda la frenó, pero no lo suficiente. Había nadado en condiciones peores. Había cruzado bahías enteras con las piernas entumecidas y la garganta en carne viva. Nadó hacia él con brazadas certeras, esquivando las olas.

Lo alcanzó.

Eric apenas tenía los ojos abiertos, pero al verla —esa melena empapada, esa furia, ese cuerpo que se movía con una determinación que dolía— quiso hablar. No pudo. Solo se dejó arrastrar por ella y cayeron juntos sobre la arena mojada.

Ariel se inclinó sobre él, el cabello pegado a las mejillas, la boca entreabierta, compartiendo el aliento como si respirara por los dos. Lo observó en silencio, con esa intensidad que no necesitaba palabras, como si solo pudiera calmarse al comprobar que su pecho aún subía y bajaba.

—¿Está usted loco? —susurró con rabia—. ¿Qué demonios hacía en el acantilado? ¿Borracho? ¿Perdido? ¿Buscando fantasmas?

—No sabía que las sirenas —Eric tosió, con un hilo de voz—... gritaban tanto.

Ariel lo habría abofeteado de nuevo si no tuviera el cuerpo empapado y el alma latiéndole entre las costillas.

—Cállese, milord —murmuró, temblando, pero no se apartó de él.

Eric no podía dejar de mirarla. Bajo la luz temblorosa de la luna, Ariel parecía una visión salida del fondo del océano, una criatura antigua y poderosa, de las que los marineros susurraban entre ron y miedo. Tenía la melena empapada pegada a la piel como algas de seda, y el vestido, oscuro y pegajoso, ceñía cada curva con la sensualidad involuntaria de quien nunca quiso provocar, pero lo hacía sin remedio.

Su piel, pálida por el frío, parecía más nívea aún contra la tela mojada, y sus labios —rojizos, entreabiertos, temblorosos— eran la única parte de ella que parecía no haber salido de las aguas, sino del mismo fuego. Pero fueron sus ojos los que lo desarmaron por completo: azules como el mar antes de una tormenta, afilados, vibrantes, y llenos de una furia que no buscaba ser bella... y, sin embargo, lo era.

Demasiado hermosa.
Demasiado real.

Fuerte como una tempestad.
Inalcanzable como una leyenda.

Y en ese momento, Eric no supo si se estaba enamorando... o si simplemente era la falta de oxígeno.

Ah, pero la sentía... ¡y cómo la sentía! El peso de su cuerpo tan cerca, el calor de su aliento en su mejilla, el leve roce de sus muslos sobre los suyos. El sabor del agua salada aún en su lengua, y por debajo... otra cosa. Algo que no venía del mar. Algo que ardía, que no entendía, que no se atrevía a nombrar.

—¿Está usted bien? —preguntó ella, con más delicadeza esta vez, como es primera vez en la feria, cuando no eran rivales.

Él asintió despacio, y al hacerlo, su frente rozó la de ella. Y ninguno de los dos se apartó, se quedaron juntos. Durante unos segundos, solo respiraron.

El mundo se redujo a la humedad de la arena, al sonido grave de la marea, y a la gravedad invisible que los mantenía atrapados el uno al otro.

—Tiene frío —murmuró ella, apenas un susurro.

—No —dijo Eric, en voz baja, ronca—. No cuando está tan cerca.

Ariel no respondió. Su mirada bajó a sus labios, por un instante demasiado largo. Él la vio dudar. La vio morderse el labio inferior. Y entonces fue él quien se alzó levemente, lo justo para que su nariz rozara la de ella.

No fue un beso.
Pero estuvo tan cerca que dolió.

—No debería estar aquí —dijo ella, cerrando los ojos—. No debería...

—Pero lo está —susurró él—. Como si el mar la hubiera traído de vuelta solo para tentarme.

Un estremecimiento le recorrió la espalda a Ariel. No sabía si por el frío... o por él.

Sus labios seguían a un suspiro de distancia.

Y, sin embargo, no se besaron.

Ariel se irguió despacio con la respiración agitada, y se puso de pie, con el vestido pesándole como un ancla. No lo miró.

—Levántese, milord. No pienso cargarlo hasta la casa —dijo, recuperando la firmeza de su voz.

Pero cuando él la siguió, tambaleándose, Ariel ya caminaba por delante. Y aunque no volvió la vista atrás, supo que él la observaba. Que cada paso suyo en la arena dejaba una huella que él quería seguir.

Y supo, con un nudo apretado en la garganta, que no era la única que temblaba.

Capítulo 5



El techo de Blackthorn Hall fue lo primero que vio al abrir los ojos. Y por un momento, no supo si estaba muerto o peor: vivo.

La luz gris filtrada por las cortinas apenas iluminaba la estancia. El fuego de la chimenea se había apagado hacía horas. El cuerpo le dolía. No de manera insoportable, pero sí lo bastante como para recordarle cada golpe, cada piedra del pequeño acantilado, cada ola que lo había zarandeado como un muñeco de trapo.

Y, sin embargo, lo que más le dolía... era la certeza de que no había soñado.

La caída.
El agua helada.
La oscuridad tragándoselo.
Y después... ella.

Ariel.

Eric se incorporó con un gruñido bajo. El costado le dolía y tenía el cuello rígido, pero lo ignoró. Necesitaba pensar... o dejar de hacerlo. No estaba seguro de qué opción era peor. Recordaba el temblor de su voz cuando le gritó, la furia que no era fría, sino ardiente, viva, como todo en ella. Recordaba sus muslos empapados sobre los suyos, el peso de su cuerpo, la firmeza con la que lo arrastró fuera del mar.

Pero, sobre todo, recordaba el momento en que no se besaron. Ese aliento compartido. Esa línea invisible entre el impulso y el abismo.

¿Cómo se mira a una mujer que te ha salvado la vida... y casi te besa?

Eric dejó caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos con un suspiro áspero. Ariel Morvan no era una dama. Era una maldición. Un espejismo salado. Quizás una bruja.

Y lo peor de todo... era que la deseaba. Incluso ahora, con los huesos fríos y el orgullo hecho trizas, la deseaba. Y eso lo enfurecía.

Porque no había humillación más difícil de tragar que la de ser rescatado por una mujer. Y no por una cualquiera, sino por ella. Ariel Morvan. Obstinada, insolente, indomable. La misma que lo desafiaba con cada mirada, que no le debía respeto ni obediencia, que no bajaba la cabeza ni siquiera cuando él alzaba la voz.

Había pasado años dando órdenes. Había cabalgado al frente de hombres dispuestos a morir. Había enterrado camaradas con las manos desnudas y con el corazón endurecido. Pero nada, ni siquiera la guerra, lo había dejado tan expuesto como el peso de esos brazos delgados sacándolo del mar.

Ella lo había arrastrado. A tierra. A la vida. Y eso... eso era insoportable.

Y lo más irritante de todo era que, en el fondo —muy en el fondo—, se sentía agradecido.

No por haber sobrevivido, sino porque había sido ella. Porque entre todo lo que podría haberlo arrastrado al mundo de los vivos, fue su cuerpo el que lo sostuvo, su voz la que lo trajo de vuelta, su fuego el que ardía incluso dentro del agua. ¡Qué caray! ¡Se suponía que debía detestarla hasta expulsarla de esa casa! No sentir nada parecido a lo que estaba sintiendo.

Pasaron los días, y Eric apenas abandonó su habitación. El médico del pueblo, llamado de urgencia por Lucy, diagnosticó fiebre y contusiones varias, pero ninguna fractura. Le recomendó reposo, líquidos calientes y paciencia. Eric obedeció en lo primero, ignoró lo segundo y se burló de lo tercero.

No preguntó por Ariel. No al principio. Pero cuando pasaron dos días y ella no se dejó ver, ni una sola vez, ni siquiera para comprobar si seguía con vida, empezó a inquietarse. Preguntó a Lucy con

desdén fingido, como quien pregunta por un inquilino molesto. Lucy se limitó a encogerse de hombros.

—La señorita Morvan está en su torre —dijo una vez, con una sonrisa neutra—. Como siempre.

Y eso lo irritó. Porque ella estaba allí. Bajo el mismo techo. A unos pasos. Respirando el mismo aire. Y, aun así, invisible.

Soñaba con ella. Soñaba con su rostro empapado, su cuerpo sobre el suyo, sus labios a punto de rozar los suyos. Se despertaba empapado en sudor, con el pulso desbocado y la cama vacía.

Y empezó a odiarla.

La odiaba por su frialdad, por su silencio, por ese maldito beso que no ocurrió y que, sin embargo, lo perseguía. La odiaba porque lo había salvado... y luego lo había abandonado. Como si el acto no significara nada. Como si él no significara nada. Como si estuviera por debajo incluso de su desprecio.

Y, aun así, cada mañana —aunque no lo admitiera en voz alta—, esperaba oír sus pasos en la escalera.

Pero Ariel no bajaba a desayunar.

No lo había hecho tampoco las noches anteriores, desde que volvió empapada, con el corazón desbocado, y algo más. Esa noche, esa maldita noche, subió a su torre en silencio, con el vestido pegado al cuerpo y las manos entumecidas, sin mirar a nadie. Lucy intentó seguirla, pero bastó una mirada para cerrarle la boca.

Desde entonces, se había encerrado allí. Día y noche. Como si pudiera aislarse del recuerdo, del peso de aquel cuerpo entre sus brazos, del rostro de Eric Wycliffe. Nadie la había visto cruzar el umbral de su habitación desde entonces. Comía poco, dormía aún menos. Porque cada vez que cerraba los ojos, él volvía.

El rostro afilado y empapado, la mandíbula férrea, el cabello negro como tinta pegado a la frente. Y esos ojos... grises, turbios, infinitos, como si contuvieran todas las tormentas del mar. Su voz ronca aún le vibraba en la nuca. Sentía todavía el calor de su aliento, la firmeza de su pecho casi desnudo contra el suyo, la tensión de los músculos bajo la ropa mojada. Y lo peor era eso: la ropa. Porque había sido apenas una barrera delgada, temblorosa, entre piel y piel. Recordaba sus muslos empapados bajo los suyos, el peso de todo él

debajo de ella —pesado, sólido, irresistible—, la forma en que su frente rozó la suya, justo antes del ese maldito instante en el que no la besó.

Como si supiera que, si lo hacía, ella no se habría apartado. ¡Dios, no se habría apartado! Y eso lo sabía ella también, por eso estaba en ese estado.

¿Qué demonios había hecho?

Esa mañana, el mar golpeaba las rocas con una cadencia sorda. Y en su interior, Ariel sentía algo parecido: una marea que no retrocedía. Un fuego imposible de apagar. Se levantó de un salto, como si el pensamiento pudiera despegarse de ella con un movimiento brusco. Cruzó la habitación y abrió la ventana. Aire. Necesitaba aire.

Pero lo que entró fue el perfume húmedo del mar. Y con él, la imagen de Eric cayendo al agua, los brazos sin fuerza, la boca ahogada.

—Maldita seas... —murmuró, aferrándose al alféizar.

Golpearon la puerta.

—Adelante —dijo, sin girarse.

—Vaya, sigues viva. Me temía que el remordimiento te hubiera matado —dijo Lucy, con una sonrisa afilada—. ¿Cuánto piensas seguir escondida aquí? ¿Te lanzaste al mar por él? Di la verdad, somos amigas desde hace tiempo.

—No fue por él —Ariel se volvió bruscamente—.Lo habría hecho por cualquiera.

—Claro —respondió Lucy, cruzándose de brazos—. Por cualquiera con mandíbula tallada en mármol y voz de pecado.

—Estaba en peligro.

—Y tú saltaste. Con vestido, botas y orgullo. ¡Saltaste! —insistió Lucy, señalándola como si fuera testigo de un crimen—. ¿Y ahora qué? ¿Vas a fingir que no pasó nada?

—No pasó nada —dijo Ariel con firmeza.

—Está enfermo, ¿lo sabes? Lleva días con fiebre. Frío. El doctor ha venido dos veces. No es grave, pero... —se encogió de hombros —. No ayuda que nadie en esta casa le dirija la palabra. Ni que le lleven el té como si le escupieran dentro.

Ariel tragó saliva. —No voy a ir a verlo. Solo... dile a la cocinera que le prepare algo decente por las mañanas. Y tú, compórtate.

Lucy la observó en silencio, sorprendida por la súplica apenas disimulada en su voz. Luego asintió. —Como ordene, capitana.

Respiró hondo. No iba a bajar. No iba a mirarlo. No iba a repetir el error de acercarse a él.

Porque si lo hacía... no podría resistirse.

Le bastaba recordar el calor de su cuerpo empapado junto al suyo, esa mezcla de fuerza y vulnerabilidad que le erizaba la piel, la manera en que su voz grave se le incrustaba en la espina dorsal como un anzuelo. El hormigueo que había sentido en el bajo vientre cuando sus labios estuvieron tan cerca. Tan condenadamente cerca.

No lo había besado. Y Dios sabía cuánto deseaba hacerlo. Besarlo hasta quedarse sin aliento. Besarlo como si pudiera tragarlo entero. Y no solo besarlo. Quería sus manos en su cintura, su peso debajo de ella otra vez, su boca en su cuello, en sus pechos, en cada rincón que nunca había tenido dueño. Quería perderse en él. De todas las formas posibles.

Y eso... eso la aterraba.

Por eso no bajaba. Por eso no podía hacerlo. Dio unos pasos hacia la ventana. Solo quería aire, o eso se dijo. Pero al asomarse... sus ojos buscaron el ala este de la casa. Sin querer.

Y lo odió por ello.

Porque no había nada más humillante que desear al enemigo. Sobre todo, cuando ese deseo ardía como una maldición entre las piernas.



El notario llegó temprano, sin anunciarse.

Ariel lo vio desde la ventana del comedor, bajando de su carruaje con el sombrero apretado contra el pecho y un gesto que no auguraba nada bueno. El señor Pritchard era un hombre metódico, gris como su levita, y de los pocos en Willowmere que

nunca se permitía una palabra de más. Pero esa mañana... parecía distinto.

—Lamento importunarla, señorita Morvan —dijo al ser recibido en la sala de visitas, sin apenas mirarla a los ojos—. Es... en relación con el contrato de compraventa de Blackthorn Hall que me solicitó hace unos días.

—¿Qué ocurre? —Ariel se mantuvo en pie. No ofreció asiento ni cortesías.

Pritchard carraspeó, incómodo.

—Hemos revisado nuestros registros en la Cámara del Sello de Westminster. El original firmado por el conde Delamere no consta allí. Tampoco la copia entregada en su momento a esta oficina. Debió enviarse, como era costumbre, junto con la solicitud de ratificación, pero... no se encuentra.

—¿Desaparecido?

—Extraviado, al parecer —dijo él, sin alzar la mirada—. Pido disculpas por la negligencia. Me comprometo a solicitar una nueva copia al *Register of Deeds* de Chancery Lane. Aunque... eso podría tardar semanas.

Semanas. Ariel lo supo de inmediato. Tiempo suficiente para que algo —o alguien— moviera hilos a su favor.

—¿Y mientras tanto? —preguntó, sin disimular la dureza en su voz.

—No puedo confirmar la validez legal del traspaso a su difunta madre, la marquesa de Beaston —respondió él—. Técnicamente, la titularidad sigue sin ratificarse por la corona.

—¿Y quién más lo sabe?

Pritchard dudó. —Esta mañana me hicieron llegar una nota. Anónima. Solicitando una revisión del caso y de los derechos de posesión sobre la finca.

—¿Quién la envió?

—No llevaba firma —aclaró Pritchard, carraspeando mientras jugueteaba con el ala de su sombrero—. Pero la letra... señorita Morvan, era pulida. Femenina. Impresa con una tinta cara —Hizo una pausa, breve pero cargada, como si esperara una reacción. Ariel no dijo nada. Solo lo miró. Con esos ojos helados, firmes, sin

parpadear. Ojos que no daban margen al rodeo ni a la cortesía vacía —Pritchard tragó saliva—. Supuse que querría saberlo —añadió finalmente, como quien cumple con un deber inevitable.

Ariel supo, sin lugar a dudas, de quién se trataba.

Úrsula.

El veneno era su especialidad, y no necesitaba más armas que una pluma y una sonrisa. Durante años, había esparcido rumores como quien lanza migas para atraer ratas. Primero contra Athenea, su madre. Luego contra ella.

—Gracias, señor Pritchard. Puede retirarse —dijo, sin mover un solo músculo más de lo necesario.

El notario se marchó con rapidez, como si temiera que Blackthorn Hall le cobrara algo más que una disculpa.

Cuando Ariel se quedó sola, cerró los ojos. Willowmere. Tan tranquilo en apariencia. Con sus tejados humeantes, sus calles empedradas y sus gentes que bajaban la mirada cada vez que ella pasaba. Como si tuviera una lepra que se contagiaba con la vista o como si pudiera tragarlos de un bocado.

Una mala mancha en su pueblo, eso habían dicho. Lo había escuchado con sus propios oídos, justo después del funeral de su madre.

Athenea había sido amada al principio. Respetada. Brillante. Pero bastó que empezara a comportarse *como si no supiera cuál era su sitio*, para que todo cambiara. Bastó que hablara demasiado, que opinara, que no se arrodillara ante los Morvan... que amara sin condiciones.

Y ahora, la hija de Athenea vivía en Blackthorn Hall con un hombre que no era su esposo.

La reputación no era algo que Ariel hubiera tenido nunca. Solo un apellido que la manchaba, una historia que nadie quería escuchar entera, y un rostro que incomodaba a las esposas del pueblo.

Había sido una niña *extraña*. Una jovencita *demasiado libre*. Una mujer *imprudente*.

Y ahora... una amenaza.

Úrsula había sido la esposa oficial. Ariel, la bastarda escandalosa. Y por mucho que el apellido fuera el mismo, el pueblo

ya había elegido a quién apoyar.

Pero Ariel no pensaba ceder.

Con la frente alta, subió a su torre, cruzando los pasillos con paso firme. Frente al retrato inacabado de su madre, se detuvo.

—No lo permitiré —susurró.

Porque el mar no se dejaba domar.

Y Ariel tampoco.

Capítulo 6



Eric descendió los peldaños con una lentitud impropia de un hombre de su tamaño. Aunque la fiebre había cedido y las contusiones comenzaban a desdibujarse bajo la piel, la incomodidad más difícil de curar seguía intacta: la de no saber cómo mirarla.

Ella.

Ariel Morvan.

La mujer que lo había sacado del mar, que lo había sostenido con sus brazos delgados como si fueran anclas. La misma que no había vuelto a aparecer en cinco días. Ni una nota. Ni una visita. Ni siquiera un cruce accidental en los pasillos. Un silencio premeditado. Elegante. Cruel.

Al llegar al rellano, giró hacia la sala de música. Necesitaba estirar las piernas, despejar la mente, fingir que la tensión no le erizaba la piel cada vez que alguien mencionaba su nombre. Pero al empujar la puerta entreabierta... la vio.

Sentada frente al piano, de espaldas. La falda oscura se derramaba como tinta sobre la banqueta, y el cabello recogido dejaba al descubierto la curva pálida de su nuca. No tocaba. Solo mantenía los dedos suspendidos sobre las teclas, como si dudara.

Eric no se movió. No respiró.

Ella tampoco.

—Lord Wycliffe —dijo, sin volverse—. No esperaba compañía.

Él tragó saliva. —Ni yo. Solo quería...

Se odiaba por cómo sonaba su voz. Demasiado grave. Demasiado humana.

Ariel se levantó con lentitud, girando apenas el rostro. Sus ojos lo recorrieron sin detenerse, como si midieran la distancia exacta que lo separaba de la puerta. Luego lo miró directamente, y Eric sintió que el aire se le escapaba.

Dios, era hermosa.

No solo de esa manera obvia, evidente. Había algo más. Algo feroz. Una belleza que no se ofrecía, sino que se imponía. Los labios ligeramente curvados, los pómulos altos, el cuello erguido como si llevara una corona de rubíes invisible. Y los ojos... esos malditos ojos. Fríos. Azules. Lo bastante profundos como para perderse. O ahogarse.

Él dio un paso dentro. Cerró la puerta tras de sí.

—No he tenido la oportunidad de agradecerle —dijo, con un leve carraspeo—. Por... lo del otro día.

Ariel alzó una ceja, como si no supiera de qué hablaba. Como si no le importara en absoluto.

—¿Agradecerme qué, milord? ¿Que no lo dejara morir?

—Sí.

Silencio. Ella bajó la mirada por un instante, pero cuando volvió a alzarse, era más cortante que antes.

—No fue una decisión meditada —dijo con sequedad—. Actué por impulso. Por humanidad, no hay nada que agradecer, milord. Lo hubiera hecho por cualquiera.

Eric la observó. ¿Mentía? ¿O intentaba convencerse a sí misma?

Se acercó un poco más, hasta quedar a tres pasos de ella. El aire empezó a oler a sándalo y a sal. El perfume de Ariel era tenue, casi indetectable, pero estaba allí: algo marino, amargo y limpio, algo casi irreal. Y el recuerdo de su cuerpo empapado se le incrustó en la memoria con una nitidez dolorosa.

—¿Siempre tiene impulsos tan... heroicos?

—¿Siempre necesita ser rescatado? —preguntó ella, ladeando la cabeza, sin retroceder, firme sobre sus propios pasos, anclada en esos muslos fuertes que ocultaba bajo las faldas, pero que él ya sabía que tenía.

Ariel no vestía como una jovencita en edad de buscar marido. No usaba volantes ni tonos pastel, ni se adornaba con encajes innecesarios. Llevaba trajes de corte sobrio, bien hechos, demasiado buenos para alguien de su posición, y en tonos oscuros —ciruela, verde bosque, azul marino— que no favorecían la coquetería, pero sí el misterio. En ella, esos colores adquirían una vida extraña, mística. El corsé marcaba sin ostentar, la falda caía con peso, y la tela —siempre limpia, siempre pulcra— hablaba más de carácter que de coquetería.

No intentaba gustar. Y quizás por eso resultaba tan malditamente atractiva.

Eric sonrió. No pudo evitarlo. Había guerra en su tono, en su maldita voz, pero también un deje de algo que no supo nombrar. ¿Nerviosismo? ¿Deseo? ¿Miedo?

Tenía una voz curiosa, pensó. No particularmente dulce, pero sí firme. Imposible de ignorar. Era ese tipo de voz que se queda en la memoria, no por su belleza, sino por la forma en que decía las cosas. Clara. Directa. Con un borde afilado que no parecía tener nada que ver con su edad. Cada palabra sonaba como si ya supiera la respuesta. Y eso, viniendo de una mujer, teóricamente sola, la volvía desconcertante. En realidad, no sabía nada de ella. ¿Por qué estaba en esa casa sin más compañía que la de una sirvienta? ¿Qué clase de mujer era? ¿Acaso tenía algún pasado?

—Pensé que vendría a verme —dijo al fin.

—Pensó mal.

—Quería hablar.

—Yo no.

Otro silencio. Más incómodo que los anteriores.

Eric dio un paso más, y Ariel no se movió. No apartó la vista. Él la miraba sin disimulo ahora: la curva suave de su mandíbula, la sombra entre sus pechos, la forma en que el corsé marcaba su silueta, el ascenso irregular de su pecho cada vez que respiraba. Estaba enfadada. Y preciosa.

Y ella lo sabía. Porque se irguió aún más, con esa altivez que no pedía permiso, como si pudiera desafiarlo también con el cuerpo, no solo con la mirada.

—¿Por qué está sola?

—¿Cómo dice?

—Una casa entera, apenas unos criados... —la observó con atención—. No hay esposo. No hay familia. ¿Por qué?

—Porque es mejor así.

Y sin añadir más, pasó por su lado, esquivándolo, segura de sí misma y salió del salón sin mirar atrás.

Eric no supo si reír o maldecir. Pero mientras la veía alejarse, solo pudo pensar en una cosa: estaba perdido. Jamás había sentido un deseo así. Ni siquiera por Margaret.

Margaret había sido todo lo que uno espera de una esposa: dulce, sensata, hermosa en su delicadeza. Con ella habría llevado una vida tranquila, habría tenido hijos, nietos... y habría muerto satisfecho, sin pedir más.

Pero Ariel... Ariel no era tranquilidad. No era dulzura ni previsibilidad. Ella era hambre. Era caos. Era la necesidad de perderse por completo para, quizá, encontrarse de nuevo entre su piel. Con ella no se trataba de formar un hogar, sino de arder. De encontrar el maldito éxtasis terrenal, de morir viviendo.



Ariel estaba supervisando a la cocinera en la despensa cuando escuchó el rechinar de los cascos en el empedrado del patio. Un trote seguro, rápido, impaciente. El sonido de las riendas tensadas, de unas botas cayendo al suelo con agilidad.

Lucy cruzó corriendo desde el pasillo, con el delantal mal anudado y una sonrisa maliciosa dibujada en los labios.

—No te asomes —dijo sin aliento—. Pero acaban de desmontar en tu puerta como si esta fuera una fortaleza a punto de rendirse.

Ariel salió al recibidor con paso firme. No corrió. No preguntó. Solo abrió la puerta antes de que llamaran.

Allí estaba.

Apoyado contra el pilar del porche, con una mano en el pomo de la silla de montar y una sonrisa tan descarada como familiar. Cabello revuelto por el viento, la chaqueta abierta, el pañuelo al cuello medio deshecho.

—Tienes peor aspecto del que recordaba —dijo Finn Harrow, abriéndole los brazos como si estuvieran en otro siglo, en otro mundo.

Ariel sonrió. Muy poco. Pero fue real.

—Flinn.

—Sirena —la abrazó, fuerte, cálido, y olía a cuero, salitre y tabaco dulce—. Me mandan a comprobar si sigues entera. Ya sabes: tu padre, sus demonios, sus remordimientos y esa absurda necesidad de vigilarte desde la distancia, aunque yo sé que eres perfectamente capaz de espabilarte tu sola.

—¿Vienes como emisario o como espía?

—Como hermano, si me dejas. Aunque si ese título ya lo ocupa alguien, me adapto.

Ella rio, breve. Le dolía un poco hacerlo. Hacía días que no se reía.

—Anda, entra antes de que empiece a llover.

Y entonces sí. El ambiente cambió.

Porque, tras el arco del recibidor, bajando los últimos peldaños con gesto firme, apareció Eric. Llevaba una copa en la mano, las botas impecables, el rostro más pálido de lo habitual. Lo había visto todo. No había oído una sola palabra, pero no le hacía falta.

La espiaba. Lo sabía y no le importaba admitirlo, al menos ante sí mismo. La había visto abrazarse a ese hombre. Había visto cómo se apretaban, cómo lo tocaba. Y, de pronto, lo que hasta entonces habían sido solo sospechas se volvía posible. Tal vez Ariel ya estaba casada, y su esposo era ese hombre ausente que la dejaba demasiado sola. O, peor aún, tal vez Úrsula Morvan tenía razón y ese era su amante. El amor de su vida. Uno imposible. Uno al que se entregaba sin reservas cuando la visitaba.

Finn lo vio al instante.

Eric también se detuvo, mirándolo sin pestañear. No le importaba si era su esposo, su amante o un fantasma del pasado.

No le importaba nada. Estaba tan consumido por los celos, tan envenenado por la imagen de Ariel abrazando a otro con esa cercanía que jamás le había ofrecido a él, que por un instante creyó que sería capaz de matarlo. De un solo golpe. Si no fuera por los modales. Si no fuera por los malditos valores que aún lo sostenían por dentro.

—¿Quién eres tú? —lo enfrentó Finn de inmediato, sin moverse un ápice del lado de Ariel.

Eric no respondió al instante. Bajó el último peldaño con la copa aún en la mano, como si le diera tiempo a dominar el impulso primitivo que lo había atravesado segundos antes.

—Depende —replicó al fin, con una calma que solo encubría la rabia que sentía—. ¿Quién eres tú?

Los dos hombres se midieron en silencio. Ninguno retrocedió. Ninguno parpadeó.

—No empieces —dijo Ariel, esbozando una sonrisa hacia Finn mientras le rodeaba el brazo con naturalidad—. Recuerda tus modales, estamos en tierra —Lo tomó con familiaridad, casi con ternura (por el maldito brazo, pensó Eric, que solo podía ver esas manos pálidas —las mismas que lo habían abofeteado con tanta desconsideración— enredadas ahora en el cuerpo de ese idiota con cara de besugo)—. Él es lord Eric Wycliffe, segundo hijo del duque de Wycliffe, de Bath —añadió ella con esa serenidad calculada tan suya—. Dice ser el nuevo propietario de Blackthorn Hall. Por eso he permitido que se instale en el ala este.

—¿El nuevo propietario de Blackthorn Hall? ¿En base a qué? —replicó Finn con molestia—. No sabía que ahora se llamaba "propietario" a cualquier intruso con aires de nobleza.

Eric no se inmutó. Ni siquiera parpadeó.

—Y yo no recordaba que los perros guardianes olieran tan bien a colonia —respondió, con una media sonrisa que no alcanzaba los ojos, con la copa ya sobre alguna mesa cercana y los puños libres—. Pero ahora que lo menciona, señor Finn... —añadió Eric con ironía, sin dejar de mirarlo.

—Flinn, Flinn a secas.

—Flinn, entonces —repitió con cierta burla en su tono—. Esta misma mañana he recibido la respuesta del conde Delamere que tanto esperaba.

Ariel se tensó de inmediato. El leve gesto de sus dedos soltando el brazo de Finn fue suficiente para que los tres lo notaran. Cruzó la estancia y extendió la mano.

—¿Puedo verla?

Eric la observó un segundo más de lo necesario. Luego, sin decir nada, sacó el sobre doblado de su chaqueta y se lo entregó. El sello aún colgaba a medio romper.

Ariel lo abrió. La carta era breve, con ese trazo tambaleante que solo tienen los borrachos y los viejos aristócratas que dictan más de lo que escriben. Eric la había leído media docena de veces esa mañana, y aún no sabía si era una amenaza, una confesión o simplemente una excusa patética.

Mi estimado Lord Wycliffe,

Recibo su misiva con sorpresa, pues ya no recuerdo con precisión los términos del traspaso hecho a la marquesa de Beaston. Era una época confusa para mí —demasiado vino, demasiados acreedores y una falta alarmante de juicio.

Si desea esclarecer los términos del acuerdo, le sugiero que consulte a la autoridad competente en Chancery Lane. Estoy dispuesto a firmar lo que sea necesario para que todo se aclare debidamente. Siempre he sido un hombre de honor, aunque algo... disperso.

D.

Ariel volvió a leer la carta, como si le costara comprender la magnitud de lo que implicaba. Luego alzó la mirada hacia Eric, y por un instante, no pareció ni desafiante ni arrogante. Solo alerta.

—¿Ha consultado con Chancery Lane?

—Todavía no —respondió él, sin apartar los ojos de su rostro—. Pero lo haré. Por lo pronto, la propiedad no es tan definitiva como usted afirmaba. Ni para usted... ni para mí.

Flinn dio un paso al frente. —¿Qué pretende con esto? ¿Está diciendo que puede quedarse?

—Estoy diciendo —replicó Eric con calma glacial— que nadie puede echarme aún.

Silencio.

Ariel dobló la carta con sumo cuidado. Le temblaban un poco los dedos, aunque lo disimuló con dignidad. Le devolvió el papel a Eric sin mirarlo a los ojos y, sin decir palabra, se acercó a Finn, no porque necesitara refugio —ella jamás había necesitado protección de nadie—, sino por hábito, por memoria. Finn era... Finn. El segundo ayudante de su padre en el barco, el niño que trepaba por los mástiles antes de aprender a leer, el muchacho que compartió con ella tormentas, ron aguado y noches en cubierta contando estrellas. Su sombra fiel. Su hermano elegido. El único que había permanecido cuando todo lo demás se había ido al fondo.

—Gracias por venir —le dijo en voz baja—. Pero no hace falta que te enfrentes a nadie por mí.

—¿Estás segura? —susurró él.

—Sí. Esta casa aún no ha decidido de quién es. Y hasta entonces... —se giró hacia Eric con un gesto ambiguo, que no era una tregua, pero tampoco una guerra abierta— habrá que convivir.

Flinn la miró como si quisiera discutir, pero luego suspiró y se rindió. Porque conocía esa mirada. Esa mandíbula tensa. Esa decisión férrea con la que Ariel había defendido causas mucho más perdidas.

Eric se cruzó de brazos, con los hombros erguidos. Ya no estaba a la defensiva. Ya no se sentía un intruso. El campo de batalla se había nivelado.

Y Ariel lo supo.

Pero Ariel se volvió hacia Flinn con una ligereza casi teatral, como si la escena anterior no hubiera ocurrido. Su sonrisa fue amplia, cálida, casi luminosa. La clase de sonrisa que Eric jamás había recibido de ella.

—¿Has comido algo hoy? —preguntó, con ese tono despreocupado que solía usar con las pocas personas que eran de su confianza, con las que se sentía cómoda—. La cocinera ha preparado panecillos de melaza. ¿Te apetece un té?

—Contigo, siempre.

Ariel lo condujo hacia el salón contiguo, como si pasear del brazo de un hombre fuera lo más natural del mundo. Como si no existiera nadie más en la habitación.

Eric no se movió. No dijo una palabra. Solo los siguió con la mirada, como si su mundo se redujera a esas dos figuras alejándose de él. El pecho le dolía con cada respiración, tenso hasta el límite, y la mandíbula se le endureció tanto que por un momento temió que los dientes crujieran. No era ira. No del todo. Era algo más primitivo, más visceral. Un instinto masculino, antiguo.

Ella le había negado todo —una mirada, una palabra, una respuesta— y ahora ofrecía su compañía, su sonrisa, su cercanía... a otro. A ese hombre. Como si él, Eric Wycliffe, no fuera más que algo detestable.

Y no supo qué era peor: el dolor en el pecho o el deseo insoportable de arrancárselo.

No entendía por qué lo enfurecía tanto ver a esa mujer —tan indecente, tan insoportable— sonriendo con tanta libertad para otro. Pero lo hacía. Lo indignaba. Lo ofendía. Y lo consumía.

Y eso, maldita sea, era peor que cualquier rechazo.

—¿Es su amante? —le soltó de pronto a Lucy, justo cuando ella pasaba con una bandeja de té y galletas.

Ella se detuvo en seco y lo miró como si acabara de sugerir que el cielo era cuadrado.

—¿Flinn? —repitió, levantando una ceja—. Flinn es como un hermano para ella. Crecieron juntos en el barco de su padre.

Eric parpadeó. ¿En el barco de su padre?

¿Qué clase de mujer se cría en un barco?

Quiso burlarse. O emitir algún juicio fácil que lo aliviara. Pero no le salieron las palabras. Porque por dentro, en lo más íntimo, se sintió como un completo idiota.

Por el alivio.

Por los celos.

Y, sobre todo, por haber preguntado.

Capítulo 7



Eric no era un hombre dado al espionaje. Al menos, eso solía decirse a sí mismo.

Y, sin embargo, allí estaba. En las sombras del pasillo del ala oeste, con la espalda apoyada contra la pared, observando el jardín con una fijeza que rozaba lo indecoroso. Desde ese ángulo, el cenador se veía con claridad. Y también a ellos.

Ariel y Flinn.

Estaban sentados demasiado juntos. Compartían un plato de fruta, con los dedos rozándose sin cuidado, como si el contacto fuera lo más natural del mundo. Finn le retiró una hoja del cabello, y Ariel no se apartó. Tampoco protestó. Solo sonrió.

Una sonrisa verdadera. Íntima. Muy distinta a las que le dirigía a él, tensas, desafiantes o cargadas de hielo.

El pecho de Eric se tensó hasta dolerle. No sabía qué era peor: la intimidad del gesto o la naturalidad con que ella lo permitía. No había coquetería ni fingimiento. Solo una cercanía vieja, sólida, inviolable. Aquello no era un juego como el que él y Ariel llevaban disputando desde aquel primer beso robado. Aquello era otra cosa. Algo auténtico.

Se apartó de la ventana en silencio, fatigado. Bajó las escaleras sin saber a dónde iba, hasta que la encontró sola en el vestíbulo, apenas por un instante, sin el maldito Finn y su pendiente en la oreja, como un vagabundo.

—Necesito hablar con usted, señorita Morvan —dijo, más brusco de lo que pretendía.

Ella se giró despacio, alzando una ceja con exasperante calma. —No estoy de humor para oír tonterías, milord.

—No será una tontería —insistió él, tenso—. Es importante.

—¿Hay noticias del conde Delamere?

—No —admitió, aunque estuvo tentado de mentir.

—Entonces no me interesa.

Eric apretó la mandíbula. Odiaba lo fácil que ella leía su estado de ánimo, como si conociera cada línea de su rostro.

—Solo quiero...

—Quiere muchas cosas —lo interrumpió—. Incluida esta casa. Lo sé. Pero hoy no me apetece escucharlo. Buenas tardes, milord.

Y, sin esperar respuesta, se alejó sin mirar atrás, dejándolo plantado en medio del mármol, solo con su orgullo herido.

Horas después, aún encendido de rabia y humillación, volvió a abrir la carta de Delamere. Sus dedos temblaban de impaciencia contenida.

"He sido un hombre de honor, aunque algo... disperso."

Disperso. Como él. Como su vida entera. ¿Cómo pudo confiar en la palabra de alguien así? ¿Cómo pudo dejarle una casa sin tener siquiera la certeza de que era suya?

Y, peor aún, ¿cómo demonios había terminado compartiéndola con una mujer que lo provocaba sin piedad y que ahora coqueteaba, sin el menor remordimiento, con su supuesto hermano de crianza?

Una mujer que lo desarmaba con sus desaires.

Pero, si era honesto, no podía culparla solo a ella. Después de todo, había sido él quien le robó ese beso. Ella nunca lo había alentado. Jamás le había dirigido una palabra dulce, ni una mirada indulgente. Tal vez ni siquiera coqueteaba con Finn, por más que pareciera cómoda a su lado. Tal vez todo estaba solo en su cabeza.

Y, sin embargo, era inútil. Porque para él, hasta la forma en que Ariel respiraba podía parecer una provocación.



Ariel caminaba por la galería del segundo piso con los brazos cruzados. El viento se colaba por los ventanales entreabiertos, trayendo olor a mar, a lluvia que amenazaba desde el horizonte. Pero ni el cielo gris ni las nubes densas lograban inquietarla tanto como una ausencia: la del maldito documento.

Intentaba no pensarlo. Ni a él. Y mucho menos al mismo tiempo. Pero desde aquel no-beso en la costa, desde que lo rescató con el vestido empapado y el corazón al galope, algo dentro de ella había cambiado. Lo veía por todas partes. En su mente, en su piel, en su vientre. Y lo peor no era eso. Lo peor era que lo deseaba con una locura enfermiza, hasta el punto de soñar con él por las noches.

Desde que la besó aquella noche en la feria —porque sí, había sido él quien se inició, pero no ella quien se apartó—, todo en Eric Wycliffe se le había vuelto una condena. Su perfume varonil impregnaba los pasillos; una mezcla de colonia cara, cuero y algo oscuro que no podía nombrar. Sus ojos grises eran un campo de batalla que no sabía cómo ganar. Y su presencia... su maldita presencia, tan firme, tan masculina, tan impasible... la volvía loca.

Así que lo evitaba.

A toda costa.

Bajaba tarde a desayunar, salía temprano a pasear, se encerraba en la biblioteca o en su torre durante horas. Sabía en qué parte de la casa se movía él —Lucy se encargaba de contárselo, aunque no se lo pidiera—, y evitaba cruzar su camino con una precisión casi militar.

Y se aferraba a Finn.

A su compañía tranquila, a esa familiaridad construida en la infancia sobre cubiertas de madera y cielos abiertos. Con él podía respirar, reír sin pensar, bajar la guardia. No sentía vértigo ni deseo

ni rabia ni nada que la desestabilizara. Con Finn estaba a salvo. Lejos de él.

Porque ahora lo sabía: Eric tenía casi los mismos derechos que ella sobre Blackthorn Hall. No podía echarlo. No sin pruebas, sin papeles, sin armas legales. Tenía que tolerarlo.

Y lo insoportable era justo eso. Que tenía que tolerar al único hombre cuya cercanía le hacía perder el aliento.

Estar lejos era prudente. Estar cerca... era perder la cabeza.

Y ella ya había perdido demasiado.

El notario había escrito esa mañana. Seguía sin encontrar el contrato de compraventa de Blackthorn Hall. Y la carta de Delamere era poco más que una confesión de senilidad con rúbrica de borracho. Nada era concluyente. Nada la protegía.

Blackthorn Hall se tambaleaba. Y con él, su lugar en el mundo y el recuerdo físico de su madre.

Flinn apareció en la galería con dos tazas humeantes. No dijo nada al principio. Solo le ofreció una.

—Tiene canela —susurró—. Como a ti te gusta.

Ariel aceptó la taza con una sonrisa apenas dibujada. Se sentaron en silencio, espalda contra la pared, como cuando eran niños y buscaban refugio del viento.

—¿Y si lo pierdo todo, Flinn? —preguntó Ariel, permitiéndose ser vulnerable.

Él la miró durante un largo segundo, sin condescendencia, sin prisa. Luego respondió:

—Tú no tienes nada que perder, Ariel. Porque lo que de verdad es tuyo está en el mar. Siempre lo ha estado. En tu voluntad, en tu forma de mirar las olas como si les hablaras. En esa libertad que nadie ha podido arrancarte jamás —Ella apretó los labios, pero no replicó—. Te respeto demasiado para decirte lo que tienes que hacer —añadió él, más suave—. Siempre has sido fuerte. Dueña de ti misma. Pero no tienes por qué quedarte aquí si no quieres. No tienes que seguir peleando por una casa en un pueblo lleno de gente que te detesta. Si lo decides... puedo llevarte mañana mismo con tu padre. El *Wind Serpent (ese era el barco de Flinn)* sigue amarrado en el puerto. Bastará una palabra tuya y pondremos

rumbo a la costa de Trelawney, donde el viejo capitán Morvan aún lanza el ancla cada atardecer, como si el tiempo no pudiera alcanzarlo.

Ariel lo miró. Y por un instante, pareció una niña otra vez, perdida en cubierta, con los pies descalzos y el corazón hecho trizas. Pero no lo era.

Ya no.

Ella asintió. Porque era más fácil creerle. Porque, en ese momento, Flinn era su único asidero. Así que dejó caer la cabeza sobre su hombro, buscando consuelo en aquella cercanía conocida. Y él, con la respiración contenida, se cuidó mucho de no mover ni un músculo de más. Porque sabía que Ariel jamás lo amaría como él la amaba. Porque bastaba un gesto equivocado, una caricia mal leída, y ella levantaría un muro entre ellos que no podría volver a cruzar.

Pero no estaba allí por el amor que sentía por la hija de su antiguo capitán. O, al menos, no únicamente. Estaba allí para asegurarse de que Ariel estuviera bien. Porque, aunque ella fingiera estarlo —con esa altivez heredada—, a Flinn no le engañaba. Algo en su mirada se había quebrado. Y solo había un culpable. Eric Wycliffe.

Algo los interrumpió. El sonido de cascos sobre el empedrado no era habitual a esas horas. Ariel lo notó desde la galería del segundo piso, donde el té con canela ya se había enfriado. Se asomó, apenas, lo justo para ver cómo un carruaje elegante —negro, con herrajes dorados— se detenía frente a la entrada principal. De él bajó un hombre alto, de porte distinguido y expresión agria. Vestía con una corrección casi excesiva: levita azul noche, bastón de madera oscura, guantes de piel. Y una mirada que juzgaba antes de preguntar. Era rubio como el sol.

Ariel no necesitó una presentación.

—El hermano —murmuró, con un suspiro.

Lo supo al instante. No por el parecido físico, que era escaso, sino por la forma en que Eric salió a recibirlo. Erguido, tenso, como un niño ante el director de la escuela. No se dieron la mano. No se sonrieron. Apenas un gesto con la cabeza, seco, distante. Al fin y al

cabo, Eric era el hermano menor. Y el que acababa de llegar... el futuro Duque de Wycliffe.

Ella no escuchó las palabras exactas, pero la postura de ambos lo decía todo. El recién llegado hablaba. Eric callaba. Y al cabo de un minuto, entraron.

Ariel bajó poco después, con la excusa de buscar un libro. No era mentira, pero tampoco era toda la verdad. Quería escuchar. Al fin y al cabo, esa seguía siendo su casa, y todo lo que ocurriera en ella le afectaba. Flinn decidió no participar y retirarse a descansar.

Los encontró en la biblioteca.

—...en Bath tienes una propiedad decente, y sin embargo vienes a este agujero en el fin del mundo a disputar una ruina —estaba diciendo el recién llegado, de espaldas a la puerta—. ¿En qué estabas pensando, Eric? ¿Qué demonios haces aquí? ¿Esperas encontrar redención en los acantilados?

—Vine por un asunto personal —respondió Eric, con voz controlada.

—¿Personal? ¿Esto tiene que ver con *ella*?

Ariel se detuvo en seco. Nadie pareció notar su presencia.

—¿Con quién? —preguntó Eric, aunque el cansancio en su voz decía que ya lo sabía.

—Con Margaret —soltó el otro, sin rodeos—. Sé que desde que murió has estado... desorientado. Lo entiendo. Pero no puedes seguir arrastrando su ausencia como una maleta por cada posada del reino. ¡Ya hace casi un año de su muerte! No puedes refugiarte en casas apostadas por condes ebrios. ¿Qué crees que pensaría nuestro padre, si supiera que has venido a vivir con una bastarda pelirroja en un lugar como este? Por suerte, él no sabe nada, todavía...

Ariel no se movió. Ni respiró.

Viudo.

Eric era viudo.

El aire pareció espesarse. Ella se aferró al marco de la puerta, sintiendo cómo se le helaban las puntas de los dedos. Los comentarios del futuro Duque de Wycliffe sobre ella, en cambio, no le afectaron lo más mínimo. Había crecido con ellos.

—No hables de Margaret aquí —dijo Eric. Su voz ya no era cansada, sino más grave.

—¡Oh, vamos! No estoy criticándote por sentir su pérdida. Estoy criticándote por no saber qué hacer con ella. Por arrastrarte de apuesta en apuesta, de duelo en duelo, y ahora... esto. Una casa en ruinas, una mujer sin nombre, un pueblo que huele a pescado podrido.

—Cuidado, Henry.

—¿O qué? ¿Me vas a dar un puñetazo por decir lo que todos piensan?

—No. Pero puedo pedirte que te vayas —dijo Eric, avanzando un paso, sin necesidad de alzar la voz—. Esta casa es mía. Y si has venido a recordarme lo que fui, no te molestes: ya lo hago cada vez que me miro al espejo. Ya no soy un soldado, ni un esposo honorable, ni el hermano correcto que esperaban de mí. Ahora soy simplemente lo que queda. Libre. Sin disculpas.

Silencio.

Henry Wycliffe lo observó con una mezcla de lástima y superioridad. Luego, se volvió hacia la puerta... y la vio.

—Ah. Supongo que usted es la pelirroja en cuestión.

Ariel sostuvo la mirada sin pestañear. Le bastó un segundo para catalogarlo: machista, soberbio, incapaz de ver más allá del linaje y la apariencia.

—Y usted debe ser el hermano que nadie ha extrañado —replicó ella, sin amedrentarse.

Henry arqueó una ceja, como si no se esperara esa insolencia.

—Tiene la lengua tan afilada como la falta de decencia, señorita... ¿Morvan, era?

—Así es. Aunque puede llamarme *la bastarda pelirroja*, si le resulta más cómodo. No me ofende.

—Henry, ya has dicho lo que venías a decir —Eric apretó los labios, como si estuviera conteniendo una sonrisa—. ¿Por qué no permites que la señora de la casa continúe su tarde en paz?

—¿La señora de la casa? —bufó su hermano—. ¿En serio? ¿Esto es lo que eres ahora?

Eric no respondió. Se limitó a mirarla.

Y fue entonces cuando Ariel comprendió. Margaret no era solo un nombre. Era su esposa. Muerta. Una que aún pesaba demasiado.

La sorpresa la dejó inmóvil un segundo. No sabía qué decir. No sabía si debía decir algo.

Así que no lo hizo.

No sintió rabia. Tampoco deseo. Solo una punzada de algo extraño, inesperado, que no supo nombrar.

—No pienso quedarme ni un segundo más en este lugar de mala muerte —dijo Henry Wycliffe, sacudiéndose los guantes con gesto de asco—. Entre ruinas y tan mala compañía, es un milagro que aún lleve usted ese apellido, hermano. Padre estaría horrorizado.

Giró sobre los talones sin más cortesía y abandonó la biblioteca. El portazo fue seco, brutal. Desde la ventana, Ariel lo vio montar de nuevo en el carruaje y marcharse sin mirar atrás, como si la sola permanencia en Blackthorn Hall hubiera sido una ofensa a su dignidad.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Lord Wycliffe, aún de pie junto al escritorio, con la mirada fija en ella—. ¿Por qué la ha llamado bastarda? —Ariel no respondió de inmediato—. ¿Es cierto? —añadió él, esta vez sin dureza—. No lo pregunto por alimentar nuestra rivalidad. Solo intento entenderla. Llevo casi diez días bajo su techo y, sin embargo, no sé nada de usted. Nada salvo...

Se detuvo, pero el silencio terminó la frase por él. Nada salvo lo que sentía cuando la miraba.

—No es asunto suyo, milord.

¡Y otra vez, allí estaba! Cerrada en banda. Fría. Distante. Como si lo odiara de veras, como si aquel beso —o casi beso— nunca hubiera ocurrido, como si él no le despertara absolutamente nada. Eric frunció apenas el ceño. No pudo evitar compararlo con la forma en que lo trataba a él... Flinn. Así, sin títulos, sin barreras.

Quizás su hermano tenía razón. Quizás estaba cayendo demasiado bajo. Humillándose por una mujer que no solo lo despreciaba, sino que ni siquiera tenía la decencia de fingir lo contrario.

—Se equivoca si cree que intento ofenderla, señorita Morvan —dijo con voz tensa—. Pero cuando uno vive bajo el mismo techo... cuando ha estado al borde de la muerte y ha sido arrastrado a la orilla por los brazos de alguien... —hizo una pausa breve—. Creo que tiene derecho a conocer, al menos, una parte de esa persona. Usted sabe demasiado de mí —añadió con dureza—. Y yo no sé nada de usted. Ni siquiera si todo esto le pertenece de verdad. Ni si tiene una familia. Ni siquiera si... está sola por elección.

—¿Lo dice como futuro propietario de esta casa o como hombre al que le incomoda mi existencia?

—Lo digo como alguien que la respeta.

—Ah —sonrió sin humor—. ¿Y considera respetuoso preguntarle a una dama por los pecados de sus padres?

—No ha sido esa mi intención —replicó él, tenso.

—Pero ha sido el efecto, milord —dijo ella, girándose hacia la puerta—. Le agradeceré que no vuelva a mencionarlo.

Avanzó un par de pasos, pero se detuvo en seco.

—¿Y Margaret? —preguntó, sin mirarlo—. ¿Quién era? ¿Su esposa, quizás?

—No es asunto suyo, señorita Morvan —respondió él, con la voz tan medida como el corte de su chaqueta.

Ella no se giró.

Y él no se movió.

Habían quedado en tablas.

Capítulo 8



El sendero que bajaba a la cala de Blackthorn Hall estaba encharcado por las lluvias de la noche anterior, pero Ariel no se detuvo. La brisa aún olía a tierra removida, y aunque el cielo estaba cubierto, no llovía. Llevaba una tela sobre el brazo y el cabello recogido de cualquier forma, sin moño ni horquillas, solo una trenza floja que caía sobre su hombro.

No era costumbre suya bañarse tan temprano, ni mucho menos en marzo. Pero necesitaba algo que la despertara por dentro. Algo más fuerte que el miedo, que la rabia, que esa desazón muda que la corroía desde hacía días.

El mar era suyo. Siempre lo había sido.

Cruzó la playa descalza, con la falda recogida hasta las rodillas. Cuando llegó a la orilla, se desnudó con rapidez, sin dramatismos. La enagua y la camisa interior bastaban para cubrir lo justo. No necesitaba más. Allí no había nadie. El mar rugía en la cala con su voz grave de marzo, todavía cargada de invierno. Ariel se adentró en el agua helada sin vacilar, con la respiración cortada y el pulso vivo. Solo el agua, las nubes bajas, y ella. Estaba en la gloria.

O eso creía.

La voz llegó como un relámpago, seca y contenida.

—¿Está intentando matarse de una neumonía, señorita Morvan?

Ella se giró. Allí estaba.

Lord Eric Wycliffe, erguido sobre la roca como una visión maldita, con la levita abierta y el cabello negro al viento, mirándola

con esos malditos ojos grises que la perseguían día y noche.

—¿Otra vez espiando, milord? Empiezo a creer que está obsesionado —decidió enfrentarlo, decida a no mostrar ni un ápice de debilidad a pesar de la clara desventaja en la que se encontraba.

—No es espionaje si uno camina por la playa y se encuentra con una sirena.

—Le queda grande la poesía, milord —bufó ella.

—Y a usted, el recato.

—¿Lo dice porque no me cubro el cuello con encaje al desayunar ni me sonrojo cuando entra en la sala? —replicó Ariel, con una ceja en alto—. Creo que no está acostumbrado a mujeres que no se intimidan con usted, milord. Y por eso le resulta tan insoportable.

—Lo digo porque es marzo —respondió Eric, mintiendo con aplomo, porque Ariel había dado en el clavo, como si lo hubiera leído por dentro—. El mar está helado... y usted va prácticamente desnuda.

—Medio, no del todo. Qué decepción para usted, ¿cierto?

—Es usted una descarada.

—Vamos, milord. ¿Nunca se ha bañado en el mar?

—En julio, tal vez. En Devon. Cuando era niño.

—Entonces no ha vivido.

Él esbozó una sonrisa incrédula. —¿Y empaparse en agua helada le parece vivir?

—Más que observar la vida desde una ventana cerrada —replicó ella, con la mirada encendida—. Pero si se hace llamar caballero, debería darse la vuelta y marcharse —Eric no se movió. Ni un gesto. Solo la miró, con ese maldito silencio que lo decía todo—. ¿Qué pasa, Lord Wycliffe? —añadió Ariel, en voz más baja, casi divertida —. ¿El frío le ha robado el habla... o la compostura?

—Me sorprende, eso es todo —dijo él al fin—. No esperaba encontrarla aquí. Y menos así.

—¿Así cómo?

—Tan libre. Tan auténtica —dijo Eric, tras observarla en silencio desde la roca donde se había detenido, incapaz de avanzar un paso más desde que la había visto.

No la había estado espiando, no esa vez. Solo paseaba por los acantilados, como hacía cada mañana desde que llegó a Blackthorn Hall. Pero al descubrirla en el agua, sumergida hasta la cintura y sin el menor rastro de vergüenza, algo en él se tensó. Y sin pensarlo, se acercó. Como si la simple visión de Ariel Morvan tuviera el poder de desviar su rumbo. Estaba hechizado por ella.

Aquel no era el comportamiento de una dama. Al menos no el de las que él había conocido en Bath. Quizá las malas lenguas del pueblo no iban tan desencaminadas. Porque Ariel no coqueteaba como las demás, pero era peligrosa por otros motivos. Era dueña de sí misma. Demasiado dueña. Y quizás, si deseaba a un hombre, se entregaría sin más. Sin escándalo, sin contrato, sin miedo.

Y quizás eso no fuera tan terrible.

Quizás esa libertad salvaje, ese modo de pertenecer solo a sí misma, era justo lo que a él le faltaba. Lo que había estado buscando sin saberlo al dejarlo todo atrás.

Quizás por eso no podía apartar la vista de ella.

Ella ladeó la cabeza, con un gesto curioso, casi inocente. —¿Eso es un elogio o una crítica?

—Ni yo mismo sabría decirlo.

Ariel volvió la vista al horizonte. El cabello rojo, mojado, le caía pegado a la espalda, y las mejillas ardían por la brisa salada, no por la vergüenza. —No pienso salir del agua por su causa, milord. Si le incomoda mi presencia, es libre de seguir su camino. No he pedido compañía.

—Lo sé —dijo él, sin moverse—. Pero quizás la necesito yo.

Ariel lo miró entonces, sorprendida por esa confesión. No era una provocación. No una burla. Había en su voz una grieta que no había oído antes.

—¿La necesita? —repitió, con cautela, sin decidir si se burlaba de él o si hablaba en serio.

—He pasado la mitad de mi vida rodeado de ruido —dijo Eric, mirando al agua, no a ella—. Y la otra mitad intentando no oírme a mí mismo. Así que sí... tal vez la necesito. O necesito lo que usted tiene cuando está así. En paz.

Un silencio pesado se instaló entre ellos.

Ariel le sostuvo la mirada un segundo más, antes de recuperar su compostura habitual. —¿Y va a quedarse ahí toda la mañana, Lord Wycliffe, con las botas secas y la dignidad intacta? ¿O solo ha venido a asegurarse de que no me hunda?

Él alzó la vista. Y sonrió apenas.

—Tal vez lo segundo.

—Entonces puede marcharse. Si no va a bañarse, váyase.

—¿Eso ha sido una invitación?

—Llámelo como quiera —replicó ella, con una mueca insolente —. Pero si va a disputarme esta casa, al menos tenga el coraje de mojarse los pies. Un caballerito de Bath no encaja en estas costas.

Él alzó una ceja, divertido. —¿Está desafiándome?

—No soy tan imprudente —contestó ella, seria—. Sé perfectamente que no lo hará. Solo quiero que se marche.

Entonces él se quitó la levita.

—Está bromeando... —Ariel se quedó inmóvil, el agua helada de repente pareció insignificante. Se habría arrepentido de sus palabras, de no ser porque su orgullo no se lo permitía. En lugar de eso, decidió odiarlo un poco más de lo que ya lo hacía. Había hecho todo lo posible por evitarlo desde aquella noche en la costa, desde ese maldito no-beso que aún le quemaba en la memoria. Y ahora... ¡ahora pretendía entrar en el agua con ella! Deseó que fuera una broma irónica de las suyas —Pero ya iba por el chaleco. Y luego la corbata—. Milord...

—Demasiado tarde —murmuró él, antes de lanzarse al agua.

—No lo decía en serio.

—Yo sí.

Saltó. El agua lo tragó con un chapoteo brutal. Ariel soltó un grito ahogado y se cubrió los labios con una mano, más por el sobresalto que por pudor. Cuando Eric emergió, con la camisa pegada al torso —un torso amplio, firme, casi insolente—, el cabello oscuro chorreando sobre la frente y esa maldita sonrisa torcida en los labios, algo en el estómago de Ariel se tensó. Un nudo. Un temblor. Un deseo inmediato y violento, tan inesperado como la zambullida de él.

—¿Satisfecha, señorita Morvan? —Ella no respondió—. ¿O quiere asegurarse de que estoy bien mojado?

—¡Usted es un insensato! —exclamó ella, totalmente indignada.

—Y usted, una temeraria.

—¿Le parece gracioso?

—Mucho.

Ariel se dio cuenta demasiado tarde: no llevaba nada debajo de su camisón.

El agua lo había pegado a su piel, revelando más de lo que hubiera querido. No se dijeron nada. Pero el silencio se cargó de algo espeso, eléctrico.

Los ojos de Lord Wycliffe descendieron un instante —apenas el roce de una mirada— hasta sus pechos. Nada más. Pero bastó. Ella se giró de inmediato, le dio la espalda como si fuera a alejarse. —¿Qué ocurre? —lo oyó decir ella, con una risa baja, apenas un murmullo entre las olas—. ¿Por fin muestra debilidad ante mí? ¿Ante un hombre?

Ariel se detuvo en seco. El corazón le dio un vuelco, pero no por lo que él pensaba.

Se volvió, con el cabello pegado al rostro y los ojos centelleando.

—Cuando navegaba con mi padre, ni uno solo de sus marineros se atrevió jamás a burlarse de mí. Ni uno. Y no voy a permitir que lo haga ahora un señorito con botas caras y pasado trágico.

Y entonces lo hizo.

Se lanzó hacia él con una brazada poderosa, cortando el agua como una furia. Una ola se levantó a su paso y lo golpeó de lleno en el rostro. Eric se ahogó entre sal y carcajada, tambaleándose, pero la atrapó por la cintura antes de que pudiera escapar.

Sus cuerpos chocaron en mitad del agua. Se miraron.

Él no la soltó.

Y ella... no protestó.

La respiración de ambos se volvió irregular. No por el esfuerzo. No solo por él. El agua les llegaba al vientre y las olas rompían contra sus caderas con una cadencia que parecía medida, casi coreografiada.

Eric no dijo nada.
Tampoco Ariel.

Pero sus ojos se encontraron —grises contra azul— y el mundo alrededor pareció desdibujarse.

Las manos de él seguían aferradas a su cintura, y los dedos, bajo el agua, descubrieron que la tela de su camisa ya no era una barrera. Solo un velo húmedo, inútil, que revelaba más de lo que ocultaba.

El cuerpo de Ariel, pequeño y firme temblaba ligeramente bajo la presión de su agarre. Su piel, fría por el mar, parecía más caliente allí donde sus cuerpos se rozaban.

Eric bajó una mano con lentitud, siguiendo la curva de su espalda hasta la cadera, como si no se atreviera a tocarla de golpe, como si no quisiera que el momento se rompiera.
Ella no se movió. Solo lo miró, fija, con los labios entreabiertos.
Entonces él bajó la cabeza. Y la besó.

Fue un roce, al principio.
Un murmullo de aliento.

Pero Ariel respondió.

Se alzó de puntillas, lo rodeó con los brazos mojados, hundió los dedos en su nuca, y su boca se abrió bajo la de él con una entrega inesperada, feroz. Las lenguas se encontraron con una urgencia que no era nueva, pero sí inevitable.

Eric la pegó a su cuerpo. Notó la redondez de sus pechos contra su torso, la curva suave de su vientre, el calor de su entrepierna rozando la suya.

Ella no llevaba nada debajo.

Y lo sintió.

La certeza lo atravesó como una descarga, brutal y dulcísima.

Ariel jadeó, no por pudor, sino por el vértigo.

Sus manos se apoyaron en el pecho de él, acariciando el borde abierto de la camisa. Tocó su piel. El músculo rígido de un hombre. El vello húmedo y tibio.

Las manos de él ascendieron por su espalda. Luego descendieron por sus muslos. La levantó.

Ariel se sujetó a sus hombros con fuerza, con la respiración entrecortada, y lo envolvió con las piernas, dejando que el agua sostuviera parte de su peso.

Las bocas se buscaron de nuevo, con hambre. Él mordió su labio inferior. Ella gimió en voz baja.

—Esto es un sueño —susurró él contra su garganta, ronco, desesperado.

Ariel no contestó. Pero tampoco lo empujó. En lugar de eso, él descendió por su cuello con besos húmedos, saboreando el salitre de su piel mezclada con su perfume femenino, la curva tensa del hueso, el latido que palpitaba allí, bajo la piel.

La tenía desnuda en sus brazos. Y aun así no era suficiente. La deseaba con un ansia que bordeaba la locura.

Y ella... Ella se abandonaba. Por primera vez. Por voluntad propia.

Ariel se sujetó con más fuerza a sus hombros. El vaivén del mar los mecía, pero ya no había nada suave en lo que sentía. Su respiración se aceleró. Su piel ardía.

Y entonces lo notó.

Algo duro, firme, pujando bajo la tela empapada de los pantalones de Eric. Lo sentía contra su entrepierna, entre los muslos, presionando con una claridad que no dejaba espacio a dudas.

Un jadeo se le escapó. Involuntario. Íntimo.

Eric se quedó inmóvil un instante. Como si temiera que ella se apartara ante esa revelación. Pero Ariel no se apartó.

El agua del mar recorría sus piernas, confundiéndose con una humedad distinta, interna, que la hacía estremecerse. Una que no venía del frío. Era cálida, resbaladiza, y subía en oleadas, al ritmo de su deseo.

Él bajó la cabeza, respirando hondo, como si necesitara contención. Como si luchara contra sí mismo.

—Señorita Morvan —susurró de nuevo, con voz ronca, aferrándola como si le doliera soltarla. Estrechándola por la cintura con fuerza, perdido.

Ariel lo era todo.

Sus labios, entreabiertos, respiraban deseo y determinación; eran carnosos, perfectamente delineados, y temblaban levemente con cada bocanada de aire. Sus mejillas, encendidas por el ardor —no solo del esfuerzo—, parecían salpicadas de vino tinto bajo el sol invernal.

Su piel clara brillaba bajo el agua, perlada por diminutas gotas saladas que resbalaban por su cuello y se perdían entre sus pechos, firmes, tensos, apenas cubiertos por el borde de la camisa mojada. Las curvas de su cuerpo —esas que tanto había intentado ocultar entre telas recatadas y posturas altivas— se adivinaban ahora sin esfuerzo: redondeces suaves, caderas marcadas, el vientre plano que temblaba bajo su respiración agitada.

Y su cabello...

Su cabello era una promesa de incendios. Largas hebras pelirrojas empapadas, adheridas a sus hombros, a su espalda, a su rostro, como llamas vencidas por el mar. Algunas se pegaban a sus sienes, otras ondeaban todavía en el agua, y él tuvo que reprimir el impulso de acariciarlas, de hundir los dedos en esa melena salvaje y envolverla entre sus manos.

Su cuerpo entero parecía esculpido por un deseo que no había sido creado para ser callado.

Y ella estaba allí, entre sus brazos, con los pechos rozando su pecho, las piernas aferradas a su cintura, los muslos calientes a pesar del agua fría.

El corazón de Eric, y algo más, martilleaba con violencia.

Si no la besaba otra vez, iba a volverse loco.

Y si la besaba...

Tal vez se perdería del todo.

—Eric... —susurró ella, y esa sola palabra lo rompió.

No era "milord". No era "Lord Wycliffe".

Era su nombre. Desnudo. Íntimo. Inesperado.

Y fue como si toda su contención se hiciera añicos.

Eric la besó.

No con dulzura. No con vacilación. La besó como si el mundo se acabara, como si no hubiera aire fuera de su boca, como si necesitara probarla para saber que era real. Su lengua buscó la de

ella con hambre, con ansias contenidas demasiado tiempo. Y ella no se apartó. Le respondió, abierta, entregada, jadeante, como si el mar los arrastrara juntos a un lugar donde nada más importaba.

La mano de Eric se deslizó por su espalda, descendió, tanteando con torpeza el borde empapado de la camisa. La apretó contra él con una intensidad casi dolorosa, y Ariel se arqueó, con un gemido ahogado que se perdió entre las olas.

Pero entonces...

Un golpe seco.

El agua salpicó.

Y Eric cayó hacia un lado, tambaleándose en la espuma.

—¡¿Está loco?! —bramó Flinn, con el puño aún alzado y los ojos encendidos de furia.

Ariel jadeó, sorprendida, cubriéndose con el brazo en un reflejo instintivo. Su rostro ardía, tanto de deseo como de vergüenza.

Eric se incorporó con esfuerzo, con la mejilla enrojecida, respirando como un toro furioso.

—¿Quiere que le devuelva el favor, marinero? —escupió, avanzando un paso hacia él.

—Atrévase —dijo Flinn, sin moverse.

Eric no dudó. Su puño surcó el aire con precisión militar y le devolvió el golpe a Flinn, directo a la mandíbula. El crujido fue sordo, brutal. Flinn trastabilló hacia atrás, pero no cayó. En sus ojos, brilló algo más que rabia. Brilló una herida antigua, una que no tenía nada que ver con el puñetazo, sino con un amor no correspondido.

—¡Imbécil arrogante! —escupió Flinn, y alzó el brazo para devolverle el segundo asalto.

—¡Ya basta! —gritó Ariel, colocándose entre ambos con el agua a las rodillas, empapada, con el cabello rojo pegado al rostro y la respiración entrecortada.

Flinn se detuvo. La mirada de Ariel lo taladró.

—No tenías derecho —le dijo ella, con voz firme pero temblorosa—. No a irrumpir así. No a levantarle la mano. No a decidir por mí.

—Intentaba protegerte —masculló él, con la mandíbula tensa.

—¿Protegerme? —repitió ella, dolida—. Ya no soy una niña, Flinn. No necesito que nadie me salve —Flinn bajó el puño con un suspiro, apretando la boca—. Retírate, por favor —ordenó ella. No lo pidió. Lo ordenó.

El marinero sostuvo su mirada unos segundos, derrotado. Luego asintió en silencio, dándose la vuelta con el orgullo herido, saliendo del agua con los hombros rígidos.

Eric permaneció quieto. Ariel se giró hacia él, pero no dijo nada. La expresión de lord Wycliffe era ilegible. En sus ojos había deseo... pero también una culpa creciente.

—Usted también, milord —susurró ella—. Váyase, por favor.

Él pareció resistirse, solo por un instante. Pero luego asintió, más por respeto que por sumisión. Dio media vuelta y se alejó con paso firme, sin mirar atrás.

Ariel se quedó sola en la orilla. El viento silbaba entre las rocas, y las olas lamían la arena como si no hubiera pasado nada.

Pero ella sabía que todo había cambiado. Y que, a partir de ahora, todo sería mucho más complicado.

Capítulo 9



Ariel se envolvió en la toalla sin prisa, con las mejillas aún encendidas y la piel ardiendo. El baño había calmado su cuerpo, pero no su mente. Sentía las piernas flaquearle al subir cada peldaño de la torre.

Cerró la puerta sin hacer ruido. No quería cruzarse con nadie. No quería hablar.

Pero Lucy ya la estaba esperando. Sentada en el banco bajo la ventana, con las manos enlazadas sobre el regazo y el ceño fruncido. Tenía esa expresión suya de *sé más de lo que dices*, la misma de siempre, esa que Ariel conocía desde que eran amigas. Desde que se hicieron inseparables.

Ariel no necesitó preguntar cuánto había visto. Lucy la había visto entrar en la mansión. Seguro. Y, como siempre, sabía más de lo que decía.

—¿Estás bien? —preguntó Lucy, sin levantarse.

—Sí.

—¿Segura?

—Me he caído en el mar, eso es todo.

—¿Caerte al mar? —repitió Lucy, cruzándose de brazos—. ¡A mí no me vengas con cuentos, Ariel! Más bien parece que te has caído en los brazos de alguno de los dos hombres que viven en esta casa. ¡Pero mírate como estas!

—¡Lucy!

—Oh, por favor. Estás completamente descompuesta. Más allá del baño, tienes un aspecto horrible —dijo Lucy sin tapujos, como siempre—. Soy tu amiga, Ariel. Merezco saber la verdad.

Y ese era justo el motivo por el que Ariel la quería. Porque Lucy no jugaba a las apariencias. Era transparente como el cristal... aunque a veces cortara como uno. Ariel apretó los labios. Se sentó al borde del lecho, con las piernas cruzadas, evitando su mirada.

—Ha sido un error, nada más —comentó Ariel.

—¿Estás segura?

—No tiene importancia.

—Eso no es lo que dice tu cara —Ariel levantó la cabeza. Lucy no la miraba con reproche, sino con algo peor: ternura, compasión.

—No sé qué me pasa —confesó al fin, con un susurro, abrumada como hacía años que no lo estaba—. Me siento como si hubiera cruzado una línea sin darme cuenta. Como si de pronto... hubiera perdido el control de mi vida. Una vida que hasta ahora llevaba muy bien controlada, y tú lo sabes.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de imágenes que no se atrevía a nombrar. Los besos urgentes. Los abrazos que le habían dejado la piel encendida. La forma en que él la había tocado —o casi—, tan cerca, tan profundamente, que aún podía sentirlo.

No se atrevió a mirarla. No quería ver en los ojos de Lucy ni juicio ni consuelo. Porque ambos, en ese momento, eran demasiado.

—Lo sé, sí. Pero ahora no es más importante lo que yo sé, Ariel. Sino lo que tú sientes... —respondió Lucy con suavidad, sin apartar la mirada.

Ariel tragó saliva. Se sentía desnuda, no en el sentido literal, sino en ese otro, más incómodo, el de no poder esconderse detrás de ninguna excusa.

—Siento que me desarmo —murmuró al fin—. Que todo lo que creía tener claro se ha vuelto confuso. Y lo peor es que... no quiero volver atrás. Aunque debería.

—¿Por qué?

—Porque él me hace sentir cosas que no entiendo. Cosas que nunca he sentido. Y porque sé que si me dejo llevar... ya no voy a

poder detenerme —Lucy asintió, sin presionarla. Sabía que Ariel no necesitaba consejos. Solo necesitaba decirlo en voz alta—. Lo deseo —susurró—. Y no me reconozco, creo que hubiera sido capaz de cualquier cosa cuando estábamos los dos juntos.

Lucy se acercó y se sentó a su lado. —Eso no es malo, Ariel. Es amor.

—No es bueno. No con él. No después de lo que ha hecho y dicho, de lo que representa. No puedo... no puedo confiar en él. ¡Nos quiere quitar Blackthorn Hall! ¿Lo has olvidado?

—No, pero lo deseas.

—Y eso me convierte en una idiota.

—No. Te convierte en humana —respondió Lucy con una sonrisa sincera, sin rastro de burla—. No es tan terrible sentir algo, Ariel. Aunque no lo esperes. Aunque no quieras que ocurra —Ariel rio. Un sonido seco, sin alegría—. ¿Y Flinn? —añadió Lucy, más seria ahora —. ¿Has pensado en él?

—Hoy he visto algo en su rostro —dijo Ariel en voz baja, con el corazón encogido. Bajó la mirada, incapaz de sostener la de Lucy—. Algo que me hizo darme cuenta de lo ciega que he estado. Siempre lo he tratado como a un hermano. Como a un apoyo incondicional. Pero él...

—Él no te ve igual.

—Me siento muy mal, Lucy. Creo que le he hecho daño.

—Quizás deberías hablar con él —sugirió su amiga—. Ser clara. Aunque duela.

Ariel asintió. Afuera, el sol se ocultaba tras las nubes, teñido de oro y ceniza. La luz se filtraba por los ventanales altos, proyectando sombras largas sobre el suelo de piedra. El día caía sobre Blackthorn Hall como si la casa misma, vieja y orgullosa, también estuviera cansada.



Ariel no tocó el estofado.

Lucy se lo sirvió con gesto preocupado, pero no preguntó nada. Solo dejó el plato sobre la mesa, junto al vaso de agua con menta, y se marchó en silencio. Sabía que su señora tenía los nervios hechos un ovillo.

El mediodía se derramaba por los ventanales con la pereza de un domingo de invierno. Ariel aprovechó el silencio para pensar. Y, después de varios minutos removiendo el estofado con la cuchara sin probar bocado, se levantó.

Sabía dónde encontrarlo.

Encontró a Flinn en la parte trasera de los acantilados, junto a un promontorio rocoso desde el que se divisaban los barcos que partían del puerto. El *Wind Serpent* debía estar allí, amarrado a la espera de nuevas instrucciones. Como él.

Flinn se volvió al escucharla acercarse. No parecía sorprendido.

—Ariel.

—Necesitaba hablar contigo.

—¿Ahora?

—Ahora —repitió ella, firme.

Flinn no era un caballero. No llevaba título, ni apellido conocido, ni modales de salón. Pero tenía algo que a muchos les faltaba: presencia. La clase de presencia que llenaba una habitación sin hablar, que imponía respeto en cubierta solo con un cruce de brazos. Su piel curtida por el sol del Caribe, los músculos definidos por años de maniobras navales, la barba apenas crecida y desordenada como la de los marineros libres, y esos ojos —azules, intensos, siempre alerta, como si calcularan el viento incluso en tierra firme— hacían que pareciera esculpido por la propia tormenta.

A pesar de su juventud, era ya capitán de su propio barco, el *Wind Serpent.* No por herencia, sino por méritos propios. Por valentía. Por lealtad. Porque nadie se jugaba la vida por sus hombres como Flinn. Nadie se enfrentaba a los traficantes del Atlántico con tanto arrojo. Y aunque había crecido como el segundo ayudante del capitán Morvan, nunca pidió más de lo que merecía. Nunca reclamó un apellido. Nunca necesitaba uno, era un huérfano. Un bastardo quizás. Ni siquiera lo sabía, pero tampoco le importaba.

Flinn era mar. Era viento. Era sal. Como lo era Ariel.

—Lamento lo de esta mañana, y todo lo demás —dijo, deteniéndose a unos pasos de él, con las manos entrelazadas frente al cuerpo—. Me he comportado como si no fuera yo, como si nada de esto me afectara, y tenías razón al enfadarte... Ningún hombre que ame a una mujer debería verla como tú me viste hoy, y aun así fuiste amable conmigo. Pero sé que hay algo más. Algo que va más allá del orgullo herido de un hermano. —Desvió la mirada, incómoda, sintiendo cómo el peso de sus palabras le ardía en la garganta—. No ha sido justo para ti, Flinn. Y lo sé. Sé que te he herido, aunque nunca fuera mi intención.

—Te he amado desde siempre. Desde que eras una mocosa con trenzas que se escapaba al mar para cazar estrellas. Nunca he querido entrometerme en tu vida, nunca he intentado atarte ni cambiarte. Te amo tal y como eres: libre, indómita, impredecible. No me importa haberte visto así esta mañana. Lo que me duele no es eso. Lo que me duele es que no fuera yo. No me importa si un día decides entregarte a otro, si eso es lo que deseas. Jamás seré el hombre que te exija fidelidad ni promesas. Pero eso no cambia lo que siento. Te amo. Y siempre te amaré, aunque no seas para mí —Ella se quedó sin palabras—. Puedo sacarte de aquí —prosiguió él, avanzando un paso—. Del pueblo, de este maldito lío de papeles, de la casa, de él. Si quieres venir conmigo, me casaré contigo mañana mismo. Nos iremos. No tienes que seguir enredada en algo que solo te hiere.

Ariel abrió la boca... y no dijo nada.

Durante un instante —largo, tenso, inmóvil— el silencio se instaló entre ellos. No bajó la mirada, pero tampoco fue capaz de sostener la de él. Sentía el corazón latiendo con fuerza, no por vergüenza ni por culpa, sino por una punzada extraña. Una grieta. Como si, de pronto, algo se hubiera desplazado dentro de ella.

Flinn.

Su Flinn.

El compañero de infancia, el hermano elegido, el que siempre estuvo cuando todos los demás fallaban.

Pero ahora... había algo más. No un despertar repentino, ni una

pasión mal colocada. Solo una duda leve, profunda. El atisbo de una posibilidad.

Porque Flinn no era solo un recuerdo ni una constante: era un hombre. Y, en ese momento, viéndolo frente a ella con la camisa desabotonada, la piel marcada por el sol y la mirada herida de tanto esperar, Ariel lo sintió.

No era amor.

Tampoco era indiferencia.

Era... ternura. Admiración. Algo que nunca había buscado, pero que tampoco podía ignorar.

Tragó saliva, aún muda. Y comprendió algo que le dolió reconocer: había pasado tanto tiempo huyendo del dolor que no se había detenido a ver con claridad. Aunque su alma gravitaba, irremediablemente, hacia otro hombre... hacia Eric.

Flinn no era un consuelo.

Era una posibilidad distinta. Silenciosa. Íntegra.

Y lo amaba. No como él quería. Pero lo amaba.

Flinn no dijo nada más. Solo bajó la vista al suelo y asintió con rigidez. No insistió. Nunca lo hacía.

Ariel no supo cuánto tiempo pasaron allí, inmóviles, antes de que decidieran volver a la casa.

Entraron por la puerta del jardín. No se rozaban, no se hablaban, pero caminaban juntos. Como si todo lo que no se habían dicho siguiera flotando entre ellos.

Y fue justo entonces cuando Eric bajaba las escaleras, con una carta en la mano y el ceño fruncido. Los vio entrar. Juntos. Callados. Demasiado cerca.

Se detuvo en seco. No dijo nada. No necesitaba hacerlo. La imagen bastaba.

El papel crujió entre sus dedos cuando los pasó de largo, como si su rabia buscara algo que desgarrar.

Ariel lo sintió como una bofetada.

No por lo que vio en su rostro —una máscara de hielo, nada más—, sino por lo que le removió por dentro. Quiso detenerse. Explicarle. Decirle que no era lo que parecía.

Pero ¿qué era exactamente? ¿Y desde cuándo sentía la necesidad de

justificarse ante un hombre que se había metido en su vida sin pedir permiso y que ahora... dolía?

Dolía.

Eso era lo peor.

Que dolía verlo marcharse así.

Y Ariel Morvan odiaba sufrir.



Eric Wycliffe no era un hombre impulsivo.

O al menos eso solía pensar de sí mismo, hasta que la imagen de Ariel Morvan entrando junto a Flinn *a secas* —el pelo suelto, la boca apretada, la distancia invisible entre ambos— se le incrustó en el pecho como una astilla que no podía arrancarse.

Apenas habían pasado unas horas desde que ella se había deshecho en sus manos, allí mismo, en el mar. Todavía podía sentir su cuerpo temblando entre sus brazos, el calor bajo la piel mojada, el susurro entrecortado de su aliento. Y ahora... ahora la había visto dudar. No de él, sino de sí misma. Como si lo vivido no hubiera sido más que un arrebato vergonzoso. Como si su verdadero amor —el que caminaba a su lado como un fantasma vestido de lealtad— le hubiese reprochado haberse entregado a la pasión. Y eso dolía más que cualquier rechazo explícito: que Ariel pudiera avergonzarse de haberlo deseado.

La carta temblaba aún entre sus dedos cuando cerró la puerta del despacho.

Úrsula Morvan.

Por supuesto que sería ella.

La señora Morvan nunca perdía una oportunidad para entrometerse, estaba convencido de ello. Pero esta vez su tono era distinto: una invitación a cenar, con aire casual, casi amistoso... como si no se hubiera dedicado a envenenar su opinión sobre Ariel desde el primer día.

Eric la leyó una segunda vez.

"Querido Lord Wycliffe, sé que su estancia en Blackthorn Hall no debe de ser fácil. Le propongo una cena tranquila mañana en casa, sin más testigos que mi cocinero y mis ganas de conversar. Estoy segura de que nos haría bien a ambos..."

Eric apoyó el papel sobre la mesa y lo observó como si pudiera prenderle fuego con la mirada. Se odiaba por lo que estaba a punto de hacer.

Pero también había una verdad incómoda: quería saber.

No solo lo que Ariel escondía, sino quién había sido antes de Blackthorn Hall. Antes del beso. Antes de que su presencia se le colara bajo la piel como un veneno lento.

¿Quién era realmente esa mujer que desafiaba a los hombres con una sola mirada?

¿La hija ilegítima de una dama caída en desgracia? ¿Una víctima del mundo, señalada por una historia que nadie se molestaba en escuchar? ¿O acaso una impostora demasiado hábil, demasiado segura, que jugaba con los hombres como piezas de un tablero que ella misma había inventado?

No lo sabía. Y eso lo desesperaba.

Quizá Úrsula sí. Aunque no era tonto, ella no le contaría toda la verdad como era.

Se pasó la mano por el rostro, frustrado.

—Lucy —llamó después de un rato—. ¿Podrías avisar que aceptaré la cena con la señora Morvan mañana por la noche?

—¿Está seguro, mi lord? —Lucy lo miró un segundo, dudando, como si su instinto no aprobara la decisión.

—¿Desde cuándo una sirvienta pregunta algo así? —replicó él, con frialdad, aunque sabía bien que Lucy no era solo una sirvienta. Era la amiga de Ariel. Su escudo, su sombra, su voz cuando ella callaba.

Lucy no respondió. Solo lo miró como si supiera demasiado, se encogió de hombros y se marchó con la dignidad de quien no necesita defenderse. Al fin y al cabo, Eric era el segundo hijo de un duque, un noble, un señorito de Bath. Alguien que no encajaba en Willowmere ni en Blackthorn Hall.

Cuando volvió a quedarse solo, Eric se dejó caer sobre el sillón, derrotado. Todo le pesaba. Su pasado, su nombre, la propiedad que había venido a reclamar y que ya no sabía si quería de verdad.

Levantó la mirada hacia la ventana. Afuera, la bruma se había alzado junto a la marea, y entre la niebla distinguió una silueta conocida junto al establo. El resplandor del cabello de Ariel. Su andar firme. Su distancia. Aunque seguramente solo era una visión, un sueño.

Y entonces supo que no dormiría esa noche. Ni las siguientes.

Porque Ariel no quería hablar con él.
Porque no podía buscarla sin invadir lo poco que le quedaba.
Porque no podía obligarla a sentir lo que él no sabía cómo nombrar.

Y porque todavía llevaba su sabor en la boca.

Capítulo 10



La mañana se deslizó por la ventana sin pedir permiso, con la luz filtrándose entre los visillos como si ignorara la noche de insomnio que Ariel acababa de atravesar. No recordaba haber dormido. Tal vez lo hizo unos minutos, entre sobresaltos. Pero al despertar, la almohada seguía húmeda y el pecho, tenso.

Se sentó en la cama sin prisa con los pies descalzos sobre el suelo helado. Fuera, las gaviotas chillaban sobre el acantilado, y el sonido del mar era constante, monótono, implacable. Como su mente.

Recordó la expresión de Flinn, su propuesta, su ternura. Y luego recordó la de Eric: una máscara. Fría. Cruel, incluso. Como si no le doliera. Como si ella no significara nada.

Se vistió con ropa sencilla, una falda de lana azul oscuro, una blusa blanca de lino, sin corsé, sin pretensiones. Bajó por la escalera lateral, evitando las zonas comunes. No quería encontrarse con nadie.

Lucy estaba en la cocina, removiendo algo en una olla. Cuando la vio entrar, dejó la cuchara a un lado. —Ha aceptado —dijo sin rodeos.

Ariel alzó una ceja, sin necesidad de fingir que no entendía. —¿El qué? ¿Quién?

—Con ella. Esta noche. En su casa. Lord Wycliffe.

Ariel no respondió. Solo caminó hasta la ventana y apoyó las manos sobre el alféizar. El mar estaba en calma, pero el cielo tenía

un color de plomo.

—No voy a detenerlo —dijo al fin, con voz serena.

—¿No?

—No. Que vaya. Que escuche lo que tenga que escuchar. Si va a desconfiar de mí, prefiero que lo haga con todos los argumentos sobre la mesa. No voy a luchar para convencerlo. Si Úrsula cree que puede destruirme con sus palabras, adelante. Que lo intente.

—Ella no te quiere destruir. Quiere borrarte.

—No le tengo miedo, Lucy.

Más tarde, sola en la biblioteca, Ariel repasó los estantes con los dedos, sin leer. Solo tocaba los lomos gastados, reconociendo los títulos. Entre dos volúmenes de botánica y cuentos galeses, cayó una hoja suelta. Una carta.

La reconoció al instante. La letra de su madre.

El papel estaba amarillento, pero intacto. No era una carta importante. Solo una nota antigua, dirigida al administrador de Blackthorn Hall, al padre de Lucy. Pero al leerla, algo se removió en su interior.

"Mi hija no es mi vergüenza, señor Ellwood. Es mi justicia. No necesito su aprobación, ni la de nadie. Esta casa será suya, porque yo así lo he dispuesto. Porque en ella está mi vida, mi sangre y mi deuda saldada."

Ariel cerró los ojos, apretando el papel contra el pecho. No lloró.

—No soy un error. No lo fui entonces. No lo soy ahora.

Respiró hondo. El aire olía a humedad, a tinta vieja, a libros que habían sobrevivido al tiempo. Como ella.

Úrsula podía tener todo el apellido, toda la fortuna, todas las joyas de la familia Morvan. Podía pasearse por el pueblo con esa sonrisa helada y esa lengua de serpiente envuelta en perfume. Pero había algo que no tenía, ni tendría jamás: verdad.

Porque Úrsula mentía. Mentía con elegancia, con pausas perfectas, con palabras envenenadas que parecían halagos. Pero Ariel había crecido escuchándola entre puertas entreabiertas, detrás de biombos, fingiendo que no entendía. Y ahora lo entendía todo.

Sabía que su madre no fue ninguna santa. Que su relación con su padre estuvo marcada por la cobardía de ambos. Él, por no

enfrentarse a su familia. Ella, por creer que el amor bastaba para hacerla fuerte. Y no bastó. No fue suficiente. Ni para protegerla, ni para defenderla.

Pero eso no era culpa suya.

—Yo no elegí cómo vine al mundo —murmuró, sentándose en el borde del escritorio con la carta aún entre los dedos—. Pero elijo cómo vivir en él. Y no voy a vivir escondiéndome de alguien como Úrsula.

La señora Morvan podía decir que era hija del pecado, de la debilidad, de la vergüenza. Podía susurrarlo en los salones, en las tiendas, en las misas. Pero había algo que no podía cambiar: su madre había querido dejarle Blackthorn Hall, la había amado, la había reconocido. No como limosna, sino como legado. Porque ella había amado esa casa. Porque allí vivió lo único real que tuvieron. Y porque Ariel era lo único que le quedaba como resistencia.

No era el apellido lo que daba derecho.

Era la sangre.

Era la memoria.

Era el amor.

Las canciones de su madre Athenea aún flotaban entre los pasillos. Ariel recordaba sus pasos descalzos sobre los suelos de madera, el tintinear de las pulseras de su madre mientras tejía coronas de flores, las risas compartidas al pie de la escalera. En aquella casa, todo había tenido sentido una vez.

—Que hable —dijo Ariel, con los dientes apretados—. Que insinúe. Que invite a Eric y le sirva el veneno en bandeja de plata. Yo no tengo nada que esconder.



Eric llegó puntual. Un cochero lo dejó frente a la gran casa de piedra gris que dominaba el flanco este de Willowmere, justo donde el acantilado se curvaba y los árboles retorcidos parecían inclinarse hacia el mar.

La mansión de Úrsula Morvan era una criatura en sí misma. Antigua, llena de habitaciones con puertas entreabiertas que parecían observarlo a su paso. Las paredes estaban cubiertas de tapices morados y verdes oscuros, terciopelos pesados que absorbían la luz. Un retrato enorme colgaba sobre la chimenea del vestíbulo: una mujer en tonos apagados, con una sonrisa afilada. Había olor a mirra, a madera húmeda, a algo indefinido... como el perfume de alguien que había pasado justo antes.

Un lacayo silencioso lo guio hasta el salón, donde Úrsula lo esperaba de pie, vestida con un satén negro brillante, amplio y pesado como una cortina de teatro. Llevaba perlas en las orejas y una sonrisa que no le alcanzaba los ojos.

—Lord Wycliffe. Me complace tenerlo aquí esta noche. ¿Ha encontrado bien el camino?

—Perfectamente, señora Morvan —respondió él con un leve gesto de cabeza.

O eso dijo.

Porque la verdad era que, durante un segundo, se lo pensó. Justo ahí, en el umbral de esa casa oscura que olía a incienso, se preguntó qué demonios hacía aceptando una invitación como aquella. Él, que siempre había despreciado los juegos sociales. Él, que se enorgullecía de su lógica, su distancia, su autocontrol.

Pero el nombre de Ariel volvió a asomar en su mente como un zarpazo.

Ariel, con sus silencios tensos, su boca que mentía y sus ojos que lo detestaban. Ariel, la mujer que lo había besado como si se le fuera la vida... y que ahora caminaba junto a otro como si nada hubiera pasado.

¿Y si Úrsula sabía algo? ¿Y si esa cena era la única forma de obtener respuestas?

Se dijo que era por eso. Por lógica. Por información. Por estrategia.

Pero la verdad era más simple. Más sucia.

Había algo en Ariel que lo arrastraba sin remedio. Un deseo terco, inexplicable, que lo llevaba a moverse como un hombre que ya no decidía por sí mismo.

—Le presento a mi sobrina, lady Corinne Edevane. Ha venido de Bath, su tierra, a visitarme. Me disculpo por no mencionarla en la carta, fue una decisión de última hora —añadió, mientras una figura joven se giraba desde la chimenea.

Eric se congeló.

Durante un instante no pudo hablar. Ni respirar.

Era como si hubiera visto un fantasma. Corinne era... idéntica.

El mismo cabello castaño oscuro recogido en un moño suelto, los mismos ojos negros, tan oscuros que no se distinguía la pupila del iris. Incluso la curvatura del rostro, el porte elegante de cuello largo, los pómulos altos. Era Margaret. Margaret... viva.

Pero no lo era.

Corinne inclinó la cabeza con cortesía, ajena —o fingidamente ajena— a su impacto.

—Lord Wycliffe —dijo lady Corinne con voz aterciopelada—. Es un placer.

—El placer es mío —respondió él, automáticamente, aunque sentía que las entrañas se le deshacían.

Úrsula los invitó a pasar al comedor.

La sala era un festín. Velas negras sobre candelabros dorados, copas verdes de cristal tallado, una vajilla exquisita con ribetes morados y cubiertos que brillaban más de lo necesario. Todo era recargado, oscuro, como una cueva decorada por una reina bruja. En el centro de la mesa, una fuente con fruta fresca brillaba bajo la luz, con higos abiertos como bocas carnosas, granadas sangrantes, uvas negras.

—Espero que disfrute de una cena tranquila, lord Wycliffe —dijo Úrsula, sentándose al extremo opuesto—. Hay tanto de lo que hablar.

Durante la comida, Eric apenas probó bocado. Corinne, en cambio, comía con delicadeza, bebiendo a sorbos un vino demasiado dulce. Hablaba poco, con una voz baja y modulada que le erizaba la piel. A cada palabra, a cada gesto, Eric sentía como si estuviera viendo a su esposa renacer ante sus ojos... pero vacía. No había calidez, ni risa en su voz. Solo una inquietante imitación de lo que alguna vez fue real.

—No recuerdo haberla visto en Bath. ¿Lady Edevane? No me suena el apellido —dijo Eric con un tono cuidadosamente neutro, mientras la observaba con más detenimiento.

—Oh, somos una familia discreta —Corinne esbozó una sonrisa impecable, aunque algo distante—. No frecuentamos los mismos círculos que los duques y los condes, me temo.

Discreta, sí. Tan discreta como una aparición.

Eric no respondió de inmediato. El apellido Edevane no le sonaba en absoluto, y él conocía Bath como la palma de su mano. Había asistido a todos los bailes, cenas, y temporadas de relevancia desde que era un muchacho. La alta sociedad no era tan grande como aparentaba. Y menos aún lo era la femenina.

Pero lo que lo inquietaba no era solo la inconsistencia del apellido.

Era su rostro.

El mismo cabello castaño oscuro recogido con elegancia. La misma forma alargada de los ojos, la misma piel de porcelana, incluso la curva de los labios... Todo en ella le recordaba a Margaret.

Su difunta esposa.

Le costaba respirar. Le costaba mirar sin hacerlo abiertamente. Y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió vulnerable. Como si lo hubieran desenterrado sin aviso de un duelo que creía enterrado.

Y Úrsula... Úrsula lo miraba con media sonrisa. Como si supiera exactamente lo que estaba ocurriendo.

—Debe de resultarle francamente pintoresco, Lord Wycliffe —comenzó Úrsula, dejando su copa sobre el mantel con un leve tintineo—, verse envuelto en un conflicto tan... particular. Una casa disputada, una heredera de reputación incierta... y, según tengo entendido, ahora también un invitado sin apellido, un capitán errante.

—Pintoresco es una palabra adecuada —respondió él con cautela.

—Por supuesto —sonrió Úrsula, dejando los cubiertos sobre el plato sin hacer ruido—. Yo no estoy aquí para juzgar. Sería impropio de mí. Pero usted, que es un hombre de honor, un Wycliffe, segundo hijo de un duque de impecable reputación, con una familia

establecida en Bath desde hace generaciones... sin duda debe de valorar la legitimidad. El orden. La verdad.

—Parece saber mucho sobre mí, señora Morvan —Eric la miró con recelo.

—Oh, por favor —dijo ella con una risa suave, perfectamente calculada—. Willowmere no es tan olvidado como parece desde fuera. Aquí también tenemos nuestros contactos. Los periódicos llegan, las cartas circulan. Y algunos de nosotros tenemos amigos bien posicionados, tanto en Londres como en el oeste —Se inclinó levemente hacia él, como si compartiera una confidencia—. Yo, por ejemplo, no soy solo la esposa de un caballero con honores reales. He sido anfitriona de embajadores y miembro honoraria del comité de beneficencia regional. No todo en este rincón del mapa es mar y supersticiones.

Eric mantuvo el rostro impasible, aunque un músculo le vibró en la mandíbula.

Úrsula volvió a alzar su copa y continuó: —Por eso me preocupa esta situación, lord Wycliffe. No por mí, por supuesto. Sino por usted. Lamento que se vea atrapado en un limbo legal con respecto a Blackthorn Hall y que tenga que lidiar... en fin, con una mujer de dudosa reputación.

—¿Hay algo que desea compartir conmigo, señora Morvan?

—Yo no deseo nada, salvo su bienestar —respondió ella con una dulzura fingida—. Pero si usted busca respuestas, quizá le convenga conocer un poco más de la historia que rodea Blackthorn Hall... y a su actual ocupante.

Corinne seguía comiendo con la serenidad de una muñeca de porcelana. Ni una palabra. Ni un gesto. Solo el sonido ocasional de sus cubiertos, como si todo aquello le resultara ajeno. Eric la miraba de vez en cuando como si estuviera dentro de un sueño estrambótico.

Úrsula continuó:

—La madre de Ariel fue, durante un tiempo, amiga de esta familia —comenzó ella, con esa voz cultivada que pretendía sonar compasiva, pero que goteaba veneno—. Como marquesa de Beaston, solía huir de Beaston Estate y venir a Willowmere. Decía

que amaba el mar, que la hacía sentir libre. Mi esposo y yo, como figuras respetables de la comunidad, le ofrecimos nuestra compañía. Era hermosa, sí. Fascinante, incluso. Pero también inestable. Una mujer que confundía el capricho con el amor, y el desafío con la virtud. Se encaprichó de mi esposo, y él, por supuesto, cayó rendido. Como tantos otros. No hubo matrimonio. Ni compromiso. Solo un escándalo... que nos vimos obligados a silenciar con discreción. Cuando nació Ariel, nadie supo qué hacer con ella: una hija ilegítima de una noble arruinada, criada al margen de todo, mientras su madre y mi esposo vagaban por la costa, refugiados en una fantasía. Más tarde, pasaron algún tiempo aquí, en Blackthorn Hall, escondidas de las miradas, hasta que él volvía a buscarlas y huían otra vez. La marquesa murió joven, dejando a la niña sola. Y, sin embargo, aquí estamos: disputando una propiedad que jamás debió pertenecerle. Pero claro, su madre no podía irse sin dejarle algo a su bastarda: una herencia que no le corresponde. Ariel fue criada en el barco de mi esposo, entre mareas y vergüenzas, y ahora pretende ser dueña de esa casa. Mi esposo no ha vuelto, y no lo necesito. — Eric no dijo nada. Pero el silencio ya no era escudo, sino peso, sin saber qué decir. Sentía el estómago retorcerse mientras aquella mujer deshilaba la historia. El pasado que Ariel nunca mencionaba, el que él apenas había sospechado, caía ahora sobre él con toda su crudeza, sucio y real, sin redención posible. ¿Cuánto había de verdad en aquellas palabras? ¿Y cuánto de veneno? Y lo más inquietante: ¿por qué dolía tanto? ¿Por qué le molestaba tanto descubrir todo aquello sobre esa mujer que lo traía de cabeza?

—Pero está —interrumpió Eric, con tono firme, en un instinto natural de defender a la mujer que deseaba—. Vive allí. Ha vivido toda su vida allí, según entiendo.

Úrsula inclinó la cabeza con lástima. —¿Y eso le otorga derecho, milord? ¿La costumbre puede convertirse en ley? ¿El capricho de una madre puede anular la voluntad de toda una familia —Dejó la servilleta sobre su regazo, pausadamente—. Entiendo que Ariel es... atractiva. De eso no cabe duda. Tiene esa forma de mirar que hace que los hombres crean que hay algo más profundo de lo que en realidad existe. Esa es otra herencia es de su madre. Pero, créame,

lord Wycliffe... esa casa no está hecha para ella. No pertenece a este mundo, por mucho que se empeñe. Usted sí. El Conde Delamere le ha cedido la propiedad y ella... debería regresar a donde pertenece: al mar.

—¿Cómo puede estar tan segura de lo que me pertenece, mi señora?

Ella entrecerró los ojos, como si lo midiera.

—Le pertenece un lugar donde pueda formar una familia respetable en Willowmere. Donde no haya fantasmas en las habitaciones ni secretos entre las paredes. Ariel ha crecido en la sombra de una mala historia. Usted no necesita cargar con eso.

—Interesante opinión —Eric apoyó el tenedor con delicadeza. Sus dedos estaban tensos. Su pecho, también.

—Solo una observación. Como mujer mayor —Se inclinó hacia él, apenas un poco—. Usted merece claridad, lord Wycliffe. Y lo que Ariel tiene para ofrecerle... es una vida construida sobre ruinas.

—Por supuesto.

Entonces, Úrsula giró ligeramente la cabeza hacia su sobrina, que seguía sentada con las manos perfectamente colocadas sobre el regazo, como una estatua de mármol fino. Corinne bajó la mirada, modesta. Pero había un destello calculado en sus ojos oscuros. Una serenidad ensayada.

—Mi sobrina ha pasado temporadas enteras en Bath, codeándose con familias distinguidas. Quizá usted no la recuerde, pero eso solo demuestra su discreción. No es una mujer que llame la atención por escándalos... sino por su compostura. Una cualidad que, creo, empieza a escasear.

Eric no respondió. No podía. Porque la presencia de Corinne seguía perforando sus defensas. Aquella voz aterciopelada, esos gestos medidos... ese rostro.

Margaret.

No podía mirarla sin sentirse arrastrado hacia una mezcla indeseada de duelo, deseo y vértigo. Era como contemplar un retrato que cobraba vida... pero con los ojos vacíos.

—Lady Corinne estará en Willowmere por un tiempo —añadió Úrsula, volviendo a clavar los ojos en él con una dulzura helada—.

Tal vez quieran pasear algún día, con carabina, por supuesto.

Y allí estaba. La invitación velada. El anzuelo cubierto en forma de mujer.

Una alternativa.

Una sombra.

Una sustituta.

Eric apartó la mirada hacia su copa, sintiendo que el vino le sabía a ceniza.

Capítulo 11



Blackthorn Hall olía a agua salada.

Eric no recordaba el trayecto de regreso. El coche lo dejó frente a la verja oxidada y, por un momento, dudó en bajar. El viento había cambiado.

Entró sin hacer ruido. Lucy debió de haberse retirado. La casa estaba en silencio, interrumpido por el golpeteo lejano del oleaje y el crujir de la madera vieja. Blackthorn Hall no era una mansión decorada con tapices de terciopelo ni candelabros de cristal. No tenía servidumbre con guantes blancos ni vajillas de porcelana importada. Era austera. Casi áspera.

Y, sin embargo, era más verdadera que cualquier rincón de la casa de Úrsula.

Eric cruzó el vestíbulo con pasos medidos. Aún llevaba en la chaqueta el perfume de Corinne, un aroma dulzón y pulido, tan carente de alma como un frasco cerrado. No evocaba a una mujer, sino a una idea.

Úrsula lo había orquestado todo con una precisión calculada: la iluminación, las palabras cuidadosamente medidas, la historia contada en voz baja... y aquella joven esculpida con la silueta de un fantasma.

¿Cómo demonios lo había sabido?

¿Cómo había podido recrear, con tanto acierto, a Margaret?

¿Era realmente su sobrina o una actriz elegida para encarnar una fantasía ajena?

Se detuvo en el centro del pasillo, indeciso. Quería subir, quería deshacerse de esa ropa, de esa noche, de la cena que aún le pesaba en el estómago. Pero no podía moverse. Sentía que llevaba encima una capa de barro invisible. Una cena entre damas pulidas, entre frases afiladas y copas de vino dulce, le había revolcado el alma más que una trinchera abierta.

Y Ariel...

Subió los peldaños uno a uno, sin hacer ruido. Cuando llegó al descansillo, no fue a su cuarto. Se volvió a la izquierda, hacia el ala oeste, y caminó hacia la torre.

La puerta estaba cerrada. No se oía nada al otro lado. Ni risas, ni pasos, ni respiración. Ni luz.

Ariel dormía, o fingía hacerlo. Él no sabía cuál de las dos opciones le dolía más.

Apoyó una mano en la madera. No llamó. No tocó. No dijo su nombre.

¿Y qué habría dicho si lo hubiera hecho? ¿Qué derecho tenía, después de todo?

Lo que Úrsula había revelado... no era solo un escándalo del pasado. Era un abismo. Ariel era hija ilegítima, fruto de una relación vergonzosa, y se comportaba como tal: desobediente, altiva, pasional. Una mujer que compartía la casa con un hombre, que se dejaba besar y luego lo ignoraba, que coqueteaba con su amigo y lo enfrentaba con palabras insolentes. ¿Qué garantía tenía de que no era igual que su madre? ¿Qué parte de su carácter era suya y qué parte era heredada?

Y aun así... no podía dejar de buscarla. No podía evitar que se le encogiera el pecho al pensar en sus ojos. En su voz. En la rabia viva que temblaba bajo su piel cada vez que discutían.

No tenía sentido.

Margaret había sido orden. Comedimiento. La esposa perfecta para un caballero. Corinne lo representaba todo: la paz, la discreción, la certeza de un linaje sin manchas.

Ariel era todo lo contrario.

Y, sin embargo, era por Ariel por quien no podía dormir. Por Ariel había abandonado sus cartas, sus obligaciones, sus muros. Había

venido buscando una propiedad, y había encontrado una grieta.

Apartó la mano de la puerta con un suspiro contenido. Sus dedos estaban fríos. Su pecho, más. Bajó la vista al pomo, casi con rencor. Y luego, sin una palabra, se dio la vuelta.

Mientras regresaba a su cuarto, murmuró algo apenas audible, solo para sí. —Margaret está muerta.

Y Ariel...

Ariel era demasiado real para ser ignorada.



A la mañana siguiente, el salón olía a leña húmeda y tabaco frío. Flinn hablaba de algo, tal vez de barcos, tal vez de los planes para reparar el ala sur, pero Ariel no lo escuchaba. Lo veía gesticular con esa pasión distraída que usaba cuando quería impresionarla, y ella asentía, sí, pero solo con los labios.

Entonces oyó pasos en el pasillo.

Eric.

Entró sin anunciarse, con la pañoleta bien atada al cuello y la mirada más sombría que de costumbre. Llevaba los guantes en una mano y el gesto tenso, como si acabara de regresar de un campo de batalla. Pero no miró ni a ella ni a Flinn al cruzar el umbral.

—He venido a recoger unos papeles que olvidé —dijo, dirigiéndose directamente al escritorio del rincón, donde quedaban algunas cartas abiertas y un libro con su marca de lectura.

Ariel se puso en pie, sin saber por qué.

—¿Fue buena la velada de ayer por la noche? —preguntó sin alzar la voz, como si la pregunta hubiera estado atorada en su garganta.

—Vi y oí cosas... inesperadas —Eric la miró. Una sola vez. Lenta. Intensamente, desnudándola.

Flinn dejó de hablar. Ariel cruzó los brazos.

—¿Inesperadas? —repitió ella, con la mandíbula tensa, con ese ímpetu tan suyo, con ese fuego que parecía una prolongación de su

peinado siempre a medio deshacer.

—La señora Morvan fue... elocuente —añadió él, sin ironía, pero con un cansancio mal disimulado en la voz.

—Claro que lo fue. Tiene práctica. Sabe qué palabras usar y cómo usarlas. ¿Y usted? ¿Las escuchó? ¿Le dio crédito a todo?

—No he venido para hablar de esto —replicó Eric, tomando los papeles, pero sin marcharse todavía.

—¿No? —Ariel entornó los ojos.

El ambiente se tensó. Flinn se removió, incómodo, pero decidido a no entrometerse.

—Señorita Morvan...

—No —lo cortó sin mirarlo—. Déjeme terminar —Sus ojos volvieron a clavarse en los de Eric—. ¿Le gustó? ¿Ver mi historia servida en bandeja de plata, con cubiertos de oro y una sonrisa hipócrita al fondo? Ahora tiene más motivos para echarme de esta casa, ¿cierto? —continuó Ariel—. Ya no soy solo una molestia. Soy una vergüenza bien documentada.

Eric no contestó.

Pero sus nudillos estaban blancos sobre el borde del papel, como si ese trozo de pergamino pudiera contener todo lo que no se atrevía a decir. Sus labios formaban una línea tensa, demasiado recta, y los ojos...ardían.

Ariel sintió que lo había alcanzado.

No por orgullo.

Sino porque algo en su pecho tembló.

Él se quedó quieto un segundo más. Un segundo largo, insoportable. Parecía debatirse entre dos impulsos: responder o marcharse. Y fue ese silencio, esa respiración contenida que apenas alzaba su pecho, lo que la hizo entender que estaba tan herido como furioso.

Cuando al fin se movió, fue solo para colocar los papeles bajo el brazo, con un gesto preciso, casi mecánico. Luego bajó la vista hacia Flinn, que seguía inmóvil junto a la chimenea, con la mandíbula tensa como un perro bien entrenado. Así lo llamaba Eric por dentro: *perro faldero.*

Y entonces Ariel lo vio: una chispa de desprecio apenas velada en los ojos de Eric. No hacia ella. Hacia Flinn. Como si el mero hecho de que estuviera allí, en ese salón, respirando el mismo aire, fuera una provocación.

No dijo nada.

No tenía que hacerlo.

El portazo que no dio se sintió igual que un portazo.

Ariel permaneció de pie, con los brazos cruzados, sin mirar a Flinn. Ni siquiera lo oía. El rugido en sus oídos era más fuerte. Como si el mar hubiera entrado a través de las ventanas, arrastrándolo todo.

¿Por qué le dolía tanto su silencio?

¿Por qué, después de todo lo dicho —o lo no dicho—, aún esperaba que volviera?

El orgullo, ese escudo al que tanto se aferraba, pesaba más que nunca.

—¿Estás bien? —preguntó Flinn, en voz baja.

—No —respondió Ariel sin pensar. Luego corrigió—. Solo cansada.

Flinn asintió despacio, sin moverse. Sabía que no era el momento de acercarse. Ni de hablar. Porque, aunque Ariel estaba allí, en cuerpo, su mente ya había seguido a Eric por el pasillo, lo había alcanzado en las escaleras, lo había detenido por el brazo para preguntarle por qué... por qué no la defendía, por qué no confiaba, por qué no decía nada.

Pero no lo haría.

El timbre agudo de la aldaba resonó por toda la casa, rompiendo con toda la tensión del salón.

Ariel acudió a la entrada sin esperar a Lucy, deseosa de hacer algo que le hiciera olvidar a Eric. En el umbral, envuelto en una levita raída y un aire de incomodidad palpable, se hallaba el señor Pritchard.

—Señorita Morvan —inclinó la cabeza con torpeza—. Disculpe la intromisión. Es... urgente.

Lo condujo al salón de visitas, pero no se sentaron. Él parecía incapaz de permanecer quieto. Sostenía un portafolios de cuero

entre los dedos manchados de tinta, y evitaba mirarla directamente a los ojos.

—He recibido respuesta de la Cámara del Sello en Westminster —comenzó—. Hemos rastreado los archivos con respecto al contrato de compraventa de Blackthorn Hall, el que firmó —supuestamente— el conde Delamere. Me temo que... no hay rastro alguno de él.

Ariel se quedó inmóvil. —¿Ni siquiera la copia que usted entregó? —su voz sonó más baja de lo esperado.

—Ha desaparecido por completo. Tanto la copia como el original. No consta ni en los libros de sello ni en el archivo general de Chancery. Es como si nunca hubiera existido.

—¿Cree que fue destruido? —preguntó, intentando no perder la compostura.

Pritchard alzó la vista, sorprendido por la franqueza de la pregunta.

—No me corresponde a mí sugerirlo, señorita —replicó con rigidez—. Pero sí puedo decirle que he presenciado extravíos antes. Aunque no tan... selectivos.

—¿Y eso es todo? —Ariel apretó la mandíbula y lo miró con esos ojos azules suyos, fríos y filosos, como si lo considerara poco más que un insecto irrelevante.

Él no tenía la culpa, lo sabía. Pero tampoco podía permitirse mostrar vulnerabilidad. No en Willowmere. No delante de nadie.

—No exactamente —dijo él, volviendo a abrir el portafolios con dedos temblorosos—. En Chancery Lane encontré otro documento. Más antiguo. Una minuta incompleta sobre el traspaso de Blackthorn Hall a nombre de la marquesa de Beaston. Al parecer, fue preparado, pero nunca concluido.

—¿Nunca concluido? —repitió Ariel, algo esperanzada.

—Falta la firma del conde Delamere —asintió Pritchard—. Y sin esa rúbrica, no tiene validez legal. Es apenas una intención. Pero podría probar que hubo voluntad previa de cederle la finca a su madre. He enviado una nota al conde para confirmar la autenticidad del documento. Aunque... —dudó— no puedo prometer una respuesta inmediata. Ni su disposición a cooperar.

—Gracias, señor Pritchard —dijo, apenas moviendo los labios.

El notario asintió con visible alivio, cerró su portafolios y se marchó sin pedir una taza de té.

Cuando la puerta se cerró, Ariel se quedó sola en el recibidor. Sola, como siempre. Su padre no movería un dedo por ella; hacía años que había dado la espalda a Willowmere. Si estaba allí, era por pura testarudez. Por orgullo. Por el legado de su madre. Luchaba contra todos... y contra sí misma. Incluso contra un forastero que no entendía el peso de aquel lugar.

Quizás podría pedir ayuda a su medio hermano, el marqués de Beaston. Pero jamás lo había hecho, y no pensaba empezar ahora. Era una mujer hecha de costuras firmes, no de súplicas.

Así que se sentaría a escribirle al conde Delamere. Lo citaría en Blackthorn Hall. Solo él tenía las respuestas que todos evitaban. Y ella estaba lista para escucharlas... o para enfrentarlas.



Otra visita llegó poco después del almuerzo, cuando el sol ya empezaba a torcerse hacia el oeste y la luz se colaba por los vitrales con un tinte dorado que solo duraba unos minutos. Ariel estaba en la biblioteca con un cuaderno abierto y la mirada fija en una página en blanco, sin escribir. Había intentado concentrarse, pero era inútil.

Fue entonces cuando oyó el trote de un caballo. Luego dos. Y después, el crujido elegante de un carruaje deteniéndose frente a la casa.

Frunció el ceño. No esperaba a nadie.

No se movió al instante. Esperó. Escuchó el chirrido de la aldaba, la voz de Lucy respondiendo en la entrada, y después unos pasos. No eran los de un criado ni los de un aldeano. Eran firmes, acompasados. Elegantes.

Y entonces, una voz femenina.

—La señora Morvan me ha pedido que le entregue esto en mano, milord.

El acento era pulido, deliberado. El tipo de voz que había sido adiestrada para sonar amable sin dejar de imponer distancia.

Ariel cerró el cuaderno con calma, pero por dentro se tensó como un arco. Salió de la biblioteca y se dirigió al vestíbulo.

La vio antes de que hablara más.

Una joven de unos dieciocho años, quizás menos. Hermosa. De cabello castaño oscuro recogido en un moño elegante, rostro sereno y modales irreprochables. Vestía un conjunto azul pálido, de esos que gritan "esposa en preparación" sin necesidad de palabras. A su lado, una mujer mayor con aire de institutriz vigilaba la escena con los labios fruncidos y las manos cruzadas sobre el bolso.

Eric ya estaba allí.

Estaba de espaldas, pero su cuerpo hablaba. Tenía los hombros rígidos, como si una corriente helada le hubiera recorrido la espalda. Su cabeza se había girado apenas hacia un lado, y por un instante, Ariel juraría que había dejado de respirar.

Y entonces, la joven habló.

—Lord Wycliffe —dijo con una sonrisa medida—. Qué fortuna volver a verle tan pronto.

Ariel apenas respiró.

Observó cómo Eric actuaba, despacio, como si necesitara tiempo para procesar lo que estaba viendo. Su expresión no era la de alguien que saludaba a una conocida... sino la de alguien que veía un fantasma.

Pero no dijo nada. Ni una palabra de bienvenida. Ni una frase cortés.

Solo la miró.

Largo.

Demasiado largo.

Ariel sintió el golpe en el estómago antes de saber por qué. No entendía quién era aquella joven, ni qué relación tenía con Úrsula —aunque podía adivinarlo—, pero entendía el efecto que tenía sobre Eric. La forma en que lo había enmudecido. El modo en que sus ojos la recorrían con esa mezcla de asombro, desconcierto... ¿anhelo?

¿Y cuánto hacía que la conocía? ¿Desde cuándo existía este juego silencioso entre ellos?

Una cosa sí estaba clara: no había tardado nada. Ni un día desde su regreso de casa de Úrsula. Ariel cruzó los brazos.

—¿Ha dicho que viene de parte de la señora Morvan? —preguntó con voz firme.

La joven giró la cabeza hacia ella, sorprendida por su presencia, pero no incómoda.

—Así es. Mi tía me ha encargado hacerle llegar este paquete. Contiene unos lazos bordados y cintas de organza que, según ella, podrían servirle para embellecer sus habitaciones. Un obsequio —añadió con una sonrisa tan dulce que Ariel sintió ganas de arrancársela de un tirón.

—Qué amable por su parte —dijo Ariel—. Aunque no recordaba haber solicitado decoración adicional.

—Oh, solo es una atención hacia lord Wycliffe —contestó la joven con gracia ensayada.

Eric seguía sin decir nada.

Ariel ni siquiera se molestó en mirarlo. No podía.

—Lucy, por favor —dijo, volviéndose hacia la criada—. Acompaña a la señorita y a su acompañante hasta el carruaje. Agradece el presente en mi nombre.

Corinne pestañeó, confundida por la rapidez con la que la estaban despachando, pero no protestó. Eric tampoco dijo una palabra.

Ariel esperó hasta que las puertas se cerraron para volverse hacia él.

—¿Va a decir algo, milord? —Eric la miró, finalmente, pero su rostro estaba aún marcado por la presencia de la joven. No con una sonrisa ni con vergüenza. Sino con algo peor: anhelo—. ¿Quién demonios es ella? —preguntó Ariel—. ¿Y cómo se atreve a venir aquí de parte de Úrsula?

Eric no dijo nada.

Ni cuando Corinne desapareció en su carruaje con su carabina. Ni cuando Lucy se esfumó por el pasillo. Se quedó allí, inmóvil.

Luego, sin mirarla, extendió el paquete.

—Esto es para usted—dijo con voz opaca, casi ausente.

Ariel lo tomó, aunque no quería hacerlo. No por cortesía, sino porque esa era su forma de enfrentarse al mundo: con el mentón en alto y las manos firmes, incluso cuando ardían.

Él se marchó sin añadir una palabra más.

Y esta vez sí cerró la puerta tras de sí.

No fue un portazo, pero se sintió como tal.

Ariel permaneció sola en el vestíbulo, con el paquete entre los dedos. Lo sostuvo como si contuviera algo venenoso. Luego, despacio, subió las escaleras, entró en su habitación y se sentó en el borde de la cama.

Lo abrió.

Dentro había varias cintas de organza, de colores pálidos y bordes delicados. Lavanda, marfil, celeste. Bordadas a mano. Ariel rozó una con la yema del dedo, notando la calidad del hilo, el esmero de las puntadas. Iban destinadas a decorar las cortinas, o tal vez los cojines del salón. Había incluso unas pequeñas flores cosidas en los extremos.

Pero lo que la hizo detenerse fue lo que venía bordado justo en el centro de cada cinta:

"E.W."

Las iniciales de Eric.

Ariel se quedó quieta. Era una broma. O una provocación. O algo peor. Un mensaje.

Úrsula no solo quería marcar territorio. Lo daba por conquistado. Como si las iniciales del intruso debieran estar por todos lados, como si esa ya fuera su casa.

Apretó los dientes. El nudo que había tenido en el pecho desde la noche anterior se transformó en una mezcla densa de rabia y humillación. Se levantó. Bajó las escaleras con pasos firmes, volvió a encontrar a Lucy en el pasillo y le tendió el paquete.

—Tíralo —dijo sin más.

Lucy la miró, vacilante, pero asintió y obedeció sin preguntas.

Ariel se quedó allí unos segundos más, mirando cómo la caja desaparecía por la puerta trasera. Luego regresó a su habitación, cerró la puerta como lo había hecho Eric y apoyó la frente contra la madera.

No lloró.

No era el tipo de mujer que lloraba por un lazo bordado.

Pero esa noche, cuando apagó la vela, soñó con Úrsula. Con manos que cosían en la sombra. Con cintas que le apretaban el cuello.

Y con un nombre que no era el suyo bordado en cada rincón de la casa.

Blackthorn Hall olía a agua salada. Y a guerra.

Capítulo 12



La tierra estaba mojada, sucia.
El barro se pegaba a sus botas, al cuello y a su uniforme. Eric corría, aunque no sabía hacia dónde. Los cañones retumbaban como si el mundo se partiera en dos, y cada grito era una grieta más en su pecho. La niebla era espesa, y olía a pólvora. A miedo.

—¡Lord Wycliffe! —una voz a su espalda, familiar, angustiada. Giró sobre sí mismo y vio a Margaret. De pie entre el humo, con el vestido empapado, los ojos negros y un ramo de flores marchitas en las manos. No. Eso no era real. Ella no podía estar allí.

—Tarde, Eric. Siempre llegas tarde —dijo ella con voz hueca, sin reproche. Una sombra cruzó detrás de ella. Otra figura. Un rostro que no reconocía del todo. Lady Corinne Edevane.

Estaba vestida igual que Margaret en el día de su boda. Pero sonreía distinto. Más vacía.

—Nos parecemos, ¿no crees? —susurró Corinne, avanzando entre los cuerpos tendidos—. ¿No fue eso lo que viste?

Eric dio un paso atrás. El barro le llegaba a las rodillas. El cielo se resquebrajaba mientras tropezaba con los cuerpos sin vida que yacían a su alrededor.

Y entonces... entonces la vio.
Ariel.

De pie entre el humo, sin miedo a nada. Los cabellos rojos sueltos, la mirada fija en él. No decía nada. Solo lo miraba con esa

fuerza tan suya. Y con ese simple gesto, todo se detuvo. El ruido, el barro, los cañones, Margaret y Corinne.

El mundo, por un instante, se volvió habitable otra vez.

Respiró. Y despertó.

El techo de su habitación era tan gris como la mañana que apenas clareaba. Eric jadeaba en silencio, como un animal herido. Tenía la camisa pegada al pecho, la piel húmeda por el sudor: una pesadilla. Se incorporó con esfuerzo y se pasó las manos por el rostro.

Apoyó los pies en el suelo de madera y se quedó un momento allí, sentado al borde de la cama, con la cabeza entre las manos. Agradeciendo el frío.

¿Qué demonios le pasaba?

No era la guerra.

No era Margaret.

No era Corinne.

Era Ariel. Su nombre no salía de su boca, pero se había quedado grabado en su lengua. Era un sabor. Una fiebre.

Y la deseaba. La deseaba más que nunca, y eso lo enfermaba tanto como lo mantenía vivo.

No era solo deseo. Lo sabía. Si lo fuera, ya se habría apagado.

Era el modo en que lo miraba. El modo en que no lo miraba. El modo en que desaparecía y él perdía el norte.

¿Por qué ella no se acercaba? ¿Por qué él mismo no la buscaba? ¿Qué los contenía, aparte del orgullo? ¿Aparte de la disputa por la casa?

Quizás ella ya había elegido.

La había visto con Flinn. Caminaban juntos, hablaban en voz baja, como si compartieran algo que él nunca entendería. Y ella no lo miraba a él.

No lo miraba como lo había hecho en la playa, con la sal en los labios y las manos ardiendo.

Quizás Ariel amaba a Flinn. ¿De qué otra manera se explicaba ese silencio que lo humillaba después de lo ocurrido entre ellos? ¿Cómo, si no, era capaz de seguir eligiendo a Flinn una y otra vez... en lugar de a él?

Eric se puso de pie y se acercó a la ventana. El mar seguía allí, obstinado, igual que siempre. Igual que ella. Apoyó la frente contra el cristal, y observó el cielo.

El sol ya había trepado por encima del tejado cuando Ariel salió al jardín trasero. El césped estaba húmedo, la tierra blanda bajo sus botas. Dormir no le había traído ningún consuelo. Se sentó en un banco de piedra cuando Flinn la encontró.

—Ariel, tenemos que hablar.

Ariel le devolvió una mirada distraída. Llevaba el cabello recogido de cualquier manera y una capa ligera sobre los hombros, más por hábito que por frío. El gesto no era despectivo, pero sí distante.

—¿Qué ocurre?

Flinn se sentó a su lado sin esperar permiso. El banco crujió bajo su peso. Se quedó en silencio un instante, como si buscara el modo correcto de empezar.

—Debo regresar al *Wind Serpent* —dijo con el tono grave de quien no puede aplazar lo inevitable—. Han llegado notificaciones desde el Almirantazgo. Necesitan mi firma para autorizar la carga de suministros, y hay un par de reclutas nuevos que deben ser evaluados antes de zarpar hacia Plymouth en septiembre.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Unos días, quizá una semana. No lo sé con certeza.

Ariel asintió, aún con la vista perdida entre los arbustos.

—Una semana no es mucho —dijo, más por decir algo que por verdadero interés.

Flinn la observó en silencio durante un momento. La línea de su mandíbula, la forma en que sus manos jugaban con una hebra suelta del dobladillo. Tenía ojeras, como si no hubiera dormido bien.

—Si quisieras... —empezó él, con una voz apenas más baja que un suspiro—. Si lo desearas, podrías venir conmigo —Ariel lo miró entonces, con cariño. Flinn también sonrió, pero de forma casi triste —. Serías mi esposa. Viviríamos en Plymouth. No te faltaría nada. Yo me encargaría de todo.

Dicho así, sonaba casi ridículo. Demasiado simple. Demasiado dulce.

Ariel apartó la mirada. El viento agitaba su capa ligera. Una brizna de pelo se le pegó a la boca, y no hizo por apartarla. Flinn levantó una mano, despacio, como si temiera asustarla, y se la colocó detrás de la oreja. Luego, sin retirarse del todo, dejó la mano descansar sobre su rodilla. Un gesto íntimo. Cálido.

Ella lo permitió.

Y aun así... no sintió nada.

O sí. Pero no lo que debería.

No hubo un vuelco en el estómago como le ocurría con Eric. No se le aceleró el pulso. No deseó inclinarse hacia él ni ver si el roce de sus labios sería tan seguro como el de su mano.

Solo vio a Flinn.

Guapo. Fuerte. Leal.

Pero solo Flinn.

—Gracias —murmuró, con sinceridad—. Te quiero, Flinn.

Flinn asintió. No insistió. No pidió. No esperó nada.

Solo se quedó allí, con la mano aún sobre su rodilla, como si ese simple contacto pudiera bastarle.

Y Ariel lo permitió un instante más, porque lo quería. Pero no de la manera en que Flinn merecía.

Y lo sabía.

—¿Marchas hoy? —preguntó.

—Esta tarde.

—Entonces espero que el mar te reciba con buenos vientos.

Flinn sonrió otra vez, con esa expresión suya que parecía decir "estoy bien, incluso cuando no lo estoy".

—Y tú... —añadió, antes de levantarse—. Espero que encuentres lo que buscas, Ariel —Se detuvo un segundo, con la mirada clavada en el suelo, como si algo más le ardiera en la garganta—. ¿Estás segura de que un señorito de Bath es lo que necesitas? —dijo al fin, sin sarcasmo—. Te imaginé con otros hombres, sí... pero él no encaja contigo. No en este lugar. No con tu manera de ser. Conozco cada virtud y cada defecto tuyo, Ariel. Y él... él simplemente es un lord más. ¿Te respetará? ¿Te reconocerá? ¿Y si algún día lo hace... crees que su entorno te aceptará?

No lo dijo con rabia. Ni con burla. Lo dijo con tristeza, como quien ve a alguien que ama caminar hacia el abismo.

—Solo me quedo por Blackthorn Hall —mintió, sin engañar a nadie, ni siquiera a sí misma.



El día terminó sin gloria. Lucy se retiró temprano —su dormitorio quedaba en el ala más alejada— y el resto de la casa quedó en silencio, como si también necesitara dormir. Ariel no. No tenía sueño ni paz. Le dolía Flinn, pero no porque lo amara, sino porque lo quería sinceramente y se sentía culpable por no poder devolverle su afecto.

¿Desde cuándo su vida se había convertido en un vaivén de confesiones románticas? En sus veintiún años, jamás había sentido nada por ningún hombre. Ni un sobresalto. Ni una necesidad. Ni una ilusión.

Amar, pensaba Ariel, era para los otros. Para las muchachas sencillas del pueblo que soñaban con flores y promesas. Para quienes creían que un hombre podía salvarlas. Para quienes habían sido criadas para desear un apellido, un techo, una familia.

Ella solo había querido libertad. Huir de ese sentimiento que había unido a sus padres de forma escandalosa, y no porque los culpara, sino porque había decidido no ser igual.

Su madre se había enamorado de un hombre casado. Había soportado la vergüenza, la soledad y las habladurías con una dignidad casi cruel. No había rastro de odio en ella, ni una palabra amarga. Y eso, para Ariel, era lo más terrible. La resignación con la que aceptó amar a un hombre que jamás le dio su nombre. Que jamás le ofreció una casa en la que pudiera entrar por la puerta principal. Porque ella también era la esposa de otro.

Ariel juró no repetir la historia. No permitir que el amor se convirtiera en una cadena. No mirar a ningún hombre con hambre ni con súplica.

Y, sin embargo, ahí estaba. Pensando en Eric Wycliffe con un nudo en el estómago.

Lord Eric Wycliffe.

Él no era amable. No era fácil. No era seguro.

Y, pese a todo, bastaba con que entrara en una habitación para que su mundo se tambaleara.

¿Era eso el amor? ¿O solo una nueva forma de enredarse en lo que no debía? Flinn tenía razón: ese hombre no era para ella, no combinaban ni el mundo los aceptaría.

Tomó un candelabro y subió despacio por la escalera de servicio, sin rumbo. Al llegar al piso superior, sus pasos la llevaron por costumbre hasta la galería del ala este, un pasillo alto, estrecho, con muebles tapados y cuadros cubiertos por sábanas que olían a polvo antiguo. Nadie usaba ya ese lugar. Ella iba allí cuando necesitaba pensar.

No esperaba encontrar a nadie. Y, sin embargo, al doblar la esquina, lo vio.

Eric.

Estaba de pie, junto a una de las ventanas, con una lámpara de aceite a sus pies. No se movía. Miraba un retrato apoyado en una silla, sin marco, a medio pintar. Ariel lo reconoció al instante: era su madre, Athenea Beaston. Tenía el cabello suelto, como en los retratos de musas, y la mirada ladeada hacia un punto fuera del lienzo. No lo habían terminado nunca. Porque cayó en desgracia antes.

Eric no se volvió cuando la oyó acercarse.

—Había oído que la casa tenía una vista distinta desde allí arriba —respondió él, sin apartar los ojos del retrato—. Quería ver Willowmere desde otro ángulo. Comprender qué era lo que usted tanto lucha por conservar.

—¿Y lo ha comprendido?

—Aún no del todo.

Hubo una pausa.

—Se parece a usted —repitió él—. Pero no tan... peligrosa.

—¿Eso piensa de mí? —Ariel ladeó la cabeza, sin decidir aún si era un cumplido—. Claro, Mi madre fue una dama de alta cuna, una

mujer de sociedad. Algo que yo jamás seré.

—Lo sé. Ella parece esculpida para ser admirada. Usted... —la miró como si aún le costara ponerlo en palabras— usted está hecha para ser sentida. Y eso es lo que la vuelve tan peligrosa. Y no lo pienso, señorita Morvan —añadió en voz baja—. Lo siento. Cada vez que se acerca. Como si fuera capaz de incendiarlo todo con una palabra mal dicha.

—No soy peligrosa, milord. Solo que no sé jugar a lo que esperan de mí. Hay un abismo entre quienes crecen rodeados de normas, deberes y cortinas bordadas... y quienes se crían bajo el cielo, con los pies en la tierra y sin más reglas que el viento. Mi padre me dio una vida diferente. No mejor, quizá. Pero libre. Me quiso proteger, me quiso enseñar a vivir de forma distinta.

—Lo sé —dijo él, sin apartar los ojos del retrato—. Por eso está aquí: sola, de noche, valiente, sin miedo a la oscuridad, ni a la soledad, ni a estos pasillos interminables que harían temblar a cualquiera. Por eso se enfrenta a mí cada día, al pueblo, a todos los que osan desafiarla. —Se giró entonces y la miró. Era la primera vez que hablaban sin alzar la voz desde lo ocurrido en la playa.

Ella apretó los labios. Estaba a punto de responder, pero entonces su mirada se detuvo en lo que Eric sostenía entre los dedos: un retrato en miniatura, acabado, delicado, minucioso. Una mujer. Margaret. Ariel lo supo de inmediato, no por intuición, sino por lógica. Por lo que había escuchado el día en que vino el hermano mayor de Eric.

Cabello castaño oscuro. Ojos igualmente oscuros. Piel pálida. Parecida a la sobrina de Úrsula, demasiado parecida. Tan parecida que hubiera asustado a cualquiera.

—Ahora lo entiendo —murmuró—. Por eso se quedó helado cuando vio a lady Corinne.

—Sí, puede ser... No puedo evitar recordar a Margaret cuando la veo. Murió un año después de que nos casamos. Fiebre reumática. Fue rápido. Doloroso.

En ese momento, ambos se sorprendieron por la confesión de Eric —incluso él mismo. Era la primera vez que hablaban sin orgullo, sin barreras, como si por un instante se permitieran ser simplemente

quienes eran. Sin pensar en los desplantes, en Flinn o en Úrsula. Ni siquiera en Blackthorn Hall.

—¿La amaba?

—Que directa, señorita Morvan. Pero no es eso lo que quiere saber, estoy convencido.

—¿Qué quiero saber, entonces?

—Quiere saber si Corinne me importa. Si lo que sentí al verla fue deseo, nostalgia o... cualquier otra cosa.

—No necesito saberlo —dijo Ariel, ofendiéndose—. No me debe nada —Eric se irguió ligeramente, herido. ¿Nada? ¿Después de haberse besado como se besaron? ¿Después de todo lo que no se habían dicho y, aun así, compartían en silencio? ¿Tan poco significaba para ella?—. Lo he entendido todo, milord.

—¿Qué ha entendido, señorita Morvan?

—Que no tengo nada que hacer contra mujeres como ella.

—¿Contra? —repitió Eric, sin estar del todo seguro de si alguna vez lograría acostumbrarse a aquella franqueza desprovista de delicadeza. Pero lo cierto era que le gustaba. Más de lo que debería. Después de tantos silencios y desplantes, resultaba extraño —casi tranquilizador— mantener una conversación con ella. Una verdadera conversación. Por primera vez, Ariel le ofrecía algo parecido a la atención... y, contra todo pronóstico, eso le proporcionaba una absurda sensación de alivio.

—Sí. No soy tan estúpida como para fingir que no se nota —dijo Ariel, con ese tono seco que usaba cuando se negaba a mostrar dolor—. Es joven, encantadora, educada. Todo en ella encaja en los salones de Bath y en esas interminables charlas sobre bordados y recetas de limonada. Yo no. Nunca he encajado. Y si además se parece a su difunta esposa... bueno, entonces no necesito entender nada más, ¿verdad?

—No fue a Corinne a quien besé en la playa, señorita Morvan.

Ariel lo miró, y algo en su expresión cambió. No fue una gran transformación, ni una emoción desbordada, pero sus ojos—esos ojos tan azules que a veces parecían de hielo—se enturbiaron un instante. ¿Celos? ¿Estaba sintiendo celos de verdad? ¿Por ese

hombre? ¿Después de todo lo que había jurado no necesitar de nadie?

Qué estupidez. Tenía que medir sus palabras. Mantener la compostura. No dar importancia a lo que claramente no la tenía. Y, sin embargo, allí estaba. Viéndolo avanzar hacia ella con esa calma que la sacaba de quicio. Esa seguridad que no era arrogancia, sino algo peor: certeza.

—¿Qué pretende? —murmuró, demasiado tarde.

Eric no respondió. Alzó una mano y, con gesto pausado, apartó un mechón de cabello que había caído sobre la frente de Ariel. Sus dedos rozaron su sien apenas un segundo, pero el contacto fue suficiente para que ella contuviera la respiración, para que el corazón le diera un vuelco ruidoso.

—Nada —dijo él, aunque su voz sugería lo contrario—. Absolutamente nada.

Y entonces, como si el aire se hubiera vuelto demasiado espeso para seguir fingiendo, acortó la distancia entre ambos. Ariel no se movió. Sabía que debía alejarse, pero ni retrocedió ni avanzó. Solo lo miró, desafiándolo con los ojos, como si esperara que él dudara primero.

Pero no lo hizo.

Y cuando sus labios se encontraron, no hubo confusión ni culpa. Solo la confirmación de que, pese a todo, pese a ellos mismos, seguían ardiendo por dentro el uno por el otro.

Capítulo 13



El beso no se rompió por falta de aire. Ni por cordura.

Se rompió porque Ariel lo empujó.

No lo empujó con fuerza. Solo apoyó las palmas en su pecho, como quien intenta frenarse al borde de un precipicio. Como si el contacto, más que un consuelo, fuera un incendio. Pero sus manos ardían al tocarlo, y sus labios aún temblaban, abiertos al recuerdo, húmedos de deseo. No había violencia en su gesto, solo una súplica muda de espacio... o de salvación. Porque su cuerpo, traidor, seguía inclinado hacia él, al rojo vivo, palpitante, rendido a una pulsión que su mente no podía controlar.

Eric la miró. De cerca. Demasiado cerca. El rostro medio en sombras, pero con la mirada clara y fija en ella, como si pudiera leerle cada pensamiento, cada duda, cada anhelo. No hacía falta luz para sentir el deseo que lo atravesaba. Estaba en su respiración entrecortada, en la tensión de su mandíbula, en la forma en que su pecho subía y bajaba bajo sus manos.

No era tierno.

No era correcto.

Era... otra cosa.

Un tipo de hambre que no pedía permiso. Una fuerza cruda, contenida, masculina. Algo que nacía desde lo más hondo de él y que amenazaba con arrastrarlos a los dos.

Y Ariel, por un instante, deseó no resistirse. —No vuelva a hacer eso —dijo en cambio.

—¿Tiene miedo de que su perrito faldero ataque de nuevo? —dijo él, con una media sonrisa que no alcanzó a sus ojos grises, con ironía. Esa maldita ironía.

—Tiene nombre. Y más honor en una sola palabra que el que usted ha demostrado desde que llegó. Flinn me ha acompañado en cada momento en que otros decidieron marcharse. Ha estado a mi lado cuando usted ni siquiera sabía que este lugar existía. Me ha ayudado sin esperar nada. Sin exigencias. Sin invadir.

—Qué conmovedor —Eric arqueó una ceja, sin apartar la mirada de su rostro encendido—. Un santo con botas de barro y alma pura. ¿Le hace el té por las tardes también? ¿O solo se limita a tocarla un poco, con la esperanza de que algún día le permita meterse entre sus piernas?

Ariel alzó la mano, sin pensarlo. Como ya lo había hecho una vez. Pero esta vez, él se lo esperaba. Eric la detuvo al vuelo, con los dedos firmes rodeando su muñeca. No con violencia. Con dominio.

Y antes de que pudiera retroceder, tiró suavemente de ella, lo justo para hacerla chocar contra su pecho. El impacto la dejó sin aire. Estaba tan cerca que el aliento de Eric le rozaba la frente, la mejilla, los labios. Tan cerca que sus pechos se aplastaron contra él, que sus caderas apenas podían girarse para escapar. Su perfume la envolvió, cálido, oscuro, masculino. Tabaco dulce, piel caliente y algo más. Algo suyo. Algo que se le metió bajo la piel sin permiso.

—Ni lo intente —susurró él, con una voz tan baja que casi la sintió más que la escuchó—. No me provoque si no está preparada para lo que viene después.

Ella no respondió. No podía. Su corazón martilleaba contra las costillas, contra él.

Y lo peor... es que él también lo notaba. Estaban tan cerca que no quedaba espacio para el juicio. Solo deseo contenido. Solo rabia. Solo esa absurda y feroz necesidad de no ceder... y de rendirse a la vez.

—Debe ser cómodo tener a alguien que no exige, que no invade —continuó él—, que se contenta con estar ahí... siempre disponible. Tan predecible. Tan seguro —Bajó la vista un instante, a sus manos aún apoyadas en su pecho, y su voz descendió un tono,

más grave, más peligrosa—. Claro que yo no soy así. Yo no sé quedarme al margen. Yo no sé querer a medias —Sus ojos se alzaron de nuevo, el gris se había oscurecido hasta el punto de parecer negros—. Y si eso le asusta, señorita Morvan... entonces sí, tal vez debería volver con su perrito fiel.

—Suélteme, milord —pidió ella, con menos autoridad de la que habría deseado. Su voz temblaba, pero no de miedo. De furia. De algo más profundo—. Es usted quien me teme a mí. No tiene que fingir lo contrario—. Él no parpadeó. Pero sus dedos siguieron apretando su muñeca, como si temiera que, al soltarla, se desvaneciera—. Es usted quien correrá detrás de la perfecta y tranquila Corinne. A su paz. A su refugio ya conocido.

Las palabras salieron como un golpe. Limpias. Certeras. Eric no se movió. Pero algo en su mirada se quebró. Una chispa de desconcierto. De ira. De... dolor. Y, aun así, no la soltó.

—¿Eso cree? —susurró, bajando la cabeza hasta que su frente rozó la de ella—. ¿Que quiero paz? ¿Que busco tranquilidad?

—¿A qué ha venido entonces aquí? ¿Desde Bath?

Eric la sostuvo con la mirada. Ni una sonrisa. Ni una pizca de ironía esta vez.

—Vine a encontrarme. Pero la encontré a usted. Y ahora ya no estoy seguro de querer otra cosa.

Y la besó otra vez.

Esta vez más duro. Más torpe. Más real. Ella respondió. Porque estaba cansada de negarse. Porque lo deseaba. Porque no sabía cómo dejar de hacerlo. Porque su cuerpo ya no obedecía a su juicio.

Él la acorraló contra la pared, una mano en su nuca, la otra en su cintura, liberando su muñeca. El retrato de Athenea, su madre, quedó a su lado, mudo testigo de lo que ella jamás habría aprobado. O quizá sí.

Sus bocas se buscaron como animales. No había dulzura, solo ansias. Las manos se perdían entre la ropa, sin rumbo. El candelabro cayó al suelo y rodó sin romperse. La lámpara de aceite oscilaba, lanzando sombras salvajes por la galería.

Ella tiró de su camisa con desesperación. Él desabrochó los botones de su vestido sin cuidado. La tela crujió. Ninguno pidió

permiso. Ninguno ofreció ternura.

Fue sucio.

Fue urgente.

Fue tan íntimo que dolió.

Eric le coló la mano por debajo de las faldas cuando ella lo rodeó con las piernas. No llevaba enaguas esa noche. Solo una *falda de sirga*, ligera y áspera, el tipo de prenda que usaban las mujeres de puerto para trabajar en la costa sin arrastrar peso ni telas mojadas. Ariel se la había puesto por comodidad, sin imaginar que acabaría así, entre sus brazos, abierta, vulnerable, hambrienta. Y él lo sintió todo y perdió cualquier rastro de raciocinio. Le apretó los muslos, esos muslos carnosos y generosos, y luego le rozó la intimidad.

—Eric —volvió a jadear con más fuerza.

—Ariel —la tuteó por primera vez y eso fue más placentero que tenerla abierta frente a él.

El sonido de su nombre en su voz —esa voz grave, rasgada, suya— la atravesó como una llama. *Ariel.* No *señorita Morvan*. No *usted*. Su nombre, desnudo, vibrante, caído de su boca enrojecida por los besos. Y dolía. Y excitaba.

No era pudor lo que la estremecía. Era algo más profundo. Un miedo primitivo y delicioso a disolverse en él. A perder la forma. A no ser más que cuerpo, jadeo y ansia.

Nunca la habían tocado así.

Nunca la habían hecho sentir tan presente en su propio cuerpo.

Tan consciente de su carne.

Tan vulnerable... y tan poderosa.

Porque él estaba ardiendo por ella. Porque cada respiración suya era un derrumbe, una súplica, un *más*.

Y ella también.

Fue una tortura.

Ariel ya no era fuerte.

Ella le temblaba entre los brazos. Y él no podía dejar de tocarla.

Era suya.

Ahí, en ese instante, lo era.

Y no sabía si alguna vez podría dejar de desearla así.

—No puedo más —suplicó ella, con los ojos húmedos, sudada y la piel enrojecida.

Eric no lo dudó. Ella estaba rendida. No pensó en nada más que en estar dentro. En sentirla. En fundirse con ella de una vez, por fin, como su cuerpo le llevaba rogando desde la primera vez que la vio.

Se bajó los pantalones sin ceremonia, jadeando, muerto de deseo.

La acomodó entre sus brazos y la penetró en un solo impulso, impaciente, desesperado.

Y entonces, ella gritó.

No fue un gemido.

No fue placer.

Fue dolor.

Un grito agudo, animal, que le heló la sangre.

Eric se detuvo al instante, el cuerpo aún tenso, ardiendo, el placer a un paso... pero se retiró de golpe, saliendo de ella con un temblor que no tenía nada que ver con el deseo.

—¿Ariel...? —su voz era ronca, quebrada, cargada de susto.

Ella tenía los ojos apretados, el rostro enrojecido, el cuerpo hecho un nudo. Tardó unos segundos en hablar, tragando saliva, temblando.

—Es que... duele.

Eric se quedó en silencio. La miró. La miró de verdad. Y sintió algo dentro de él resquebrajarse.

No por culpa. No solo.

Por ternura.

Por sorpresa.

Por ese deseo irrefrenable que, ahora lo entendía, no merecía tomar sin cuidado.

—Dios mío, Ariel... —susurró, llevándose una mano al rostro, como si quisiera borrarse—. Perdóname. Perdóname, no lo sabía. Pensé que... Daba por hecho que...

Ella no dijo nada. Solo respiraba fuerte, con los muslos aun temblando y los ojos vidriosos.

Entonces Eric se inclinó de nuevo sobre ella. Y esta vez, no hubo prisa. No hubo urgencia.

Solo deseo transformado en cuidado.

Le separó las piernas con ternura y deslizó la mano entre sus muslos.

—No voy a volver a hacerte daño —le prometió—. Pero no pienso dejarte así.

Y empezó a tocarla. Lento. Firme.

Sus dedos la acariciaban como si fueran palabras. Como si cada roce dijera *lo siento*, *te deseo*, *te veo*.

Ariel se arqueó. Gimió. Se aferró a sus hombros y alcanzó el clímax.

Capítulo 14



La galería seguía en silencio. Ni el lienzo inacabado de Athenea se había movido. Tampoco el aire.

Ariel se inclinó con deliberada calma para recoger su falda. No había prisa en sus movimientos, ni temor. Solo aquella determinación helada que nacía en su pecho cada vez que el mundo amenazaba con sobrepasarla.

Se arregló la falda con gestos precisos. Luego se abrochó el corsé como pudo, con manos firmes que no delataban temblor alguno. El cabello se lo recogió a ciegas, sin necesidad de espejo. La piel aún le ardía en ciertos lugares, pero su rostro era de piedra.

No lloraba.

No vacilaba.

Solo respiraba. Lenta, profundamente. ¿Qué acababa de ocurrir? ¿De veras acababa de dejarse ir entre los brazos de lord Wycliffe? ¡El intruso!

Se terminó de arreglar como si necesitara regresar a sí misma. Como si habitar su cuerpo fuera el único escudo contra la emoción que pugnaba por quebrarla. Dio un paso, dispuesta a marcharse. Pero entonces, la voz de él la alcanzó desde atrás.

—Ariel... espera —Eric seguía allí, a medio vestir, con la camisa abierta, el cabello revuelto y el rostro alterado por algo que ya no era únicamente deseo. Había en él una vulnerabilidad que no encajaba con la imagen que Ariel tenía del hombre que le había arrebatado el aliento minutos antes. Y, sin embargo, era real.

Dolorosamente real. Ella no estaba preparada para aquello. Para lo que inevitablemente venía después. Para la conversación que sigue cuando dos cuerpos se han entregado sin reservas, pero los corazones aún se mantienen a resguardo—. No quiero que esto termine así —dijo él, con la voz áspera—. Déjame, al menos...

—No —lo interrumpió ella, sin elevar el tono —Él avanzó un paso, con la intención de detenerla—. No me sigas —pidió entonces, sin perder la compostura—. Necesito pensar.

—¿Te arrepientes? —preguntó Eric en voz baja, deteniéndose—. ¿Es eso?

—No me arrepiento —respondió sin titubeos—. Pero tampoco voy a fingir que sé qué hacer con esto.

—Ariel... yo no sabía que eras... —Bajó la vista, como si le costara nombrarlo.

—¿Virgen? —terminó ella por él, con una ceja alzada, sin pudor —. Claro. Porque las mujeres como yo no solemos serlo, ¿verdad?

—No es eso lo que quiero decir —repuso él con dificultad.

—Lo sé. Pero tampoco importa —dijo con calma, pero sin suavidad—. Mi virginidad no es una confesión. Ni un reproche. Es, sencillamente, un hecho. Uno que tú has descubierto de la forma más torpe posible —Suspiró, y se llevó una mano al cabello deshecho, sin apartar la mirada—. Pero si ahora piensas que eso me hace más valiosa, más digna, más tuya... entonces no has entendido nada. No necesito que me respetes por ser virgen. Necesito que me respetes por ser yo. Pero no creo que lo entiendas...

Eric dio otro paso, como si aún buscara las palabras adecuadas, aunque supiera que ya era tarde para todas ellas. —No lo habría permitido... si lo hubiese sabido —dijo al fin, con voz baja, casi avergonzada—. No porque me pareciera mal, sino porque habría entendido lo que significaba. Para ti. Para esto. Habría sido más... cuidadoso. Habría sido mejor —Su mirada descendió, incapaz de sostener la de ella—. Y sí... cambia las cosas. No porque tú seas otra. Sino porque yo me doy cuenta, con una claridad insoportable, de que no fui el hombre que debí ser contigo.

—No mientas, Eric. No te sienta bien —dijo sin dureza, pero sin ceder—. Y no hace falta. No ha sido solo culpa tuya. Yo también he

estado aquí. También lo quise —Él pareció respirar al oírla, como si esas palabras le dieran permiso para mirarla de nuevo. Pero ella no había terminado—. Solo... no lo conviertas en algo que no es. No soy distinta ahora. No soy más valiosa por lo que has descubierto... no quiero este tipo de... afecto.

—Pero ahora... —murmuró él, sin saber cómo seguir.

—Ahora necesito pensar —dijo ella, con un deje de cansancio—. Porque contigo, Eric, pensar es lo único que no puedo hacer.

Se giró sin dramatismo, sin un último gesto. Y se marchó por el pasillo en silencio, con la espalda recta y el pecho latiéndole tan fuerte que dolía.

Eric no se movió. No sabría decir cuánto tiempo permaneció allí, solo, con el pecho abierto y las manos inútiles.

La galería había recuperado su quietud habitual, pero algo había cambiado. El retrato de Athenea seguía inmóvil en su caballete, observándolo con la misma mirada inacabada.

Tragó saliva. El deseo seguía allí, bajo su piel, palpitando dolorosamente insatisfecho. Pero ya no era solo deseo.

Cuando Ariel se alejó —con la cabeza alta, la dignidad intacta, la espalda erguida a pesar de todo lo ocurrido—, algo dentro de él se quebró. Y al mismo tiempo, algo se reacomodó con dolorosa claridad.

No era una cualquiera. Qué necio había sido.

Desde el principio, la había encasillado en una categoría que le resultaba cómoda: indómita, hermosa, libre, accesible. Una mujer sin el corsé invisible de las damas de Bath. Una tentación de carne y carácter.

Pero no la había entendido.

No la había escuchado cuando hablaba de su madre, de su padre, de todo lo que había perdido y defendido. No había querido mirar más allá del fuego. Porque sí, era peligrosa. Pero no por su cuerpo ni por su falta de reglas, sino porque exigía una verdad que él no estaba seguro de poder ofrecer.

Y ahora... ahora Ariel se había transformado en otra cosa.

No era una conquista. No era un capricho. Era un espejo. Uno que le devolvía su reflejo sin adornos, sin indulgencia.

"¿Te arrepientes?", le había preguntado. Y no. Ella no se arrepentía. No de lo ocurrido.

Pero tampoco se ofrecía sin reservas. No se entregaba sin saber. Sin amar.

Había tenido el coraje de detenerse. De poner límites incluso en medio del temblor. Incluso después del deseo. Él no. Apretó los puños. Le ardía el cuerpo de tanto contener lo que no se había consumado. Pero más aún, le ardía la conciencia.

Había estado a punto de tomarla como un ladrón. Como el hombre que había prometido no volver a ser.

No quería seguir siendo ese joven ocioso de Bath, moldeado por las expectativas de un padre severo y la sombra implacable de un hermano mayor que dictaba normas con la autoridad que da el linaje y la fortuna. No quería ser el hijo obediente que vivía según reglas heredadas, ni el libertino que buscaba consuelo en el placer para evitar mirarse por dentro.

Y, sin embargo, allí estaba. A punto de arrebatarle a Ariel algo que no se le había dado con libertad plena, sino con deseo, sí, pero también con confusión. A punto de tratarla como si fuera solo un cuerpo que había respondido al suyo, y no como una mujer que merecía su respeto incluso en el silencio posterior.

Ahora la deseaba más. Pero no para tomarla, sino para rendirse a sus pies de una vez por todas.



La ventana estaba abierta y la brisa del mar agitaba con suavidad las cortinas, como si nada hubiera cambiado.

Pero Ariel no era la misma.

Se sentó en el borde de la cama, sin desvestirse, con la falda aún arrugada entre las manos. Le dolía el cuerpo en lugares que no sabía que podían dolerle. No era dolor físico, no exactamente. Era otra cosa. Como si cada centímetro de su piel recordara lo ocurrido... y no supiera aún cómo interpretarlo.

Cerró los ojos. No para dormir.

No se arrepentía. No había espacio para eso. Lo había elegido. Consciente, sin coartadas. Pero algo en ella había cambiado. No por haber sido tocada, sino por cómo él la había mirado después. Como si acabara de descubrirla. Como si solo entonces comprendiera que lo que tenía frente a él no era una fantasía, sino una mujer real. Compleja. Contradictoria. Incontrolable.

Y eso, extrañamente, la había herido más que cualquier juicio.

Porque durante un instante—uno solo—había creído que él la deseaba por lo que era, no por lo que proyectaba sobre ella. Pero al final, la había tomado como a una cualquiera. Como si su cuerpo fuera una respuesta lógica a la provocación, como si ella no pudiera querer otra cosa que lo que su reputación sugería. Y eso no la sorprendía. No del todo. Eric seguía siendo un hijo de su mundo: educado entre normas, criado para poseer y no para comprender.

No era cruel. Solo estaba atado. A lo que se espera. A lo que se debe hacer. A lo que conviene.

Lo entendía. Y, en cierto modo, hasta podía perdonarlo. Pero no quería que ahora intentara compensarla con afecto. Con ternura tardía. Como si su valor se hubiera revelado solo a través de su virtud. Como si lo que había entre ellos hubiera cambiado porque él, por fin, se había dignado a verla entera.

Ella no necesitaba su redención. Ni su cuidado. Ni su culpa disfrazada de devoción.

¿Y qué sentía por él?

Ariel inspiró hondo, como si eso pudiera aclarar algo.

Lo deseaba. Todavía. Con rabia incluso. Pero también empezaba a desear otra cosa más difícil de nombrar: que él aprendiera a mirarla sin filtros. Sin el velo de lo que le habían enseñado a admirar. Sin clasificarla. Sin miedo. Sin pasados turbulentos.

¿Y qué quería ella?

Quería respeto, sí. Pero no uno otorgado por accidente, sino uno que naciera del reconocimiento. Quería ser elegida por convicción. Y quizás —solo quizás— quería ser amada. Pero no por lo que aún no había hecho, ni por lo que había entregado. Sino por lo que era.

Y eso, lo sabía, era pedir demasiado a un hombre como Eric Wycliffe.

Un noble. Criado entre paredes tapizadas de honor y de conveniencias, educado para saber siempre lo que debía hacer, decir, sentir. Un hombre acostumbrado a la deferencia de los demás y a no cuestionar nunca sus propios privilegios.

No era cruel. No era frío. Pero era prisionero de todo aquello que ella había pasado la vida rechazando.

Había en él un sentido del deber tan arraigado que, por momentos, parecía sustituir cualquier deseo verdadero. Un impulso a proteger, a decidir, a redimir, como si el mundo solo tuviera sentido cuando él podía colocarlo en orden. Y lo había intentado con ella también. Primero deseándola. Luego dudando. Y, al final, mirándola como si no supiera quién tenía delante.

Y sin embargo...

Ariel no era ingenua. No esperaba milagros. Sabía lo que los hombres como Eric aprendían a lo largo de los años: a elegir esposas que no los incomodaran, a conservar el apellido intacto, a medir las emociones para que no desbordaran. Y ella —una mujer sin apellido, sin fortuna, sin lugar— no encajaba en ese molde. Nunca lo haría. Porque había sido criada al aire libre, lejos de todo aquello.

Pero lo que dolía no era saber todas aquellas verdades.
Era haber vislumbrado algo más en él.
Una rendija. Un temblor. Un instante de verdad.

Y tal vez se aferraba a eso con una necedad que no quería confesar ni ante sí misma.

Porque si Eric Wycliffe era solo un nombre más en la larga lista de hombres decentes que no sabían amar sin condiciones, entonces no importaba.

Pero si no lo era...
Si era distinto...
Entonces sí. Entonces todo importaba.



La mañana siguiente llegó sin gloria ni consuelo.

Eric no había dormido. El peso de lo ocurrido con Ariel seguía grabado en su mente como una quemadura. Pero no había tiempo para reflexionar: una nota del señor Pritchard lo esperaba en el comedor, lacrada con la discreta insignia del notario. Decía, simplemente: *"Venga a mi despacho esta mañana. Es urgente. —J. Pritchard"*.

Sin apetito y con el cuerpo aún tenso, se calzó las botas, se puso el abrigo, y bajó al pueblo. Las calles de Willowmere estaban húmedas, con ese olor salado y terroso que solo dejaba la niebla marina al amanecer. Pero él apenas reparó en nada.

Pritchard lo recibió con la misma frialdad gris que siempre lo caracterizaba. No ofreció asiento ni café. Solo extendió una carta cerrada.

—Ha llegado esta mañana. Del conde Delamere. Dice que le pertenece —explicó con su voz nasal.

Eric rompió el sello con impaciencia contenida. Reconoció de inmediato la letra grandilocuente del conde, y el perfume barato de sus palabras falsas.

"Mi estimado Lord Wycliffe,

Lamento los contratiempos derivados de nuestro pequeño acuerdo, pero me complace informarle que, tras una revisión exhaustiva de lo concerniente a Blackthorn Hall, he tomado la firme decisión de respaldar su legítima adquisición de dicha propiedad. Aunque en su momento existieron ciertos papeles asociados a la difunta marquesa de Beaston, ninguno posee carácter vinculante hoy en día. La señora está muerta, su hija carece de título, y la ley, como bien sabe, no se ocupa de sentimentalismos.

Por tanto, tan pronto como llegue a Willowmere, firmaré el documento pendiente para oficializar lo que ya es suyo de facto. Me

honra contribuir al establecimiento de un caballero como usted en tierras tan... necesitadas de disciplina.

Suyo afectísimo,
Delamere."

Eric apretó la mandíbula al terminar de leer. El asco le trepó por la garganta como un vino agrio.

"Su hija carece de título."

"Lo que ya es suyo de facto."

"Tierras necesitadas de disciplina."

No era una victoria. Era una puñalada. No solo porque la carta desestimaba cualquier vínculo de Ariel con la propiedad, sino porque lo hacía con esa ligereza cruel que trataba a las mujeres como estorbos legales o adornos prescindibles. La madre muerta. La hija invisible. Y él... el favorecido.

—Así que todo queda en sus manos, milord —añadió Pritchard, sin levantar la vista—. Cuando el conde venga, bastará su firma y todo habrá terminado.

—Gracias —gruñó Eric, guardando la carta con repulsión. No sentía gratitud ni satisfacción. Solo una urgencia creciente por salir de allí.

Pero no llegó muy lejos.

Al salir a la plaza, lo interceptaron dos figuras que lo esperaban con descaro: Úrsula Morvan, enjoyada como un altar pagano, y Lady Corinne, con su vestido azul celeste y esa mirada grave que tanto le recordaba a Margaret, su difunta esposa. El parecido le golpeó como un martillo bajo la sien.

—¡Lord Wycliffe! —entonó Úrsula con voz melodiosa, como si no supiera que lo estaba abordando sin permiso—. Qué coincidencia tan afortunada. Justo estábamos comentando con Lady Corinne lo agradable que sería compartir una taza de té. ¿Nos acompaña?

Eric frunció el ceño. La idea de sentarse a tomar el té con aquella mujer le parecía tan atractiva como hundirse en arenas movedizas. Estaba a punto de rechazar la invitación con un gesto cortés —lo justo para no provocar un escándalo—, pero entonces sintió una mano aferrarse a su brazo.

Lady Corinne.

—Sería un honor, milord —dijo ella con voz suave, casi un susurro, mientras alzaba la mirada hacia él con una expresión tan familiar que le cortó la respiración.

Por un instante, Eric no supo dónde estaba. La forma de sus labios, el ángulo de la mandíbula, el tono exacto de sus ojos... todo en ella evocaba el rostro de Margaret. O al menos, el rostro que su memoria conservaba. No era igual, no del todo. Pero era demasiado parecida como para ignorarlo.

—Me temo que Lady Corinne ha estado ansiando conocerlo mejor —añadió la señora Morvan, acomodando una sonrisa encantadora en sus labios perfectamente perfilados—. Dice que le intriga mucho su historia.

Intriga. Qué palabra más útil. Y peligrosa.

Eric bajó ligeramente la mirada hacia Corinne. No dijo nada. Solo asintió una vez, como un soldado que se rinde en una batalla que no ha elegido.

—Será un placer.

Úrsula aplaudió con disimulada satisfacción.

—Estupendo. El salón está preparado. Le aseguro que no le robaremos demasiado tiempo.

Pero no llegaron a dar un solo paso cuando otra figura emergió en la plaza.

Ariel.

Venía sola. El abrigo entallado, la barbilla alta, el paso firme. También había sido convocada por el notario, y no esperaba encontrar allí a nadie más. Mucho menos esa escena: Eric del brazo de Lady Corinne y al otro lado, Úrsula, con una sonrisa perfectamente compuesta.

Y entonces ocurrió.

Úrsula, que nunca desperdiciaba una ocasión para administrar veneno con azúcar, alzó la voz con teatralidad calculada, como si dirigiera una obra cuyo clímax llevaba semanas esperando.

—Señorita Morvan —entonó, proyectando con precisión cada sílaba, haciendo que la oyera medio pueblo—, me complace informarle que ya no hay motivo para preocuparse por su... permanencia en Blackthorn Hall. El conde Delamere ha confirmado,

por escrito, que el señor Wycliffe es el legítimo propietario. Una carta muy clara, muy definitiva. Qué alivio, ¿no le parece?

Capítulo 15



Ariel no saludó a nadie. Subió las escaleras con pasos firmes, aunque su sombra parecía más frágil de lo habitual. Lucy, que la esperaba a medio tramo, con el ceño fruncido y la ansiedad mal disimulada, intentó detenerla.

—¿Ariel? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Ariel no respondió. Siguió andando. La joven sirvienta la siguió un par de escalones. —¿Quieres que te prepare un té? ¿O que...?

—No. —No alzó la voz, pero la orden fue absoluta.

Lucy se detuvo de inmediato.

Ariel cerró la puerta tras de sí con una calma que no sentía. Luego se quedó allí, con la frente apoyada en la madera, respirando hondo.

La habitación estaba como siempre. Pero ella no.

Se quitó el abrigo con un tirón seco y lo dejó caer sobre el diván. Las botas salpicadas de barro le parecieron ajenas al dejarlas en un rincón. El vestido, arrugado por el viaje y la tensión, le caía encima como un disfraz pesado. Lo desabrochó con dedos ágiles y lo dejó caer sin mirar atrás.

Solo cuando se quedó en camisa, con el corsé flojo y el cabello revuelto, se permitió alzar la vista hacia el espejo.

Y por un instante, no se reconoció.

La mujer del reflejo tenía los ojos abiertos de par en par, el rostro tenso, el cuello enrojecido donde había sido tocada. Había

rabia en su postura. Y dolor, también. Pero no ese que se llora. Sino el que muerde por dentro.

Se acercó al tocador y apoyó las manos sobre el mármol, como si necesitara anclarse. Se observó. Buscó en sus propios ojos una explicación que no halló.

¿Cómo había podido ser tan ingenua?

¿Cómo había podido, siquiera por un instante, creer que Eric Wycliffe la vería de verdad?

No era la carta lo que dolía. Que el conde Delamere favoreciera a Eric con una firma bastarda, que el notario lo legitimara con una sonrisa tibia, que todo el pueblo lo supiera, que Úrsula se divirtiera con ello... nada de eso era nuevo. Había crecido esperando poco del mundo. Sabía que la ley rara vez amparaba a mujeres como ella.

Lo que le dolía era la escena.

El brazo de Corinne enredado en el de Eric. La forma en que él no se apartó. No por cortesía, sino por algo más hondo, por ese amor que todavía guardaba para su difunta esposa. Por una comodidad que Ariel reconoció de inmediato, aunque no supiera nombrarla.

Familiaridad. Aceptación.

La misma aceptación que nunca vería dirigida hacia ella.

¿Y su expresión? No fue feliz. Ni victoriosa. Pero tampoco fue la del hombre que Ariel había conocido entre sus brazos. Era, simplemente, un noble cumpliendo su papel. Con Úrsula tejiendo su veneno en voz alta. Con esa mujer—idéntica a la que una vez amó—pegada a su costado. Y él... él no dijo nada.

No hizo nada.

¿Tan pronto se diluía el deseo? ¿Tan poco había significado?

Ariel se apartó del espejo como si este la hubiera escupido. Recogió su cabello en un moño desordenado. Se envolvió en una bata. Se sentó junto a la ventana, sin saber bien por qué. No pensaba llorar. Ni gritar. Ni maldecir.

Solo necesitaba silencio. Y tiempo.

Porque algo se había quebrado por dentro. Y no era el orgullo.

Era la esperanza.

Esa estúpida, diminuta esperanza que, contra toda lógica, había germinado dentro de ella desde el momento en que Eric la besó en la Fiesta del Deshielo. Desde que la miró con hambre. Desde que murmuró su nombre con voz temblorosa.

Esa esperanza... ahora tenía el sabor amargo de las cosas que nunca debieron florecer.



La casa de Úrsula Morvan olía a incienso de lavanda y almizcle. Un perfume denso, casi aceitoso, que parecía adherirse a la ropa y a la piel. No era una casa, pensó Eric al cruzar el umbral, era una cueva con cortinas de terciopelo.

El vestíbulo estaba iluminado por lámparas bajas de tulipa coloreada, que teñían de ámbar los rostros y deformaban los contornos. Las paredes estaban tapizadas en tonos granate y negro, cubiertas de cuadros religiosos y máscaras orientales que no parecían tener relación entre sí. Demasiado arte.

Lo condujeron al salón donde, como había dicho Úrsula, todo estaba preparado para tomar el té.

—Bienvenido al único lugar de Willowmere donde el té no sabe a mar y la conversación no huele a pueblo —Eric no respondió. Se limitó a inclinar ligeramente la cabeza y aceptar el asiento que le ofrecían, una silla tapizada con brocado negro y patas curvas, incómodamente parecida a un trono—. Espero que haya digerido bien la carta de esta mañana —prosiguió Úrsula, sirviéndole el té sin preguntarle si quería—. Yo siempre supe que todo terminaría poniéndose en su lugar. A los hombres rectos como usted... la justicia acaba por favorecerlos.

El veneno estaba ahí. Camuflado en cada palabra. No lo dijo, pero lo insinuó: *"La justicia favorece a los que lo merecen. No a las hijas bastardas."*

Eric fingió beber, pero el té sabía a rosas secas y a algo más amargo.

En ese momento, entró Lady Corinne.

La luz tenue la envolvía como un halo. Llevaba un vestido de muselina gris perla y el cabello recogido con flores oscuras. Su rostro, bajo la penumbra dorada del salón, le devolvió el aliento.

Por un instante, era Margaret. La misma expresión suave, la misma curva del mentón. Pero los ojos... los ojos no tenían luz. Eran pozos negros, serenos, pero vacíos. Como si en su interior habitara una réplica perfecta, desprovista de alma.

—Milord —dijo Corinne con una reverencia grácil—. Debe de estar aliviado ahora que sabe que, por fin, Blackthorn Hall es suya.

Eric se puso de pie, sintiéndose repentinamente fuera de lugar. Ella le ofreció la mano con un gesto antiguo, medido. Él la tomó, y el contacto fue leve, como si tocara papel de arroz.

—Lady Corinne ha oído hablar mucho de usted —añadió Úrsula con una sonrisa demasiado ancha—. ¿Verdad, querida?

—Me intrigan los hombres que pierden y ganan casas con tanta facilidad —respondió Corinne con dulzura letal, mientras se sentaba —. ¿Es cierto que jugó una partida de cartas por Blackthorn Hall?

Eric enarcó una ceja. No estaba acostumbrado a que lo trataran como un mito local. —Es cierto que la gané —dijo, sin más.

—Qué suerte la suya —murmuró Corinne, dejando caer los párpados como si esa suerte la entristeciera.

—No fue suerte —añadió Úrsula, alzando la copa con una sonrisa lenta—. Fue justicia. Un lugar como Blackthorn no podía quedar en manos de una... jovencita sin linaje. Y menos aún de una con semejante temperamento. ¿La ha visto? Ha entrado en la notaría sin detenerse siquiera a saludarnos. Como si la educación fuera opcional. ¡Y eso que he sido amable con ella!

Eric apretó la mandíbula. Su taza seguía casi intacta. Todo el ambiente le parecía irrespirable: las miradas, las flores, el humo leve de la chimenea, las palabras que no se decían.

—Una pregunta, si me permite, señora Morvan —dijo con una cortesía impecable—. ¿Cómo supo que acudiría hoy a la notaría? Y más aún... ¿cómo tuvo acceso al contenido de la carta?

El silencio fue breve, pero elocuente. Úrsula arqueó levemente las cejas, como si la pregunta la sorprendiera... aunque no

demasiado.

—Oh, querido Lord Wycliffe —respondió con una sonrisa que no llegó a los ojos—, en un lugar como Willowmere, los asuntos importantes rara vez son un secreto. El señor Pritchard es un viejo amigo de la familia. Siempre ha tenido la gentileza de mantenerme informada de... ciertos movimientos —Se encogió de hombros con estudiado desinterés—. Después de todo, no deja de ser una cuestión de interés local. Y me atrevo a decir que, como mujer de cierta relevancia en la comunidad, tengo derecho a estar al corriente. Al fin y al cabo, Blackthorn Hall no es solo una casa. Es un símbolo.

Eric no respondió de inmediato. Ni siquiera asintió. Pero el modo en que dejó la taza sobre la bandeja, con una precisión algo más firme de lo necesario, hablaba por él. Úrsula lo miró con esa mezcla de afectación herida y astucia mal disimulada que usaban las damas para envenenar sin dejar marca.

—Me sorprende, sin embargo, que su conocimiento de los asuntos locales alcance incluso los detalles legales —dijo Eric con frialdad medida—. Como, por ejemplo, la desaparición del contrato original entre el conde Delamere y la marquesa de Beaston.

Por primera vez, Úrsula parpadeó. Fue un gesto mínimo, pero revelador. Su sonrisa permaneció, aunque el brillo en los ojos azules se tensó.

—Oh... ¿eso? —dijo, como si comentara un cambio en el clima —. Me parece que hubo cierta confusión al respecto, sí. Algo de desorden entre los papeles del conde, si no me equivoco. Una lástima. Aunque, por supuesto, todo apunta ahora en una dirección clara, ¿no cree?

—¿Clara para quién? —inquirió Eric, sin moverse.

—Para la ley, por supuesto, y para usted. Debería alegrarse — respondió ella con un deje de falsa objetividad—. La marquesa, en paz descanse, nunca fue una mujer especialmente meticulosa. Confiaba demasiado. Y en asuntos de propiedad, eso rara vez termina bien. Me temo que su hija heredó esa misma... imprudencia.

Eric sintió que algo se agitaba en su interior. Un malestar nuevo, más agudo que antes.

—¿Y no le parece extraño que un documento de esa relevancia haya desaparecido justo ahora? —preguntó—. ¿Que no haya copia en la notaría ni en los archivos del conde?

Úrsula enarcó las cejas, como si aquello fuera una anécdota pintoresca.

—La vida está llena de casualidades, milord. A veces las piezas simplemente... encajan. Y otras, desaparecen —bebió un sorbo de su taza, con los ojos clavados en él—. Lo importante es que todo parece dirigirse a una resolución. Y usted ha sido favorecido por ella. Lady Corinne y yo le damos la enhorabuena.

Eric no respondió. No podía. Porque, por primera vez desde que llegó a Willowmere, empezaba a ver el contorno de algo más oscuro. No solo una disputa por una propiedad.

Una trampa.

Una maquinaria cuidadosamente aceitada para dejar a Ariel sin nada, sin memoria, sin justicia, sin voz. Para borrar del mapa a Ariel.

Y todos, todos parecían formar parte de ella: el notario silencioso, los rumores, las miradas en la plaza, y ahora Úrsula, con su té perfumado y sus verdades a medias.

Eric se reclinó hacia atrás, no en gesto de comodidad, sino como quien retrocede para observar mejor al enemigo. Y entonces lo vio.

Allí, en la alfombra al pie del sillón contiguo —uno tapizado en terciopelo verde oscuro, cargado de cojines bordados en oro—, asomaba una medalla de caza. Pequeña, pero inconfundible.

El león rampante del escudo de los Wycliffe relucía en la base de plata envejecida, con la inscripción grabada en latín que Eric conocía demasiado bien: *Virtus et Ordo*. La virtud y el orden. El lema de su familia.

Esa medalla no pertenecía a nadie más que a su hermano, heredero del ducado.

Sintió cómo algo se le helaba en el estómago. Esa pieza no estaba ahí por casualidad. Nadie del pueblo poseía ese emblema. Ni siquiera él llevaba ya consigo una copia, desde que había

abandonado su hogar años atrás. Pero su hermano sí. Siempre. El duque jamás perdía la ocasión de recordar quién era.

Eric no dijo nada. No se inmutó. Solo bajó la vista un segundo más, como si contemplara un detalle sin importancia. Y luego alzó de nuevo la mirada hacia Úrsula, que lo observaba con esa expresión ladina, como si disfrutara de un juego secreto al que él apenas acababa de ser invitado.

Entonces todo cobró sentido.

Su hermano. Úrsula. Corinne. El contrato perdido. La presión para quedarse en Willowmere. La oferta de ayuda, las insinuaciones. Nada había sido accidental. Blackthorn Hall no era solo una casa. Era el medio para deshacerse de Ariel, para sacarla de la vida de Eric como si nunca hubiera estado. Para corregir la desviación de un Wycliffe enamorándose de una bastarda sin apellido.

No lo estaban ayudando.

Lo estaban manipulando.

Y él había sido lo bastante estúpido como para no verlo venir.

Pero ya no.

No ahora.

Finalmente, se incorporó con una lentitud peligrosa. Ni brusco ni teatral. Solo firme. Como si algo dentro de él se hubiera asentado al fin, como si la columna vertebral de su voluntad —esa que había permanecido doblada durante años por el deber, el apellido y las apariencias— se irguiera de una vez por todas. Lo que había venido buscando desde Bath: su identidad.

Úrsula lo observó, aún con la sonrisa pintada en los labios. Pero por un instante, solo un instante, parpadeó con inquietud. Como si presintiera el cambio de tono en el aire. Lady Corinne se limitó a bajar la cabeza.

—Le diré algo, señora Morvan —dijo Eric, con voz baja, pero sin titubeos—. Hasta ahora me he esforzado por mostrarle respeto. Por jugar según las normas. Me he sentado en su salón, he bebido su té, he escuchado sus frases envenenadas como si fueran parte del folclore local. He fingido no notar su interés obsesivo por una casa que no le pertenece. Y lo más grave: he permitido que insulte a una mujer que ni siquiera está presente para defenderse. Pero no más —

Úrsula abrió la boca, como si fuera a responder con una de sus habituales ironías, pero él levantó una mano y la detuvo—. No he venido aquí para ser parte de su teatro. Ni del de mi hermano. Sí, lo sé —añadió, cuando vio cómo se le congelaba el gesto—. He visto su sello en esa medalla —Señaló el suelo—. Él ha estado aquí. Me imagino que han hablado de muchas cosas: de herencias, de apellidos, de reputaciones que hay que limpiar. De mujeres que es mejor apartar antes de que manchen los muebles de la buena sociedad —Se irguió aún más.—.Pero quiero que entienda algo, y escúcheme bien, señora: si cree que puede utilizarme como una pieza más en su pequeño ajedrez, ha elegido al hombre equivocado. Y si cree que Ariel Morvan va a desaparecer porque ustedes lo han decidido entre tazas de porcelana y contratos manipulados, entonces no conoce a Ariel. Ni a mí.

La mirada de Úrsula, por primera vez, no fue altiva. Fue gélida. Sibilina. Pero en el fondo, le temía. Porque los hombres como Eric no solían alzar la voz. Y cuando lo hacían, no retrocedían.

—¿Ha terminado, Lord Wycliffe? —preguntó ella, tensa, helada, sin fingir dulzura ya.

Él la miró como si pudiera verla por primera vez con claridad, sin el barniz de las normas sociales.

—No. Esto no ha hecho más que empezar.

Y sin una sola reverencia, sin un "gracias por el té" ni una palabra de cortesía, dio media vuelta y salió de aquella sala perfumada como si el lugar le repugnara. La puerta resonó con un golpe seco cuando se cerró a su espalda.

Capítulo 16



La cocina estaba en silencio. El reloj de pared marcaba una hora incierta —esas en las que el día parece haberse detenido—, y el último resplandor del sol teñía las ventanas de un dorado viejo, como si todo en la casa se hubiera cubierto de polvo.

Lucy estaba allí desde hacía rato. No revolvía nada. No cortaba verduras. No fingía estar ocupada. Solo esperaba. La cocinera solo venía por las mañanas, así que por las tardes ella solía hacer los trabajos más fáciles, pero ese día no podía.

Cuando por fin oyó los pasos, se irguió. No quiso girarse de inmediato, por miedo a que Ariel cambiara de dirección y subiera de nuevo a su torre.

Pero no lo hizo.

Ariel entró en la cocina sin mirar alrededor, con la frente alta, aunque sus hombros no lograban sostener del todo la misma arrogancia. Vestía una bata de lana gris sobre su camisón, y su cabello aún recogido hablaba de una voluntad que empezaba a flaquear.

—He calentado agua —dijo Lucy, despacio, como si hablara al aire—. Por si querías té.

Ariel no respondió. Caminó hasta la alacena y sacó una taza sin mirar cuál. La llenó de agua sola. Se sentó. Lucy la observó unos segundos más y luego se atrevió a acercarse. No frente a ella. No como quien reta. Se sentó al lado, de perfil, casi con timidez.

—Yo era todavía una niña, pero me recuerdas a tu madre —murmuró—. Cuando estaba dolida, también bajaba aquí, sin importarle su título de Marquesa, la recuerdo perfectamente —Ariel no dijo nada. Dio un sorbo al agua caliente y dejó la taza sobre la mesa con cuidado, como si el menor ruido pudiera romperla. Lucy la miró de reojo—. No te lo estoy diciendo para consolarte. Ni porque crea que te estás rindiendo —dijo, con un tono un poco más firme—. Es solo que... si dejas que ellos decidan por ti ahora, estarás repitiendo la historia de tu madre.

—No soy mi madre —replicó Ariel.

—Entonces demuéstralo.

Ariel alzó la vista hacia la ventana. El sol se estaba ocultando tras los árboles desnudos del jardín, y el cielo tenía ese color azul plomizo que precede al frío.

—¿Crees que aún hay algo que hacer?

—Sé que tú siempre encuentras algo que hacer.

Ariel bajó la mirada. Y por un instante —solo uno— dejó que su barbilla temblara. Luego lo contuvo. Bebió de nuevo, con lentitud. Y asintió. Sin palabras.



La puerta de la habitación principal del ala oeste estaba cerrada. Y no solo con pestillo. También con rencor. Y dignidad.

Eric se detuvo frente a ella. Había cruzado la casa como un ladrón, esquivando miradas, pasos, incluso su propio reflejo. Por un instante absurdo, deseó encontrarse con Lucy, con algún criado, con cualquiera que le preguntara qué pretendía... y obligarse, por fin, a responderse.

El pasillo olía a madera vieja, a cera reseca, pero sobre todo a ella. Siempre a ella. Esa fragancia tenue que no podía nombrar, pero que ahora parecía impregnada en los muros.

Alzó la mano. Dudó. Y golpeó, una sola vez.

Hubo una pausa. Luego, el leve crujido de una tabla. Y la voz de Ariel llegó clara, sin temblor, sin vacilación, como era ella.

—Vete.

—Solo quiero hablar —dijo él, sin alzar la voz.

—¿Para qué? ¿Para explicarme que te ves forzado a aceptar la casa, pero que me deseas igual? ¿O para contarme que no sabías que Úrsula anunciaría tu victoria en mitad del pueblo?

Eric inspiró hondo. Aquello dolía más que cualquier bofetada. Pero no la culpaba. La comprendía demasiado bien.

—No sabía que lo haría —respondió al fin.

—No sabías... nada —replicó ella, con una amargura perfectamente contenida—. Ni que el contrato se había perdido. Ni que el pueblo me quería fuera.

—Ariel...

—No. No me llames así. No esta noche.

—Creía... —dijo él entonces, con la voz baja—. Creía que habíamos dejado atrás el silencio. Que estábamos empezando a abrirnos el uno al otro. Que había algo más que... esto.

No hubo respuesta. Solo la madera. Solo el aire inmóvil entre ambos.

Pero ya no interpretó aquel silencio como antes.

Ariel no callaba por orgullo, ni por desdén. No era una maniobra, ni un castigo. Era una defensa. Un refugio. Una forma de protegerse... de él.

Y lo comprendió. La herida no era solo suya. La de ella también sangraba, aunque no se viera.

Se odió, por un instante, con una claridad insoportable. Por haberla herido. Por haber sido, sin quererlo, la causa de su repliegue. Por haberse equivocado con ella cuando más deseaba no hacerlo.

—Te han usado—continuó ella—. Y tú me has usado a mí. Qué pareja tan conveniente hemos hecho. La bastarda entregada. El noble redimido, con una casa robada como trofeo.

—Yo no quería esto.

—¿Y qué querías? ¿La casa? ¿A mí? ¿Las dos cosas, mientras el pueblo aplaude? No tengo nada más que decirle, lord Wycliffe —

añadió ella, con una serenidad que le heló la sangre—. Y usted tampoco debería tenerlo, ya ha ganado.

El silencio que siguió fue más cruel que cualquier palabra. Él no se movió.

—¿Sigue ahí?

—Sí.

—Pues márchese.

Y esta vez, lo hizo. No por orgullo. Sino porque quedarse habría sido peor. Porque el daño ya estaba hecho. Y porque Ariel, con cada palabra, le había recordado que el amor —si eso era lo que sentía— no bastaba si no iba acompañado de verdad, de lealtad y de elección.

A la mañana siguiente, la luz del amanecer entraba pálida por las ventanas, fría como la escarcha de marzo. Ni azul ni dorada, sino blanca. Enferma. De esas que no calientan nada.

Ariel bajó descalza, con la bata mal anudada y el cabello recogido en un moño deshecho que se había formado a base de noches sin dormir. No sabía si eran las seis, las siete, o si todavía era de noche. No sabía si le dolía más la cabeza, el pecho o el orgullo. No sabía nada. Solo que necesitaba moverse.

Cruzó la cocina sin mirar a la cocinera, que la había oído bajar, pero no dijo nada. La vieja tetera seguía sobre la estufa, aún con un poco de agua caliente. Ariel no se sirvió té. Ni leche. Solo tomó un poco de agua y se la llevó a la boca como quien cumple un ritual inútil.

Luego abrió la alacena. Harina. Sal. Manteca. Cogió todo sin pensar y lo puso sobre la mesa. Había visto a Lucy hacerlo mil veces. Habría creído que podía, al menos, repetir los pasos. Amasar. Dar forma. Crear algo.

Pero la masa se le pegaba a los dedos como si la culpara. Añadió agua. Después harina. Pero nada funcionaba. Era como si sus manos ya no supieran construir, solo romper.

Lucy entró con sigilo a la cocina, pero no se acercó. No todavía.

Ariel seguía amasando. Con los dientes apretados. Con la frente fruncida. Pero la masa no se ligaba. Se abría en grietas. Se le escapaba entre los dedos.

—¿Quieres que lo intente yo? —preguntó Lucy, en voz baja —Ariel no contestó—. No es culpa tuya que no funcione —añadió Lucy, suavemente.

La bola de masa cayó con un golpe sordo sobre la encimera. Ariel la miró. Luego la empujó hacia el cubo de desperdicios y la dejó caer sin elegancia.

Ni una lágrima. Ni una palabra. Solo un cuerpo inmóvil junto a la mesa, los brazos en el aire unos segundos más, como si no supieran a dónde volver.

—No quería llorar —dijo por fin. Su voz era casi inaudible—. No quería... volver a sentirme así. Invisible. Sobrante. Como cuando nadie preguntaba por mí. Como cuando solo era *la hija de una vergüenza*.

Lucy se acercó. Esta vez sí. Pero no la tocó.

Ariel cerró los ojos. Las lágrimas, finalmente, empezaron a deslizarse. Sin sollozos. Sin drama. Solo agua salada que llevaba años acumulada.

No lloraba por Eric.

No lloraba por la casa.

Lloraba por ella.

Por la niña que había creído, por una vez, que podía ser vista.
Y a la que, una vez más, le habían cerrado la puerta en la cara.

Eric, por su lado, había buscado refugio en la vieja biblioteca desde que regresó del despacho del notario. No había dormido. Ni un minuto. Había pasado la noche allí, entre estanterías polvorientas, como si los libros pudieran ofrecerle el consuelo que no encontraba en ningún rincón de la casa.

La carta de Delamere seguía sobre el escritorio. Abierta. Desplegada. Como una afrenta.

Una burla envuelta en cortesía legal.

"A falta de confirmación oficial, su versión resulta más ventajosa para el legado de la familia."

Eric apretó los dientes.

La muerte de la marquesa convertida en una oportunidad. La vida de Ariel, reducida a un error. Un borrón en los márgenes del

linaje que podía corregirse con una firma. Un apellido sin herencia. Una bastarda sin derecho a nada.

La chimenea crepitaba, aunque no por necesidad. La mañana era templada, y el fuego ardía únicamente para cumplir su propósito más antiguo: consumir lo que debía desaparecer.

Frente a él, tres hojas escritas con mano firme y sin titubeos:

Una dirigida a su hermano, el futuro duque.

Otra, al notario Pritchard.

Y la última, a Albert Hargrove, abogado en Londres. Un hombre ajeno a los juegos sutiles de Willowmere. Al menos, eso esperaba.

No escribió con calma. Tampoco con rabia. Redactó con la precisión de quien ha decidido. Cada palabra era un corte limpio. Cada coma, un golpe de intención.

A su hermano no le hablaba como un súbdito ni como un hijo menor. Le hablaba como un hombre. Y le advertía: si pretendía silenciar a Ariel en nombre del honor de los Wycliffe, tendría que enfrentarse a él primero.

Al notario le exigía —no pedía— una revisión exhaustiva de los registros de Blackthorn Hall. Le pedía que encontrara el documento perdido o las razones de su desaparición. No aceptaría respuestas vagas.

Y al abogado londinense, le solicitaba sin rodeos una investigación inmediata sobre cualquier vacío legal que permitiera impugnar la transferencia de propiedad.

Selló las tres cartas con lacre.

Se quedó observando el emblema rojo aún fresco. El león rampante de los Wycliffe. Heráldica. Mito. Vanidad. ¿Qué valor tenía ahora?

A un lado del escritorio yacía la carta de Úrsula. Una nota perfumada, elegante, escrita con tinta exquisita y veneno invisible. Una invitación a cenar. Una excusa para disculparse. Otra trampa tendida con guantes de encaje.

Eric la tomó entre los dedos. No dudó.

La arrojó al fuego. Y la vio arder. Lenta al principio. Luego con una voracidad que parecía viva.

Y algo en él, también, comenzó a consumirse con aquellas llamas: El

hijo obediente. El soldado complaciente. El noble que no incomodaba a nadie. El esposo adecuado. El viudo melancólico.

Cuando Lucy entró a anunciar que el desayuno estaba servido, él no se volvió.

Solo levantó la mirada.

—¿Ha salido de su habitación? —preguntó.

Ella negó con la cabeza. Pero no añadió nada sobre la visita a la cocina ni el temblor en la barbilla de Ariel. Algunas dignidades se respetan en silencio.

Eric no replicó. Solo asintió con un gesto breve.

Ariel Morvan no volvería a estar sola. No mientras él pudiera impedirlo.



El papel estaba en blanco. Y eso era lo que más miedo le daba. Porque Ariel Morvan nunca pedía ayuda. Nunca había necesitado escribir a Beaston Estate.

A su hermano.

A ese medio hermano, el hijo legítimo de su madre.

Pero ahora lo hacía. No como súplica, sino como reclamo de justicia.

Sumergió la pluma en el tintero y empezó a escribir.

"Beaston Estate, 16 de marzo de 1792

Mi señor hermano,

Sé que esta carta lo tomará por sorpresa, como todo lo que proviene de mí suele hacerlo. Pero no la escribo con amargura. La escribo con necesidad. Y con dignidad.

Como heredera de Blackthorn Hall, me veo obligada a informar de que mi derecho está siendo impugnado por medios que no son ni legales ni justos. El contrato de compraventa firmado por nuestra madre con el conde Delamere ha desaparecido. En su lugar, un noble lo reclama como propio. Y el pueblo entero aplaude.

No le pido favores. Ni compasión. Le exijo que cumpla con lo único que nos une: el apellido de una mujer que fue su madre tanto como mía.

Si no por mí, hágalo por ella.

Ariel Morvan."

Firmó con trazo limpio y dejó secar la tinta con cuidado, sin prisa, sin temblor. Luego dobló la hoja, la metió en un sobre y lo selló con el único lacre que conservaba: un resto de cera sin escudo, sin heráldica, solo rojo, solo suyo. No se quedó mirando la carta, como Eric había hecho con las suyas. No lo necesitaba.

Sabía exactamente lo que estaba enviando: una declaración de guerra, y también de existencia. No era orgullo lo que le había impedido escribir antes, ni testarudez. Era costumbre. Costumbre de resistir sola, de pelear sin testigos, de no deberle nada a nadie para que nadie pudiera reclamarle nada. Pero aquello... aquello ya no era solo una pelea personal. No era solo su hogar lo que estaba en juego: era el derecho de existir, de contar, de ser nombrada. La memoria de Athenea.

Y si para defender esa verdad tenía que usar el apellido que tanto le dolía: Beaston. Lo haría.

Capítulo 17



Habían transcurrido tres días desde la escena en la notaría.

Tres días de puertas cerradas. De pasos sigilosos. De un mismo techo compartido, aunque no una sola mirada. Ni una palabra.

Tres días sin Ariel.

Tres días sin Eric.

Aunque ambos seguían allí.

Él solía marcharse por las mañanas. A veces a caballo, como si pretendiera perderse entre campos que no le pertenecían; otras, se encerraba en el despacho, rodeado de papeles que Lucy no se atrevía a tocar, aunque los recogiera al final del día. No volvió a llamar a la puerta de Ariel. Tampoco volvió a preguntar por ella.

Ariel permanecía en la torre. No como antes, no como la mujer que había bajado de ese mismo lugar con la cabeza alta y los ojos encendidos tantas veces. Ahora era distinta. Más callada. Más ausente. Subía al acantilado, pero no se emocionaba. Lustraba las hebillas de sus botas, pero dejaba las camisas sin abotonar. Seguía siendo Ariel. Pero como si el mar, ese mar que siempre la había nombrado, hubiera olvidado su nombre.

Cuando Flinn regresó, tras resolver sus asuntos en el *Wind Serpent*, fue Lucy quien abrió la puerta.

—¿Cómo está? —preguntó él antes de saludar.

La muchacha tardó en contestar. —Respira. Come. Duerme. A su modo.

—Eso no me dice nada —Flinn frunció el ceño.

—Lo sé —murmuró Lucy, bajando la mirada—. A mí tampoco. Y eso es lo que me asusta.

—¿Pero qué ha ocurrido?

Lucy no respondió de inmediato. Cerró la puerta con delicadeza, como si temiera que el ruido pudiera terminar de romper Blackthorn Hall.

—Fue en la notaría —dijo al fin, en voz baja—. El señor Wycliffe recibió una carta del conde Delamere. En ella se le reconocía como legítimo propietario de Blackthorn Hall. Solo faltaba la firma del conde para formalizar el traspaso. Dicen que no tardará en venir.

Flinn se quedó inmóvil. —¿Y Ariel? ¿Estaba presente?

—Lo escuchó todo. Pero no fue solo eso... La señora Morvan aprovechó la ocasión para humillarla, en mitad de la plaza, delante de medio pueblo. Y lord Wycliffe... no hizo nada. No dijo una sola palabra en su defensa. E iba cogido del brazo de esa extraña joven... lady Corinne.

Flinn apretó los labios, y un destello de cólera le cruzó la mirada. —Claro —masculló—. El señorito habrá pensado que los modales valen más que la dignidad de una mujer. Que los sentimientos de Ariel.

—Milord lo intentó... después. Pero fue tarde. Y ella no lo dejó pasar. Ni al salón, ni a su cuarto. Desde entonces no se han cruzado una sola vez.

—¿Y qué ha hecho el caballero de cartón?

—Ha mandado cartas. No sé a quién . Y.… ha quemado una invitación de la señora Morvan. No preguntes cómo lo sé. Lo vi.

—¿Y ella?

—Ella... ya no es la misma. Está distinta. Como si algo dentro de ella se hubiera replegado. Como si se hubiese rendido a una verdad que no ha elegido.

Flinn respiró hondo. Se quitó los guantes con lentitud, los guardó en el bolsillo. Su rostro había cambiado: seguía siendo el mismo, fuerte y afable, pero ahora tenía un aspecto distinto, más tenso, más grave. Dolor. Dolor por Ariel.

—¿Dónde está?

—En el jardín trasero. Hace frío, pero no ha querido entrar.

—Gracias, Lucy —dijo él, con una voz tensa, más ronca de lo habitual—. Lo que ha hecho ese hombre... no va a quedar así.

Lucy lo vio alejarse con pasos largos y decididos. Flinn no era un noble. No era un caballero. No tenía tierras, ni un título que ofrecer. Pero Ariel... Ariel era su hogar.

La conocía desde que tenía memoria, desde que ambos corrían por los acantilados y se empapaban de sal y viento. La había visto reír, gritar, pelear, resistir. Y en algún momento —sin saber cuándo ni cómo— su vida se había anclado a la de ella.

No tenía un apellido ilustre que defender, pero sí algo mucho más hondo: el derecho de proteger lo que amaba. A veces, Lucy pensaba que Ariel sería más feliz si pudiera enamorarse de él.

Flinn cruzó el jardín con paso firme. El césped estaba húmedo, y el aire, gélido. Las ramas de los rosales pelados crujían con el viento. La encontró sentada en el banco de hierro forjado junto al muro cubierto de hiedra, envuelta en su capa azul oscuro, las manos en el regazo, la vista perdida en el horizonte.

Por un momento, no dijo nada. Solo la miró.

Ariel no era frágil. Nunca lo había sido. Pero había algo en su postura que lo inquietó. Como si incluso su rebeldía se hubiese apagado.

—Así que esta es tu idea de calidez hogareña —bromeó Flinn, deteniéndose a su lado—. Sentarte a congelarte los huesos con cara de estatua.

Ella no respondió enseguida. Bajó los ojos un segundo, y luego alzó la mirada hacia él, con una sonrisa apenas insinuada. —Flinn, has vuelto.

—Sí, pero lo que me preocupa es que ya no te importa. No hay saltos, ni abrazos ni risas. ¿Qué ocurre?

Ariel suspiró. Se apartó un mechón del rostro y lo miró con los ojos húmedos. —La gente del pueblo quiere borrarme, Flinn. Quieren que me diluya, que me evapore como si nunca hubiera existido, como el error que creen que soy.

—Esta maldita obsesión por aferrarte al legado de tu madre te está convirtiendo en algo que no eres, Ariel. Tú no perteneces a Willowmere ni a esa panda de muertos vivientes bien peinados que

te miran como si no valieras nada. Sabes muy bien que tu padre sigue en alta mar. Y yo puedo llevarte con él. Tu vida no está aquí. Vamos. Zarpemos hoy mismo. Tu padre me pidió que viniera a ayudarte, y eso es lo que pienso hacer. Nos iremos, digas lo que digas. Y si hace falta, te ataré yo mismo con un nudo de ballestrinque y te cargaré hasta el barco.

—No es solo por ella, Flinn. Es por mí. Por lo que viví en esta casa cuando era niña. Por cada vez que vi a mi madre fingir que no le dolía el desprecio, tragarse en silencio las miradas, los gestos, la indiferencia. Por lo que yo misma soporté siendo una bastarda que no sabía dónde encajar, que aprendió demasiado pronto a no pedir nada, a no esperar nada. Esto no es solo el legado de mi madre. Es mi historia también. Y no voy a huir de ella. Quiero quedarme. Quiero demostrarles —y demostrarme— que valgo, que no soy un error ni una mancha que deba borrarse. Solo quiero justicia. Porque sé que mis padres cometieron errores, pero yo no tengo la culpa. Y, aun así, he pagado por ello toda mi vida —Flinn se sentó a su lado y la miró con renovada comprensión—. Todo esto ha sido orquestado desde el principio, cada movimiento calculado. Úrsula lo ha manejado todo: el juego de cartas, la compraventa, incluso la carta del conde. Y me atrevo a pensar que también a él, a lord Wycliffe, lo trajo aquí por diseño. Nada ha sido casual. Nada.

—Entonces haré lo que debería haber hecho desde el principio. Echaré al figurín con pañoleta a patadas. Lo arrastraré por las orejas hasta la frontera del condado si hace falta.

Ella lo miró, sorprendida. Y, de pronto, rio. No una carcajada, ni una risa luminosa como antes. Pero sí un sonido real, vivo, que rompió el aire como una chispa. —Eso le haría mucha gracia. Seguro que le encantaría pelearse contigo. Quizás así podría justificarse un poco.

Flinn la observó, sin decir nada, como si ese pequeño destello fuera un regalo. Como si ver su sonrisa —aunque algo rota— lo anclara de nuevo al mundo.

—Te echaba de menos —murmuró él—. No así. No encerrada. Te echaba de menos a ti, Ariel. A la que no le importa reír con la boca abierta o pelear por lo que cree.

—Tal vez esté solo... descansando.

—¿De qué?

—De luchar.

Flinn iba a responder cuando un sonido rompió el silencio del jardín: cascos sobre la grava, ruedas que crujían al detenerse. Ambos alzaron la vista al mismo tiempo.

Un carruaje negro, elegante, pero sin florituras, acababa de detenerse frente a la entrada de Blackthorn Hall, y llevaba un emblema rojo con un dibujo de león. Del pescante bajó un cochero con librea gris oscura, y en cuanto la puerta del vehículo se abrió, descendió un hombre alto, de porte severo, con una capa larga y el cabello rubio recogido con sobriedad, tirante.

—¿Y ahora qué demonios quiere ese? —murmuró Flinn, entre dientes.

—Recordarle a su hermano que debe librarse cuanto antes de la bastarda pelirroja; borrar la mancha —replicó Ariel, con una media sonrisa que no le alcanzó los ojos.

Ariel no desvió la vista del carruaje.

Eric apareció en el umbral segundos después, sin abrigo, pero con la espalda recta y la mirada tensa, como si ya supiera lo que le esperaba. Caminó por la grava con paso contenido, sin prisa, sin mostrar sorpresa, aunque el gesto le había cambiado. La mandíbula apretada. El entrecejo fruncido. Ariel lo observó desde la distancia, con rigidez.

—Tu señorito va a tener que elegir —masculló Flinn a su lado—. Y más le vale no equivocarse esta vez.

Ariel no respondió.

Frente al carruaje, Eric se detuvo.

—Hermano —saludó, sin una pizca de calidez.

Henry Wycliffe giró el rostro hacia él con lentitud, como si el mundo entero estuviera allí para entretenerlo. Llevaba guantes negros de cuero, y se los quitó con esa elegancia afilada de los hombres acostumbrados a que todo les pertenezca. Su sonrisa era una línea apenas curva, contenida, pero arrogante.

—Ah, Eric. Al fin el poeta del deber se digna a salir de su encierro. ¿No vas a darme la bienvenida? ¿O temes que esta casita

de campo se te venga abajo si te abrazo?

—¿A qué has venido? —preguntó Eric, sin moverse.

—A responderte personalmente la carta que me mandaste. ¿O acaso creías que no ibas a provocar consecuencias? —Henry alzó una ceja y se acercó un pasó más a él—. "Si intentas pasar por encima de ella, te enfrentarás a mí". Muy heroico. Muy dramático. Casi pensé que habías empezado a escribir novelas.

Eric se tensó, pero no respondió al sarcasmo. Caminó a su lado en silencio, con la mandíbula apretada, hasta llegar a la entrada principal. —¿Y qué esperas encontrar aquí? —preguntó al fin, sin mirar a su hermano—. ¿Una rendición? ¿Una firma? ¿O acaso has venido a disfrutar del momento en que la mires a los ojos mientras la desalojas?

—He venido a recordarte quién eres —respondió Henry con suavidad, casi con afecto fingido—. Siempre fuiste el hijo obediente. El segundo. El que callaba, el que no creaba problemas —Se volvió hacia él con una media sonrisa cargada de intención—. Pero ahora... ahora pareces peligrosamente empeñado en proteger a esa bastarda pelirroja, atreviéndote incluso a desafiarme.

Se detuvieron ante la puerta. Eric la abrió sin dirigirle la vista. —No vuelvas a hablar de ella así.

—Entonces no la pongas en el centro de todo, no me escribas haciéndote el héroe en su nombre —replicó Henry con calma, cruzando el umbral de Blackthorn Hall como si le perteneciera desde siempre—. Puedes quedarte con la casa, si tanto la deseas. Pero ella debe marcharse. No permitiré que arruines nuestro apellido con una mujer de tan baja ralea.

Eric cerró la puerta tras ellos, como si cerrara también un límite invisible. Uno que estaba dispuesto a no dejar cruzar por mucho tiempo más. No ofreció asiento cuando llegaron al salón. Henry se sentó igual, con cierta cara de asco hacia el lugar. Se quitó la capa y la dejó sobre el respaldo del sillón con una lentitud casi teatral, como si temiera que se le ensuciara.

—¿No tienes brandy? Al menos para no congelarme mientras me sermoneas.

Eric no se movió. Permaneció de pie, con una mano apoyada en la repisa de la chimenea, la otra cerrada en un puño. —No he escrito esa carta para suplicar. Ni para disculparme. La escribí para advertirte. Ella no va a marcharse.

—Ella —repitió Henry, con sorna—. Tiene nombre, supongo. ¿O prefieres seguir usando pronombres para no comprometer tu reputación?

Eric no cayó en la provocación. —No tengo intención de echarla a patadas. No después de lo que ha soportado. Y no mientras yo pueda evitarlo. Por cierto, has venido muy rápido desde Bath. ¿O estabas por aquí?

—Sabía que lo notarías —Henry dejó escapar una breve risa, seca y sin humor—. Estaba en la casa de campo de lady Morvan, a las afueras de Willowmere. Me ofreció su hospitalidad después de un encuentro casual, o quizás no tan casual por su parte.

—Así que tú y la señora Morvan... —Eric alzó una ceja, sin molestarse en disimular el asco.

—Ella y yo tenemos intereses comunes. Ella no quiere que la hija bastarda de su esposo viva aquí y yo no quiero perderte a ti. Creí que necesitabas dirección. Claridad. Solo estoy aquí para asegurarme de que este trofeo que has ganado en una partida de cartas no se convierta en tu perdición —Eric apretó un poco más el puño—. Te fuiste de Bath huyendo de un fantasma, de Margaret. Pensé que volverías cuando te cansaras de jugar al viudo desesperado. Pero en lugar de eso, me entero de que estás metido hasta el cuello en un escándalo rural con una bastarda de ojos azules y temperamento inestable.

—Cuidado con lo que dices —advirtió Eric, con voz baja.

Henry lo ignoró. —No te niego que te quedes aquí si es lo que quieres. Si prefieres el barro y los acantilados antes que las recepciones en Mayfair, adelante. Vístete de lino crudo y recoge hiedra si te hace feliz. Pero no puedo permitir que una mujer como ella se quede contigo. ¿O ya has olvidado quién es su madre? ¿Lo que pasó en esta casa? Si esta historia llega a Bath, manchará nuestro buen nombre y nuestra reputación.

—¿De qué estás hablando?

—Vamos, lo sabes de sobras —dijo Henry, con fingido hastío—. Aquí todos parecen saberlo. La versión decorada, claro. La marquesa que se encaprichó de un caballero, de un capitán y dio a luz a escondidas. Qué conmovedor. Pero en Bath... en Londres... eso no bastará. Los rumores llegarán con otro tinte. Hablarán de una hija ilegítima criada sin moral, sin freno, con un temperamento heredado y una sangre que nunca debió mezclarse con la nuestra.

—Eso es mezquino incluso para ti.

—Es realista, Eric. Lo has visto tú mismo: aquí ya la juzgan. Pero en Bath... en Bath la destrozarán. Y a ti con ella y luego me salpicará a mí —Henry se detuvo un momento, como si ofreciera un consejo bienintencionado—. Ella no puede, bajo ningún concepto, unirse a ti. Al menos no de forma oficial. En la cama... haz lo que te plazca.

Eric dio un paso al frente, y por un instante la contención se quebró. Tenía el rostro encendido y los ojos brillantes de una furia que apenas lograba dominar. —¿Por eso lo de la doble de Margaret? —dijo con la voz baja, peligrosa—. ¿Fue idea tuya? —Inspiró hondo —. ¿Cómo has podido caer tan bajo, Henry? Unirte a una mujer como Úrsula... y utilizar a una joven —¿huérfana, tal vez?— para disfrazarla de mi esposa muerta.

—¿Bajo? —Henry alzó una ceja, imperturbable—. No, hermano. Pragmático. Tú estás dispuesto a arruinarlo todo por una pelirroja sin nombre, una joven sin posición, sin apellido, sin futuro. Alguien tiene que pensar con la cabeza en esta familia, y como siempre, me ha tocado a mí. Lady Corinne no es ninguna huérfana. Su padre es comerciante, un hombre respetable y, dicho sea de paso, buen amigo mío. Puede que no sea realmente sobrina de Úrsula —concedió con desgana—, pero tampoco es una bastarda recogida del barro. Tiene modales, tiene presencia, tiene lo necesario y sé que te remueve por dentro porque amaste a Margaret y ella es demasiado parecida. Cásate con Corinne, Eric. Es una opción que yo te he puesto en bandeja. Quédate con esta casa si te empeñas, trae a la muchacha aquí y haz con ella lo que desees, pero hazlo bien. Eres un soldado, fuiste un buen esposo... incluso un buen hermano. No lo estropees ahora. No destruyas tu vida por una mujer que solo te

arrastrará al escándalo. Sabes perfectamente que padre te desheredará, te repudiará sin pestañear, y yo... me veré obligado a hacer lo mismo.

—No vine aquí por una casa, Henry —lo ignoró Eric.

—Lo sé —replicó él con una sonrisa ladeada—, viniste huyendo.

—Vine a encontrarme a mí mismo. Y ¿sabes qué? Quizás he descubierto que el apellido no me importa tanto. Ni la reputación tampoco. Dicho de paso, ni siquiera me importas tú.

Henry frunció los labios, pero mantuvo el aplomo. —No necesito importarte, Eric. Solo te propongo que actúes como lo que siempre fuiste: un Wycliffe. No un héroe, no un mártir. Ni siquiera un soldado. Solo un hombre que entiende que hay sacrificios inevitables. Y ella... no es una opción. No si pretendes conservar algo de lo que fuiste.

—Quizá no quiero conservarlo —respondió Eric, con la voz firme y la mirada fija—. Tal vez ya no me sirve.

Henry lo observó en silencio, largo rato. Su expresión era indescifrable, salvo por un leve destello de decepción —o quizá lástima— en su mirada. —Entonces haz lo que quieras. Pero no digas que no te lo advertí. Cuando todo esto se venga abajo, no vengas a mí en busca de un salvavidas. Porque no pienso lanzarte ninguno —Se levantó del sillón, cogió su capa—. Por cierto, Úrsula ya ha empezado a hablar. Tal vez no directamente. Pero ya sabes cómo funcionan los hilos del escándalo. Una historia contada en la casa correcta... y Ariel Morvan no podrá pisar ningún salón. Si la eliges a ella, eliges desaparecer.

—Entonces desapareceré —dijo Eric, clavando sus ojos grises en los de su hermano mayor—. Pero te pido una sola cosa. Aléjate de la señora Morvan. No necesitas alianzas para ganar. Y en cualquier caso... no ganarás.

—Tranquilo, ya estoy harto de la salitre. Hoy mismo parto a Bath. Pero, dime ¿lo haces por caballerosidad? ¿Por redención? ¿O simplemente porque te ha calentado la cama? —Henry alzó una ceja, divertido, como quien lanza una bomba solo por diversión.

—Te aconsejo que no repitas eso jamás.

—Ah —Henry sonrió—. Entonces es eso. Ya lo entiendo todo. Has caído. No en la tentación, Eric. En el amor. Qué vulgar. Qué... devastador. No te ha bastado un revolcón, la quieres como deberías querer a una dama de buena cuna. ¿Cómo has podido?

—Tú no sabes nada de ella.

—Sé lo suficiente.

—Estoy dispuesto a recuperar lo que soy —corrigió Eric—. Algo que tú perdiste hace mucho tiempo, no eres más que una marioneta de padre, un muñeco vestido de duque.

—¿Y qué eres tú, entonces? ¿Un héroe de novela barata? ¿Un mártir? ¿Un caballero enamorado?

—No. Soy un hombre que se ha cansado de vivir para complacer a un apellido vacío y a un hermano que solo sabe mandar cartas en nombre de un honor que no entiende.

—Entonces has elegido.

—Sí.

—Y has elegido perder.

—No del todo.

—Te estás cavando tu propia tumba.

—Quizás —dijo Eric—. Pero al menos será mía. No una que tú hayas elegido por mí.

Henry se detuvo. Inspiró despacio. Su rostro volvió a endurecerse en una máscara de control absoluto. Se colocó la capa por encima de los hombros.

—Espero que ella valga todo esto.

Eric no respondió. Solo observó mientras su hermano mayor cruzaba la puerta del salón, sin un adiós, sin una palabra más. Sabía que no volvería a verlo en muchos años, quizás nunca más. Cuando el sonido de sus pasos se perdió en el pasillo, Eric se dejó caer en el sillón más cercano. Se llevó una mano al rostro. Y por primera vez en días, respiró hondo.

Capítulo 18



El carruaje de Henry ya se había perdido más allá del camino principal. Lucy, desde la ventana del pasillo, lo vio marchar con alivio. Ariel, en cambio, solo sintió que algo le ardía en el estómago y le subía por la garganta: todo lo que no había dicho.

No esperó. —Un momento, Flinn.

Cruzó el jardín con pasos firmes y entró en la casa sin mirar a nadie, no se detuvo hasta llegar al salón de visitas. Eric estaba solo. Sentado en el sillón. Se giró al oírla entrar, y algo —quizás esperanza, quizás miedo— se movió en sus ojos.

—¿Te ha gustado la visita? —preguntó Ariel con voz cortante—. ¿O solo ha venido a recordarte tu apellido?

—Ha venido a recordarme todo lo que ya no quiero ser.

—¿Y lo has echado? ¿Así de fácil?

—No —respondió Eric, sin levantar la voz—. Así de firme.

Ariel apretó los puños. Caminó hasta quedar frente a él. —Dime algo, Eric. ¿Cuándo has decidido que estás de mi parte? ¿Antes de saber que Corinne era una farsa? ¿O solo cuando descubriste que tu hermano jugaba contigo como con una ficha más?

—Lo supe el día en que te vi vendiendo lazos en la Fiesta del Deshielo. Lo confirmé cuando te besé en la playa. Y hoy... hoy solo he dicho en voz alta lo que mi alma ya había decidido hace tiempo, pero me negaba a aceptar. No quiero este apellido, Ariel, si conservarlo significa perderte a ti. Lo creas o no.

—¿Y si Corinne no hubiera sido una mentira? —Ariel tragó saliva. El corazón le latía con fuerza, no por la emoción, sino por el miedo de creerle—. ¿Y si todo hubiera sido real? ¿Habrías dudado?

—Con Margaret nunca sentí lo que siento por ti —Eric alzó la vista hacia ella, sin una pizca de evasiva—. Ni una chispa. Con Corinne, ni siquiera lo intenté. Pero contigo... contigo todo arde. Me quema no tocarte. Me consume no poder hablarte, no poder mirarte. No quiero vivir otra vida que no te incluya, aunque tu ya no me quieras. O no me hayas querido nunca.

—¿Y qué harás ahora? —preguntó Ariel sin furia, como si se hubiera aliviado un poco—. ¿Desafiarás a tu hermano? ¿Renunciarás a tu herencia? ¿Por mí?

—Exactamente. Por ti. Y por mí. Porque también quiero ser libre —Eric se levantó del sillón y se acercó a ella—. Y porque, por primera vez, no quiero obedecer a nadie más que a mí mismo. La guerra, el matrimonio arreglado, el linaje... todo fueron imposiciones. Pero tú eres mi elección, Ariel Morvan.

Ella lo miró. Por un instante pareció que iba a golpearlo. Pero lo que hizo fue más peligroso: lo besó. Fue un beso que olía a mar y a ira, a invierno contenido y a palabras no dichas. Él la tomó por la cintura, ella lo apretó por la nuca. Por unos segundos, el mundo se volvió uno: sus cuerpos, su pasado, su presente. Se besaron con más amor y menos pasión, con más comprensión y menos curiosidad. Se besaron como dos personas que se empiezan a amar.

Y no sabían que Flinn los estaba mirando. El aire le supo a óxido. Dio un paso... pero Lucy lo sostuvo por el brazo.

—No —susurró ella.

—Él no la hará feliz —masculló él, con los ojos vidriosos.

—Tal vez no la haga feliz como tú lo harías, Flinn. Pero es la decisión de Ariel.

Él no respondió. Solo se apartó de la puerta y se retiró, pero no se marchó de Blackthorn Hall. No hasta asegurarse de que Ariel estaba a salvo, segura, feliz.

—No quiero que esto sea un instante robado, Ariel. Quiero construir algo contigo. No sé cómo se hace, pero estoy dispuesto a

aprenderlo todo, desde el principio —dijo Eric, aún en el salón de visitas, con Ariel entre sus brazos, ya sin testigos.

—No eres el único que no sabe —murmuró ella, apoyando la frente contra su pecho.

Eric la rodeó con los brazos, y por un momento ninguno de los dos dijo nada. Solo permanecieron así, respirando el mismo aire, compartiendo el mismo latido. Abrazados sin prisas, sin rabia, sin pasión desmedida.

—He escrito al señor Pritchard —dijo él, en voz baja, como quien confiesa algo íntimo—. Le he exigido que revise de nuevo todo el proceso de compraventa. Y también he contactado con un abogado en Londres. Albert Hargrove. Es independiente, sin vínculos con los Wycliffe ni con los Morvan. Lo hará bien.

Ariel alzó la cabeza para mirarlo.

—¿De verdad me estás ayudando?

—Es lo correcto. Lo que debería haber hecho desde el principio. Solo quiero enmendar mis errores, Ariel. Te comprendí mal, no te defendí cuando más lo necesitabas, y me dejé guiar por los principios vacíos de un noble idiota. Pero ahora... ahora sé quién eres. Sé quién quiero ser. Y también sé por qué —y por quién— quiero luchar.

—Eric... —lo volvió a besar, un beso corto—. Yo también pedí ayuda —confesó ella, apartándose ligeramente—. A mi medio hermano. El marqués de Beaston. No quería hacerlo. No quería que él supiera lo mal que estoy. Pero... si esto va a escalar, necesitaremos más que voluntad.

Eric asintió. No pareció molesto. Solo más cansado. Más consciente. —Me parece bien, Ariel. Pero te diré algo con toda claridad: si lo que quieres es esta casa, si es tuya por derecho, puedes tenerla ahora. Te la entrego con gusto. Como lo haría con todo lo que poseo. No por compasión. No por deuda. Porque... te quiero.

Se besaron de nuevo, perdonándose, comprendiéndose, hablando sin hablar.

—No quiero tu regalo, Eric —dijo ella en cuanto se separaron—. No quiero esta casa porque tú me la cedas. Quiero que se sepa que

me pertenece. Que siempre fue mía. Que no la robé ni la obtuve de un hombre que se apiadó de mí. Quiero que Willowmere lo vea. Quiero ganarlo ante ellos. Quiero justicia. Pública. Limpia. Aunque me cueste el alma.

Él no discutió. Solo la miró como si acabara de enamorarse de nuevo. —Entonces la ganaremos —dijo, y volvió a besarla. Esta vez más despacio, sin prisas. No había desesperación, ni necesidad urgente. Solo entrega. Reconocimiento.

—Pero para eso necesito que aceptes una invitación de Úrsula. Una velada, quizá con algunos asistentes más. Cuando llegue el conde Delamere... —Eric dudó apenas un instante—, todo tendrá que quedar claro. Y no solo para él, sino para todo Willowmere.

Eric se separó un poco, lo justo para mirarla a los ojos. —¿Quieres que actúe como si nada? ¿Qué me ponga uno de mis levitas y sonría como si no hubieran jugado con nosotros?

—No —respondió ella con suavidad—. Quiero entrar en su casa sabiendo que ya no puede hacerme daño. Que no estoy sola. Y que esta vez... no será ella quien dicte las reglas.

Eric guardó silencio. En su interior, la palabra *venganza* titiló como una vela. Pero no era venganza lo que quería. Era algo más limpio. Más difícil. Justicia.

—Aceptaré —dijo por fin él.

Ariel asintió, como si no esperara otra respuesta. —Gracias —susurró.

—No me des las gracias aún —respondió Eric, con una media sonrisa—. Aún no hemos ganado.

—Lo haremos —dijo ella, con una certeza que no sabía de dónde salía, pero que nacía de lo más hondo, como si se hubiera fortalecido de repente, dejando atrás esos días en los que casi se deja vencer, dándose cuenta de que Eric le importaba mucho más de lo que había admitido, que su alianza la volvía más fuerte—. Juntos.

Y entonces se besaron una vez más, no como enemigos reconciliados, ni como amantes desesperados, sino como dos almas que, por fin, caminaban hacia el mismo lado.



Su vestido no era ostentoso, pero sí provocador: verde oscuro, entallado, con un escote discreto y mangas ajustadas hasta el codo. Nada de volantes, nada de encajes inútiles. Su pelo iba recogido de forma imperfecta, dejando mechones sueltos como si acabara de salir de una tormenta... y quizá era cierto. Porque esa noche no era una dama: era una pirata disfrazada de invitada. Y no pensaba fingir lo contrario.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Flinn, cruzado de brazos mientras la miraba desde la puerta.

—He sobrevivido a tormentas peores —respondió Ariel sin sonreír, ajustándose el chal sobre los hombros.

—Me alegra verte así otra vez —murmuró él. Y no era mentira. Había algo en su postura, en la luz de sus ojos, que parecía más feroz que nunca y Flinn, a pesar de todo, se alegraba por ello.

Lucy asintió desde la escalera. —Si alguien puede cambiar las reglas del juego esta noche... eres tú. Es tu momento, amiga.

Ariel no respondió, pero agradeció esas palabras por dentro. Bajó los últimos escalones con paso firme y, sin vacilar, se cogió al brazo de Eric, que la aguardaba junto a la puerta. No llevaba guantes ni espada —nada que gritara autoridad ni desafío—, pero su expresión bastaba como escolta. En su rostro no había cortesía ni gentileza. No necesitaba una empuñadura ni un uniforme para imponer respeto. Bastaba con su sola presencia, erguida y silenciosa, para dejar claro que quien se atreviera a tocar a Ariel, siquiera con una palabra, habría de vérselas con él.

Ambos llegaron la mansión de la señora Morvan en un carruaje sobrio, en el que apenas habían hablado. La casa estaba iluminada como una ópera: dorada, excesiva, expectante. Desde el jardín llegaba música en vivo, y los carruajes seguían llegando con miembros del círculo más cerrado de Willowmere. La invitación era

privada. Para los nombres correctos. Las caras correctas. Pero Ariel no lo era.

El conde de Delamere había llegado esa misma mañana, y de ahí todo el boato repentino, la prisa por vestir de terciopelo y fingir civilidad. Su presencia explicaba las invitaciones formales, el despliegue de carruajes y el brillo forzado en las miradas del pueblo. Pero para Ariel y Eric, aquellos días previos habían sido otra cosa.

Habían sido tregua.

Días sin amenazas ni papeles, sin sobresaltos ni cartas selladas. Días de conversación y de silencio compartido. De conocerse sin el peso de la propiedad entre ellos. Incluso Flinn y Eric, obligados a convivir en un terreno común, comenzaron a mirarse sin desprecio. A tolerarse. A respetarse, en cierta medida.

Fueron días de paz. No de euforia, ni de victoria. De simple y llana paz. De no odiarse. De ser.

Claro que esos días habían terminado. El mayordomo la miró con desconcierto apenas llegó al umbral. Su atuendo, su porte, su mera presencia parecían desafiar cada norma que él estaba entrenado para custodiar. Pero Eric no la soltó, sino que se irguió más a su lado.

Úrsula, que ya se paseaba entre los invitados con su habitual aire de realeza provinciana, se giró al verla. Se detuvo a medias. La copa tembló en su mano.

El murmullo fue inmediato.

Dos damas se tocaron el brazo y se inclinaron la una hacia la otra para cuchichear. Alguien —probablemente la señora Drayton— alzó el abanico con precipitación, no para abanicarse, sino para ocultar la conmoción: la bastarda de Willowmere. La hija ilegítima del señor Morvan, que seguía perdido en el mar para no enfrentar la vergüenza que había dejado atrás. La hija de una marquesa caída en desgracia. La mancha en la costa respetable.

La joven criada entre redes de pesca y cubiertas de barco. La que vivía sola, sin doncella ni apellido reconocido. Sin más escudo que su nombre, y sin más nombre que Ariel.

—¿A qué debemos... este honor? —dijo Úrsula con una sonrisa afilada—. ¿O debería decir esta interrupción?

Ariel sostuvo la mirada sin parpadear. —No sabía que el honor debía pedirse. Pensé que solo se reconocía.

—Me temo que su presencia no ha sido solicitada, señorita Morvan. Ni acompañada. Aunque ya veo que eso último no le preocupa demasiado.

Una risilla se escapó del grupo junto a la chimenea.

Antes de que Ariel pudiera contestar, un caballo pasó por el exterior de la casa. Desde la ventana del salón se vio claramente la figura de Sir Camden Fleet, impecable, altivo, paseando como si vigilara un terreno recién adquirido. Saludó a Úrsula con una inclinación de cabeza exagerada, teatral. No miró a Ariel. Pero susurró algo a su joven acompañante —una sonrisa insípida con corsé de seda— y ambos rieron como si hubieran descubierto un chisme nuevo.

—Las hijas del escándalo siempre traen consigo lo que las hizo nacer —musitó alguien cerca del piano.

Siempre las mismas frases, los mismos insultos.

Eric dio un paso al frente, pero Ariel le apretó el brazo. No. No ahora. No así.

Fue entonces cuando el señor Ellwood y su esposa —los padres de Lucy— cruzaron la estancia, ignorando el murmullo general, las miradas sesgadas y los abanicos temblorosos. Se dirigieron directamente a Ariel, sin vacilar.

No poseían una gran fortuna, ni tierras, ni un apellido de peso. Tampoco eran conocidos por su estabilidad económica. Pero eran personas decentes, trabajadoras, queridas en el pueblo por su honradez y su sentido común. Por eso solían ser invitados, incluso por los que fingían mirar por encima del hombro.

—Señorita Morvan —dijo él, con una calidez genuina—. No sabíamos que vendría esta noche, nuestra hija no nos ha dicho nada, pero nos alegra verla. Si desea un poco de aire, mi esposa y yo íbamos al jardín.

—Gracias —respondió Ariel, bajando un poco la guardia—. Pero esta noche prefiero quedarme donde todos me vean.

Lo entendieron. Se despidieron con una leve inclinación, y Ariel, en lugar de replegarse, avanzó.

No hacia la mesa central, ni hacia las sillas doradas junto al conde de Delamere. Sino hacia el centro exacto del salón, donde Úrsula Morvan se mantenía erguida como una reina sin corona, rodeada de aduladores con copa en mano.

Las conversaciones se apagaron poco a poco, como una vela sin aire. Todos la miraban y Ariel lo sabía. Pero no se detuvo. Su andar era firme, sereno, casi insolente. Tan insolente como su pelo rojo suelto.

Cuando llegó frente a ella, Úrsula no retrocedió ni un paso. Pero su sonrisa —si es que podía llamarse así— se tensó.

—¿No me esperaba, señora Morvan? —dijo Ariel, con la voz lo bastante alta para que todos la oyeran—. Qué curioso, considerando que seguramente lleva toda la noche hablando de m —Algunos bajaron la mirada. Otros se aferraron a sus copas, fascinados, incapaces de apartar los ojos. Ariel dio un paso más. El mentón alto. La mirada fija. No había en ella ni una sombra de duda. —Estoy aquí. No por cortesía, ni por invitación. Estoy aquí porque me corresponde. Y no tengo intención de marcharme. ¿Dónde está su buen amigo? ¿El conde de Delamere? ¿El hombre que pretende arrebatarme lo que es mío? ¿El hombre que entregó mi casa en un juego de cartas?

Un suave crujido de tela precedió a la entrada de Lady Corinne, que descendía la escalera como si flotara, con el vestido azul más apropiado, el peinado más calculado y la sonrisa más dulce que Ariel había visto jamás. Era casi idéntica a Margaret, la difunta esposa de Eric. Tal vez más joven, más artificial, más estratégicamente parecida.

Úrsula se giró con un destello gélido en los ojos. Imponente en su corpulencia, vestida con seda negra que brillaba como tinta al sol, parecía más una reina de sombras que una anfitriona. No miró a Ariel. La ignoró por completo, como si no existiera, como si su presencia no mereciera ni una mueca de desagrado.

—Mi querido lord Wycliffe —dijo, acercándose a Eric—. ¿Tendría usted el honor de acompañar a mi sobrina en un baile esta noche? Sería una lástima que nuestra pequeña velada se desperdiciara sin

que ella, tan delicada, tan elegante, no tuviese el gusto de bailar con alguien de su estatus.

Y entonces, un hombre de mediana edad, con levita de terciopelo y sonrisa untuosa —uno de esos aduladores que orbitaban en torno a la influencia de Úrsula como polillas a la luz— comentó en voz lo bastante alta como para ser oído:

—Una lástima, en verdad. Un caballero tan distinguido, y sin embargo... su estatus comienza a difuminarse. ¡Pero a quien lleva del brazo! ¡Qué ridículo más espantoso!

Un murmullo de aprobación y risas suaves siguió al comentario. Úrsula no perdió ni un ápice de su sonrisa. Dio un sorbo a su copa y añadió, con fingida benevolencia:

—Oh, querido William, qué exagerado eres. Todos sabemos que a los hombres se les pueden perdonar ciertas... licencias. Al fin y al cabo, ellos siempre terminan por volver a donde pertenecen. ¿No es cierto, lord Wycliffe?

Los ojos de Eric, grises, ni siquiera parpadearon. Ariel tampoco se movió. El brazo de él la sostuvo con más fuerza, como si esa presión suave fuese todo lo que necesitaba para mantenerse en pie. La sala contuvo el aliento.

Eric no respondió de inmediato. Observó a Corinne. Luego miró a Ariel, que no había bajado la vista ni un segundo. Y, por último, volvió a Úrsula.

—No se moleste, señora Morvan. Ya he hablado con mi hermano. Lo sé todo.

—¿Todo? —preguntó ella, como si no entendiera.

—Todo —confirmó Eric—. Su plan. Su participación. Su intento de utilizar a una joven inocente para manipularme. No ha funcionado.

—Oh, pero yo solo intento ayudarle, lord Wycliffe, siempre lo hago. A todas las pobres almas en desgracia.

Corinne, que había llegado a su lado con una sonrisa encantadora, colocó una mano suave sobre el brazo de Eric.

—No es un intento de manipulación —dijo en voz baja—. Solo deseaba conocerte mejor. A veces las primeras impresiones no son las más verdaderas. Tal vez deberías darme una segunda

oportunidad. No como Margaret. No como una copia. Sino como yo. Tu hermano me ha hablado tanto de ti... —susurró eso último, asegurándose de que nadie más la oyera, salvo él... y Ariel, que seguía cogida de Eric. Pero que aguantaba la humillación como capitán que aguanta una tormenta feroz.

Fue entonces cuando una voz grave, acompañada de un bastón de plata, se impuso sobre los murmullos como un trueno en mitad de la niebla. —¡Lord Wycliffe! Maldita sea, muchacho, aún sigues vivo.

El conde de Delamere, un hombre grande, corpulento, de bigote blanco y voz retumbante, irrumpió en la conversación, levantándose de ese rincón en el que había estado sentado. No llevaba capa, pero su bastón de paseo y su actitud imperial le daban toda la autoridad que necesitaba.

Eric se giró.

—Delamere.

El conde le tendió la mano, que Eric estrechó sin entusiasmo.

—¿Sigues enfadado por la partida? —bromeó el conde con una carcajada—. Vamos, muchacho, no fue más que un juego. ¡Una noche de vino y dados! ¿Quién iba a imaginar que acabarías persiguiendo una casa de campo en mitad de la costa?

—No la persigo —dijo Eric, con tono medido—. Estoy intentando devolverla a su propietaria original.

El conde desvió la mirada hacia Ariel, ladeando la cabeza con teatralidad, como si evaluara una pieza mal colocada en un tablero.

—¿Así que *ella* es la hija de la célebre marquesa de Beaston? Qué desilusión... Imaginaba algo con más nobleza en la sangre y menos salitre en los modales.

Una carcajada seca estalló cerca del piano. Otra más se unió. Y luego, como un eco vil, todo el salón se rindió a la burla. Menos Úrsula, que solo se limitó a mirar a Ariel, triunfante.

Capítulo 19



El conde de Delamere, con su bastón de plata y su bigote blanco, acababa de soltar su comentario más venenoso cuando una palmada ruidosa en el hombro de Eric interrumpió las risas y murmullos.

—Venga, muchacho. Vamos a por ese whisky del que la señora Morvan tanto alardea. Tenemos cosas que discutir tú y yo —dijo, sin dejar de sonreír con los dientes amarillentos, sin dejar que Úrsula pudiera entrometerse.

Eric no respondió al instante. Sus ojos, grises, se desviaron hacia Ariel. Había tensión en sus mandíbulas, como si el mero pensamiento de dejarla sola con esa gente lo encogiera por dentro.

—Ahora no es un buen momento... —murmuró.

—¿Temes dejar sola a tu dama? —Delamere soltó una carcajada —. No me digas que te has ablandado tan rápido, no te recordaba así en Londres.

Una risa sorda recorrió el grupo de Úrsula.

—Puedes ir, Eric —Ariel alzó la voz, baja pero firme.

—No quiero... —replicó él en voz baja.

—Yo sí. Ve. —Ella le sostuvo la mirada—. Habla con él. Haz lo que debas. Yo haré lo mismo.

—No se preocupe, lord Wycliffe —Úrsula sonrió como un tiburón oliendo sangre—. Cuidaremos de la señorita Morvan.

Eric la miró una última vez. Ariel no retrocedía. No titubeaba. Finalmente, asintió. Dio media vuelta y se marchó con el conde. En

cuanto desapareció de la vista, el círculo se cerró a su alrededor. Como un anillo de humo venenoso.

—Qué interesante elección de vestuario, querida —dijo Úrsula, girando su copa en la mano—. ¿Es una alegoría de los mares que frecuentaba tu madre, o simplemente una metáfora de tu linaje escurridizo?

Una oleada de risas sofocadas.

—La pirata disfrazada de dama —dijo un adulador de rostro enjuto, con bigote teñido y sonrisa falsa, que se inclinó hacia su compañera—. Qué encantadora farsa.

—Las tormentas me han enseñado más que cualquier institutriz —respondió, sin parpadear, sin alzar la voz—. Y no he venido a fingir nada. Solo a recordarles que no necesito su permiso para estar aquí. Ni para quedarme

El adulador carraspeó, incómodo.

—¡Tiene agallas! Aunque una bastarda con agallas sigue siendo... bastarda —comentó Sir Camden Fleet.

Las carcajadas crecieron. Uno se atragantó con el vino. Una dama se volvió para fingir que observaba un cuadro. Úrsula dio un sorbo a su copa y fingió contener la sonrisa. —Vamos, damas y caballeros, no seamos tan crueles. Como buenos creyentes que somos, deberíamos perdonarlo todo. Incluso... nacer del lado equivocado de la cama.

—¿Por qué nunca se ha enfrentado a mi padre, señora Morvan? —preguntó Ariel, con voz clara y firme, sin temblor alguno—. ¿Por qué tanta dedicación a destruirme a mí, si fue él quien la despreció? Toda mi vida he vivido bajo el peso de sus susurros, de sus fiestas a las que nunca fui invitada, de sus risas ahogadas cuando yo pasaba por la plaza. Me han llamado bastarda, salvaje, escándalo... Y, sin embargo, aquí estoy. No traigo un título ni una fortuna, pero traigo mi nombre. Y lo he defendido con más honor del que muchos aquí podrían imaginar. No he venido a pedir perdón —añadió, alzando la barbilla mientras sus ojos recorrían el salón lleno de rostros sorprendidos—. He venido a reclamar mi lugar. Porque siempre fue mío.

Por un instante, Úrsula no respondió. El leve movimiento en la comisura de sus labios traicionaba lo que tanto se esforzaba en ocultar: ya no tenía el control absoluto. Su abanico, rígido entre los dedos enguantados, bajó lentamente. Cuando habló, su voz sonó más alta de lo habitual, menos medida, como si por primera vez sintiera la necesidad de alzarse para imponerse. —¡Tú no sabes nada! —espetó, con una risa amarga—. Vienes aquí envuelta en harapos disfrazados de insolencia, creyendo que puedes manchar una reputación que jamás te perteneció. ¿Tu lugar? ¡Tu lugar siempre estuvo fuera de estas paredes! ¡En los márgenes, entre redes de pesca y supersticiones de marineros! Tu madre destruyó una casa entera, y tú... tú eres el recordatorio viviente de su traición.

Pero entre los murmullos, ya no había solo burla. Alguien, en voz baja pero audible, murmuró: —Al fin y al cabo... ¿qué culpa tiene ella de lo que hizo su madre?

Ariel no se movió. Ni un paso atrás. Ni un pestañeó. Solo podía mirar fijamente a Úrsula, como si por fin la viera tal como era, sin sus vestidos caros ni sus alianzas sociales, sin la imposición. —Mi madre cometió un error —dijo con calma—. Amó al hombre equivocado. Y por eso usted la odia. Pero ese odio no la ha hecho fuerte, señora Morvan. La ha vuelto pequeña. Rencorosa. Ridícula. Ha construido su vida entera alrededor de una mujer que ya no está... y de una niña que nunca le hizo daño. Y yo, esa niña, estoy aquí hoy para decirle que ya basta. Que ya no tiene poder sobre mí. Que ya no le temo. Usted quiso hacerme invisible, y lo único que ha conseguido... es que todos me estén mirando.

Úrsula soltó una risa seca, sin gracia, más propia de una fiera herida que de una dama. —¿Y esperas que te aplaudan por tu osadía? —espetó, alzando la voz más de lo necesario—. ¿Qué te abramos las puertas como si fueras una heroína sacada de una leyenda marítima? No te equivoques, niña. Por mucho que grites, no puedes cambiar lo que eres. Bastarda naciste y bastarda morirás. Tu insolencia no te convierte en igual, solo en una curiosidad vulgar. Eres una distracción... y pronto volverás al olvido del que nunca debiste salir.

Ariel sonrió. No con burla, sino con una tristeza antigua, honda, que no pedía compasión. —¿Y aún cree que me importa cómo me llame? Bastarda, vulgar, escándalo... Lo ha repetido tantas veces que ya no suena a insulto, sino a costumbre. Y, sin embargo, aquí estoy. Sola, sí. Sin título, sin apellido. Pero con la cabeza alta y la conciencia limpia. Usted, en cambio, está rodeada de gente que solo la escucha por miedo, que la obedece por conveniencia. Yo no necesito un salón lleno para saber quién soy. Usted sí. Y eso, señora Morvan... eso es lo verdaderamente vulgar.

Fue entonces cuando la puerta principal volvió a abrirse con un crujido lento, y un hombre de figura imponente cruzó el umbral. El señor Morvan. Oficial con honores retirado, espalda aún recta pese a los años, cabello blanco recogido atrás, rostro curtido como la madera salada de un viejo navío. El salón se quedó sin aire. Nadie lo había visto en Willowmere en años. Él mismo había jurado no volver jamás. Pero allí estaba.

Y sus ojos, sin vacilar, buscaron y encontraron a Ariel. Ella se quedó inmóvil. Qué extraño verlo allí, a él, que siempre había evitado regresar a ese lugar, que huyó del escándalo y del peso de las decisiones que no supo tomar. Y, sin embargo, allí estaba. Lo agradeció. Porque a pesar de todo, había sido su padre. Nunca le negó su nombre. Nunca fingió que no existía. Se había criado con él, con sus silencios, con su amor torpe y su dolor de guerra. Sin él, quizá no habría llegado tan lejos. Pero ahora era diferente. Esta vez era ella quien había regresado a Willowmere. No por él. No por nostalgia. Había vuelto para reclamar lo que era de su madre. Y esta vez, no pensaba marcharse.



El salón quedó atrás como una cueva de hienas, mientras Eric seguía al conde Delamere por el pasillo alfombrado hasta el despacho. El olor a cuero viejo y whisky derramado se mezclaba con

el sonido familiar de un vaso llenándose con generosidad. El conde, sin pedir permiso, sirvió dos dedos y tendió una copa a Eric.

—Nunca pensé que te vería con esa cara, Wycliffe. ¿Dónde ha quedado el hombre que vaciaba botellas y camas con la misma rapidez?

—Ese hombre se fue con Margaret.

Delamere soltó una risa seca, que no llegó a sus ojos. —Pensé que habías aprendido a beber por ella, no a enterrarte con ella.

—Tú no has venido a Blackthorn Hall por una deuda de juego —Eric tomó el vaso, pero no bebió—. Has venido porque Úrsula te buscó. Dime la verdad si valoras nuestra amistad.

—Oh, vamos. Jugamos esa noche como siempre —respondió el conde, levantando un dedo—. Tú ganaste limpiamente. Yo estaba borracho, pero no tanto. Lo que no sabía era que la maldita casa no estaba tan... vacía como recordaba.

—Y cuando lo supiste, te lo callaste. No me contestaste las cartas, no resolviste el problema. ¿Por qué?

—Porque me convenía —Delamere hizo un gesto con la copa—. Porque ella —alzó las cejas, refiriéndose a Úrsula—, en cuanto se enteró de que te había dejado la casa en una apuesta, me convenció de que era lo mejor. "Déjalo quedarse con la propiedad", me dijo. "Así desalojamos a esa bastarda sin mancharnos las manos". No parecía un mal trato.

Eric dejó el vaso sobre el escritorio. —¿Y lo era? ¿Un mal trato?

—Muchacho —dijo el conde, dejándose caer en el sillón de cuero con un suspiro que olía a whisky y a guerras perdidas—. He vivido lo suficiente como para no arrepentirme ya de las mentiras que me he tragado con gusto. Ariel Morvan... —hizo una pausa, girando el vaso lentamente entre los dedos—. Para mí era solo una mancha en el pueblo donde nací, un escándalo que podía borrarse con elegancia. Una amenaza para una vieja amiga... para Úrsula. Por eso pensé que no pasaba nada por echarla. Que, ayudándola a ella, también te ayudaba a ti. A un viejo conocido de las noches malas — Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas— Pero cuando te he visto entrar esta noche con esa pelirroja del brazo y esa mirada en los ojos... —chasqueó la lengua, como quien reconoce

una derrota—. Supe que ya no eras el viudo que se desangraba en las casas de juego de Londres. .

—¿Y qué soy ahora? —preguntó Eric con la voz baja, como quien conoce la respuesta, pero quiere oírla de otra boca.

—No lo sé —Delamere se encogió de hombros—. Pero das miedo, Wycliffe. Y no tengo ganas de enzarzarme en ninguna disputa.

—Voy a arreglar esto —Eric se cruzó de brazos—, Delamere. Ya he escrito al notario Pritchard, y a un abogado en Londres. No quiero tu permiso, pero sí tu verdad. No me pongas trabas. Di lo que sabes cuando sea el momento.

Delamere bebió en silencio. Luego, con un leve encogimiento de hombros, asintió. —Lo diré. A mi manera, pero lo diré. No me mires así, no es por remordimiento. Es porque tú, contra todo pronóstico, has conseguido que me dé asco a mí mismo. Y eso no me pasa desde 1781.

—¿Y qué esperas a cambio?

—Solo una cosa —añadió Delamere, con una sonrisa que no llegó a los ojos—. Cuando esa pelirroja encienda la mecha, no pretendas apagar el incendio con buenas intenciones. Las mujeres como ella no vienen a conformarse. Vienen a reclamar lo que el mundo les negó... y a ver si tú eres capaz de quedarte cuando todo arda a su alrededor.

Eric sonrió apenas, sin dejar de mirar el vaso intacto sobre la mesa.

—Entonces me quedaré. A arder con gusto.

Eric estaba a punto de replicar cuando un silencio inesperado se deslizó por debajo de la puerta del despacho.

Delamere alzó la cabeza, frunciendo el ceño. —¿Qué demonios...? ¿Dónde se han metido las risas? —dijo en voz baja, levantándose con cierta torpeza del sillón de cuero.

Eric también se puso en pie, preocupado por Ariel. Ya no se oía el tintinear de copas, ni el murmullo de conversaciones cargadas de veneno. Todo había quedado suspendido.

Ambos cruzaron el pasillo alfombrado y llegaron hasta el umbral del gran salón. Fue allí donde lo vieron.

El señor Morvan.

Recto como un mástil, de uniforme oscuro impecable y mirada de acero. Como un espectro del pasado. Como un recuerdo que se había negado a morir.

A su alrededor, la sala entera parecía haber quedado en pausa. Úrsula se había quedado petrificada con el abanico a medio cerrar, los labios entreabiertos. Los aduladores, tan ruidosos antes, evitaban mirar directamente al recién llegado. Ariel permanecía de pie en el centro, con el rostro frío, pero los dedos crispados contra los pliegues de su falda.

Eric se tensó.

—¿Quién es? —susurró Delamere, entornando los ojos.

—Su padre —respondió Eric, con la voz grave. Y entonces lo comprendió. Aquel hombre era el remate perfecto de todo lo que Ariel había enfrentado sola esa noche. Se alegró de que Ariel no estuviera sola, al fin. De que, de una vez por todas, alguien de su familia apareciera para defenderla como merecía.

El señor Morvan no saludó a nadie. No pidió permiso. Caminó despacio hasta detenerse frente a Úrsula. La miró con una frialdad digna de un tribunal militar.

—Suficiente, señora Morvan —dijo, y su voz era tan clara que todos la escucharon—. He tolerado durante años sus insinuaciones, sus reuniones, sus campañas de desprestigio contra mi hija. Pero ya basta —Úrsula abrió la boca, pero no salió ningún sonido—. —He cometido muchos errores. El mayor, quizás, fue guardar silencio demasiado tiempo. —Sus ojos se desviaron hacia Ariel, con algo que no era ternura, pero sí un respeto nuevo, torpe y orgulloso—. Pero esta noche, al verla aquí... he recordado lo que es el honor. He venido para enterrar este tema, señora Morvan, de una vez por todas.

Un murmullo estalló en el salón. No risas. Susurros. Miedo. Incomodidad. Como si todos supieran que algo había cambiado para siempre. El señor Morvan se giró hacia ella y, por primera vez en años, le tendió la mano a su hija en público. Ariel no se movió al instante. Luego, despacio, la alzó. Y la tomó.

—¿Pretendes que ahora reconozca a tu hija bastarda, señor Morvan?

—Sí. Eso es exactamente lo que pretendo —dijo—. Durante demasiado tiempo callé por cobardía. Por vergüenza. Por debilidad. Y he pagado el precio en soledad. Ariel es mi hija. Tan hija mía como lo fue Norman y como lo es Lefou. Negarlo sería no solo un insulto para ella... sino también una traición al hombre que alguna vez creí ser —Su mirada se endureció, recorriendo los rostros conocidos que lo observaban con una mezcla de sorpresa y nerviosismo—. No puedo cambiar el pasado, pero puedo decidir qué clase de padre quiero ser hoy. Y esta noche he elegido.

—Vaya... Qué conmovedor —dijo Úrsula, sin sonreír—. Una confesión tardía servida en bandeja de plata, justo cuando más espectadores hay. Casi me haces llorar, Louis. Pero no soy tan ingenua como para pensar que esta noche se resolverán décadas de escándalos con una declaración dramática y un gesto de manos entre padre e hija. No soy el tipo de mujer que olvida tan fácilmente... ni el tipo de mujer que se rebaja a discutirlo delante de una audiencia tan voluble —Su mirada azul recorrió el salón, donde todos evitaban hacer contacto visual, como si les pesara haber aplaudido antes las burlas—. Pero claro, hay que reconocer que los tiempos cambian —añadió—. Y algunos parecen dispuestos a reescribir la historia con tinta sentimental. Yo, por mi parte, prefiero los hechos. Así que... hablaré cuando tenga algo que decir. No antes.

Hizo una leve inclinación de cabeza y luego se giró lentamente hacia una de sus damas y comentó con aparente indiferencia:

—Tráeles las capas, querida. Ya se van... de mi casa.

Y con esa última frase, tan cargada de amenaza como de elegancia , giró sobre sus tacones y se alejó lentamente, dejando tras de sí un murmullo y, quizás, algo más: respeto, quizás, hacia Ariel, algo que no le hacía ninguna gracia.

Capítulo 20



Durante los días posteriores a la velada en casa de Úrsula, el señor Morvan permaneció en Blackthorn Hall como un huésped que pedía poco. No imponía con palabras, sino con su mera presencia. No necesitaba hablar mucho; bastaba observar su manera de caminar, de estudiar cada objeto, de disponer los cubiertos como si ejecutara un ritual aprendido en otro siglo.

Ariel no se sentía del todo cómoda con él allí. Y, sin embargo, no deseaba que se marchase. Había algo reconfortante en tenerlo bajo su techo, como si su sola presencia atestiguara que, por fin, alguien de su sangre reconocía su lugar en el mundo.

Fue la mañana siguiente a su llegada cuando, sentados frente al ventanal de la sala pequeña, con el jardín aún perlado de rocío, Ariel se atrevió al fin a formular la pregunta que llevaba quemándole la garganta desde la noche anterior.

—¿Por qué ha venido, padre?

Él alzó la vista lentamente. No respondió de inmediato. La observó con detenimiento, como si midiera su temple, y luego alzó una ceja, apenas, con una expresión más cansada que incrédula.

—¿Y tú por qué estás aquí, Ariel?

—Porque era de mi madre. Porque me lo arrebataron. Porque crecí escuchando que mi existencia era una mancha. Y porque estoy cansada de esconderme. Estoy aquí para que no borren su historia. Ni la mía.

—Fue Flinn quien me escribió —dijo, al cabo de un largo momento—. Una nota breve. Apenas unas líneas. Pero fue claro. Me dijo que estabas mal. Que esta casa te consumía. Que, si no venía yo, podrías perderlo todo. A ti misma, incluso.

—No se equivocaba —admitió—. Pero no es la casa. Es todo...

—¿Lord Eric Wycliffe? —El nombre salió de sus labios con una mezcla de reserva y desaprobación. Ariel sostuvo su mirada sin pestañear.

—Es un buen hombre, ha renunciado a todo por mí.

—Pero no formas ni formarás nunca parte de su mundo —dijo su padre, seco.

—Lo sé —replicó ella, con una media sonrisa—. Pero no quiero ser parte de su mundo. Sino parte de él.

El señor Morvan guardó silencio. El leve tic en su mandíbula delataba que su juicio no había sido modificado por la respuesta de su hija, aunque tampoco volvió a rebatirla. En lugar de eso, desvió la mirada hacia el jardín, donde el sol comenzaba a filtrarse entre las ramas, tibio pero incierto, como si aún dudara si merecía calentar ese rincón del mundo.

—Te pareces demasiado a tu madre —dijo por fin, en voz baja —. No solo por tu aspecto. En lo que más importa. En la manera de desobedecer cuando crees que estás en lo cierto. En esa maldita voluntad que ni la vergüenza ni el dolor logran quebrar.

Ariel no supo si aquello era un reproche o una bendición. Quizá ambas cosas.

—Me habría gustado conocerla mejor —murmuró, casi para sí.

Su padre asintió, como si esa confesión no hiciera sino confirmar algo que ya sabía.

—Y a mí, conocerte a ti antes de que el mundo se encargara de definirte por mí.

No añadieron más. Los días siguientes transcurrieron con una calma engañosa, como la superficie del mar antes de una tormenta que tal vez nunca llegaría. El señor Morvan seguía instalado en Blackthorn Hall, inspeccionando la finca con la atención meticulosa de un hombre que nunca baja la guardia. No hacía preguntas. No ofrecía consejos. Pero Ariel sabía que observaba. Todo.

Ella no le dio explicaciones. No las debía. Y, además, Eric estaba allí.

Él no se escondía. Al contrario. Desde la noche en que se plantó ante Úrsula y el conde Delamere, declarando que su lealtad estaba con Ariel, caminaba por la casa como si por fin la reconociera como suya.

No hablaban mucho. No lo necesitaban.

Un roce accidental en el pasillo bastaba. Un cruce de miradas en la escalera. Un gesto silencioso durante las comidas —él sirviéndole el té sin pedirle permiso; ella recogiéndole el libro que se le cayó sin mirarlo siquiera—, y todo lo no dicho cobraba cuerpo entre ellos. No hacía falta más.

Una tarde, lo encontró en el jardín trasero, junto al seto de hortensias que su madre había plantado décadas atrás. Eric estaba de pie, con una rama seca entre los dedos, observando el mar con expresión ausente. Cuando la oyó acercarse, no se volvió. Pero habló.

—Tu padre cree que no soy adecuado para ti.

—Mi padre no me conoce tanto como cree —respondió ella, deteniéndose a su lado.

—Y tú... ¿tú crees que lo soy?

—Creo que nunca me he sentido más segura que contigo a mi lado.

Eric se volvió entonces. Sus ojos la buscaron con esa mezcla de sorpresa y ternura que no podía fingirse.

—No me debes nada, Ariel.

—Tal vez no. Pero quiero quedarme contigo. Por ahora, eso es todo lo que sé.

Y sin decir nada más, se quedaron así, uno al lado del otro, mirando al mar como si de él dependiera el futuro. Como si el mundo, por fin, no se interpusiera entre ellos.

Fue al amanecer del quinto día cuando el señor Morvan bajó con paso firme al vestíbulo, vestido con su casaca de capitán y una bufanda anudada con precisión. No llevaba sombrero. No lo necesitaba. En sus ojos se leía la decisión tranquila del hombre que no se despide: simplemente parte.

—¿Ya te vas? —preguntó, sin fingir sorpresa.

—Solo vine... ya lo sabes —respondió él, sin mirarla—. Solo recalé en puerto. Pero el mar no espera, hija. Ni perdona a los que se aferran demasiado tiempo a tierra firme —Se giró, por fin, y la miró con esos ojos azules que tanto se parecían a los suyos—. Esta no es mi casa. Y Willowmere... dejó de ser mi hogar cuando tu madre murió. He venido, he hablado. Y he reconocido lo que debía. Ya no puedo hacer más.

Ariel sintió que un nudo se le formaba en la garganta, pero no lo deshizo.

—Gracias por venir —dijo simplemente—. Aunque fuera tarde.

Él asintió, aceptando la herida en sus palabras. No la discutió.

—He hablado con Flinn —añadió—. Le he dicho que ya no necesita vigilarte. Que no es su deber. Que tú... sabes defenderte sola.

Como si sus palabras lo invocaran, Flinn apareció desde la puerta trasera, con el cabello alborotado por la brisa salada y una expresión que combinaba la resignación con una paz nueva.

—El señor Morvan va a zarpar en un par de horas. La marea es buena —dijo Flinn, sin adornos.

—¿Y tú? —preguntó Ariel, mirándolo con seriedad, casi lástima.

Flinn respiró hondo. —Me marcho con él. El *Wind Serpent* necesita una ruta nueva. Y yo también —Se acercó a ella y, por un instante, pareció que iba a decir algo más. Pero no lo hizo. Solo se inclinó un poco, rozándole la mano con los dedos como si quisiera recordar su tacto—. Tu sitio está aquí, Ariel. Pero el mío... nunca lo estuvo. Si tu padre cree que te las apañarás con esto... y con el señorito de cartón, yo ya no tengo nada más que hacer aquí.

Y se fue.

Ambos lo hicieron, sin despedirse de Eric, pero tampoco sin enfrentarlo. Era su peculiar manera de aceptarlo: sin palabras, sin gestos evidentes, sólo con la dignidad de quien concede lo inevitable.

Ariel y Eric los observaron alejarse por el sendero del acantilado que conducía al embarcadero. .

—¿Crees que volverán? —preguntó Ariel, sin apartar la vista del mar, algo entristecida.

—Los hombres de mar siempre regresan —respondió Eric—. He recibido una misiva del notario, Ariel. Quiero vernos mañana a primera hora. Creo que también estará el abogado presente.

—Espero que se haga justicia.

Eric no respondió de inmediato. Seguía mirando el sendero por donde se habían marchado el capitán y Flinn.

—Tienen buena espalda para marcharse sin mirar atrás —comentó finalmente, con sequedad—. Supongo que es cosa de familia.

—¿Me estás llamando cobarde?

—Te estoy llamando valiente —dijo, por fin volviéndose hacia ella—. Porque te has quedado.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Te quedas?

—¿Aún dudas?

—A veces. Cuando no hablas. Cuando pareces más parte de esta casa que yo misma.

Él dio un paso hacia ella. Solo uno. Suficiente. —¿Y eso te molesta?

—Eso me asusta —admitió—. Yo aprendí a resistir, no a confiar. Pero tú... tú no estás huyendo. Te has quedado. Y no tengo ni idea de qué se hace con alguien que no se va.

—Podrías intentarlo —sugirió él.

Ella lo miró, y de pronto le dieron ganas de reírse. No porque fuera gracioso. Sino porque todo lo demás había sido tan complicado, tan abrumador, que esa propuesta —tan simple, tan humana— le pareció el mayor de los lujos.

—Te advierto que no soy buena para esto.

—Yo tampoco.

—Entonces estamos perdidos.

—Sí —dijo él, inclinándose apenas—. Pero juntos.

Y entonces la besó. No con la torpeza del deseo contenido ni con la solemnidad de los amantes trágicos. La besó como quien abre una puerta cerrada durante demasiado tiempo. Con hambre, sí. Pero también con alivio. Como si, por fin, pudiera respirar.

Ariel respondió con el cuerpo entero. Se aferró a él como si temiera que el mundo fuera a deshacerse si lo soltaba. Y por una vez, no pensó en su madre, ni en Úrsula, ni en la casa, ni en el notario.

Solo pensó en él.

En ellos.

En la posibilidad, tan frágil como cierta, de ser feliz.

—Si nos hundimos —susurró Ariel, cuando se separaron apenas lo justo para respirar—, que sea con estilo.

—Hundirme a tu lado, Ariel Morvan —le rodeó la cintura como si la reclamara de algún naufragio—. Suena muchísimo mejor que sobrevivir en tierra firme.

No hubo respuesta. Tampoco hacía falta. Ella lo besó esta vez, con una determinación que borraba cualquier duda. Y entonces él la alzó en brazos, sin esfuerzo, como si el peso de su historia no pesara en absoluto.

Ariel soltó un leve suspiro, más de sorpresa que de protesta, y escondió el rostro en su cuello.

Se aferró a sus hombros como si no hubiera suelo bajo sus pies. Y tal vez no lo había.

No cuando él la miraba así. No cuando su nombre en sus labios sonaba tan bien.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró ella, con la respiración agitada.

—Lo que debimos hacer desde el principio —sus ojos la buscaron—. Lo que por fin nos toca.

Subió las escaleras sin apartar la mirada de ella. Ariel, por su parte, no tenía miedo. Tampoco sonreía. Había algo profundamente tierno —y feroz— en su rendición. Una rendición consciente. Elegida.

Eric no encendió ninguna lámpara al llegar. La luz gris del amanecer colándose por las cortinas bastaba. La depositó en la cama como si fuera algo precioso, no porque la creyera frágil —sabía bien que no lo era—, sino porque por fin podía tocarla sin miedo a romperse él.

Ariel alargó la mano y acarició su mejilla, despacio.

—No soy fácil, Eric —dijo, con la voz apenas temblorosa.

—No quiero que lo seas.

—Y no soy de nadie.

Él le tomó la mano y la besó en la palma, con una devoción que parecía sacada de otra vida. —Tampoco quiero que lo seas.

Ella asintió. Y por un instante, el tiempo se suspendió. Entonces él comenzó a desabotonar su vestido. Uno a uno. Sin prisa. Sin titubeo.

Y ella no se movía.

No por indecisión, sino por fe.

Por la certeza de que había llegado el momento.

Cuando el vestido se deslizó por sus hombros y cayó al suelo, el aire frío le acarició la piel.

Y fue entonces cuando lo miró. De frente. Sin pudor. Sin vergüenza.

—No tienes que temer —murmuró él, apenas audible.

—No te tengo miedo, Eric Wycliffe.

Él rio, la recostó con cuidado, y se colocó sobre ella. No con violencia, pero sí con la gravedad de un hombre que por fin ha dejado de esconderse. Su cuerpo la cubrió. Su aliento le rozó el cuello.

Sus manos, grandes, vivas, lentas, hallaron cada rincón como si recordaran haber estado allí.

Ariel arqueó la espalda, como si respondiera a un idioma que su cuerpo siempre había hablado en secreto. Y no era consuelo. Era él. El hombre que había llegado a su vida como un intruso y ahora se rendía con ella.

El mundo se desvaneció.

No hubo casa, ni mar, ni historia que pesara más que ese instante.

Solo sus manos.

Su boca.

Sus gemidos.

Y cuando Eric se hundió en ella —no solo en el cuerpo, sino en el alma—, Ariel sintió que todo encajaba. Que esa entrega era suya. Que no necesitaba defensa, ni permiso, ni explicaciones.

Solo deseo.

Solo amor.

Solo él.

Y por primera vez en su vida, se dejó ir.

Capítulo final



El carruaje avanzaba lentamente por la carretera húmeda, como si hasta los caballos percibieran la importancia de aquel día. Dentro, Eric mantenía la vista en el paisaje que se deslizaba tras la ventanilla, aunque no pensaba en los árboles ni en el cielo.

Pensaba en las posibilidades que lo esperaban al llegar al despacho del notario.

Ariel se había vestido sin pretensiones, con su falda gris y una blusa limpia. Su cabello pelirrojo caía sobre los hombros de forma salvaje. Iba con las manos entrelazadas sobre el regazo, la mandíbula tensa. Pero no era miedo. Era decisión. Por fin, iba a hacer justicia.

—¿Puedo confesarte algo? —preguntó, sin mirarlo.

—Siempre.

—Me dan miedo los caballos.

—¿Los caballos? —Él alzó las cejas, divertido.

—En alta mar no se necesitan. Y no fui educada como una señorita —se encogió de hombros—. Solo subí a un poni una vez. Me tiró al barro. Decidí que éramos enemigos naturales.

—Así que por fin descubro que le temes a algo —Eric soltó una carcajada, esa que nacía en su pecho y le aflojaba el ceño.

—No es temor. Es prudencia.

—Pues ahora tengo una nueva misión: enseñarte a montar. No puedes gobernar Blackthorn Hall sin saber galopar por sus tierras como una reina.

Ella sonrió, casi sin querer. Le gustaba que él dijera *reina*, no *dama*. Había una diferencia. Y él lo sabía.

Cuando llegaron a la notaría, la conversación se desvaneció como el vaho en los cristales. Eric bajó primero y le ofreció la mano. Ariel la aceptó sin teatralidad ni gestos remilgados; no por afectación, sino por simple cortesía hacia aquel noble que, incluso después de haber perdido su familia, se negaba a olvidar sus modales.

Frente a la puerta estaban ya esperándolos el señor Pritchard —rígido como un perchero humano— y Albert Hargrove, el abogado imparcial de Londres que Eric había escrito semanas atrás.

Pero no estaban solos.

El conde Delamere se hallaba junto a ellos, con el abrigo aún puesto y expresión cansada. A su lado, Úrsula Morvan, envuelta en un abrigo oscuro de terciopelo y piel, sujetaba su bastón como si fuera una espada. Su presencia allí no había sido requerida, pero tampoco podía ser evitada. Decía haber recibido una carta anónima que la advertía de una "maniobra legal peligrosa contra la familia Morvan". Ariel no necesitaba adivinar de quién provenía esa carta: de ella misma.

Entraron todos. La estancia era sobria, con muebles robustos y una chimenea encendida. No había adornos. Solo papeles, sellos, y un ligero olor a rancio.

Eric no soltó la mano de Ariel hasta que se sentaron, sin importarles nada de lo que pudieran pensar los demás.

El señor Pritchard carraspeó desde su asiento detrás del escritorio, con una expresión más tensa de lo habitual. Se acomodó las solapas de la chaqueta como si le apretaran el cuello y dirigió una mirada fugaz, casi involuntaria, a Úrsula Morvan, sentada a su derecha con la espalda recta y los labios tensos.

—Buenos días —dijo finalmente—. Gracias por acudir. Procederemos a revisar la legitimidad de la titularidad de la propiedad conocida como Blackthorn Hall, conforme a los registros actuales... y a los documentos que se han aportado recientemente desde la oficina de Chancery Lane.

El conde Delamere tragó saliva, nervioso. Úrsula, en cambio, sonrió con los labios y no con los ojos.

—Qué conveniente que el señor Morvan se haya marchado antes de dar su testimonio oficial —comentó, envenenada.

—Él ya dio su palabra en público —respondió Ariel, sin levantar la voz—. Y no necesita quedarse para soportar sus ataques, señora Morvan. Entiendo su dolor, pero quizás debería replantearse por qué su esposo no quiere ni verla.

—¿Entender mi dolor? ¡Ay, niña! ¿Dolor por un hombre? —Úrsula rio sin humor—. Yo solo digo lo que todos piensan. No naciste bajo la bendición del matrimonio. Eres un error con pelo bonito. Y tu madre fue poco más que una...

—¡Basta! —Eric golpeó la mesa con el puño, poniéndose en pie.

Pero ya no fue necesario que él dijera más. Porque en ese preciso momento, se oyó una voz en la entrada.

—¿Espero mi turno o interrumpo como una tormenta?

—Creo que podemos entrar, Adam —respondió una voz dulce y femenina.

Todos se giraron.

Un hombre inmenso cruzó la puerta. Tenía el cabello rojo recogido en una coleta bien peinada, y una cicatriz que le cruzaba el rostro desde la frente hasta el pómulo y más allá. Sobre su ojo izquierdo, un parche de cuero negro. Vestía como un viajero que no pide permiso: botas altas, abrigo largo, y una expresión de "a mí no me tose nadie".

Detrás de él, una mujer joven y hermosa, vestida con delicadeza y mirada dulce, lo seguía en silencio.

—¿Quién...? —susurró Úrsula, perdiendo color.

El corazón de Ariel dio un vuelco. Era el hijo legítimo de su madre. El único Beaston. Ese apellido, el de su madre, el del marquesado que Athenea dejó atrás por amor. Por ella.

—Adam Beaston. Hijo legítimo de Athenea Beaston y del difunto duque de Beaston. Por lo tanto... hermano de Ariel Morvan. Vengo para asegurarme de que nadie usurpe los derechos de mi hermana ni de mi difunta madre, ante cualquier sospecha de ilegalidad tomaré las medidas legales necesarias.

—Esto no es posible —espetó Úrsula, pero su voz ya no tenía filo—. Tu madre no mencionó jamás...

—¿Y por qué lo haría? —Adam la interrumpió sin miramientos—. Si hubiera sabido la clase de gente que manosearía su nombre, habría quemado todas sus cartas.

Hargrove se aclaró la garganta con discreción. —El testimonio del señor Beaston llega acompañado de los registros parroquiales de su nacimiento, del matrimonio de sus padres, y de una serie de cartas recuperadas por mi ayudante donde Athenea habla de su hija Ariel como heredera de Blackthorn Hall.

Adam volvió la vista hacia Ariel.

Y en ese instante, fue como si todos los años robados se le posaran sobre los hombros. Había ternura en su gesto, sí, pero también una gravedad antigua, como si aquella sala fuese un campo de batalla y él acabara de elegir bando sin dudarlo. Se colocó a su lado, alto, firme, como una torre nacida de la misma tierra que ella, y Ariel apenas pudo respirar.

No dijo nada.

No hizo falta.

El simple hecho de que estuviera allí, de que la mirara como quien reconoce lo que siempre fue suyo, bastaba para desarmarla.

Ariel, que había aprendido a resistir sin lágrimas, sintió que los ojos le ardían. El orgullo que la había mantenido erguida tanto tiempo amenazaba con quebrarse, no por debilidad, sino porque, por fin, alguien compartía el peso.

Y justo cuando creyó que caería, Eric le tomó la mano. No con fuerza. No con urgencia. Solo con la certeza tranquila de quien ya no pensaba soltarla.

Ella apretó los dedos contra los suyos. Fue un gesto pequeño. Íntimo. Pero entre ese hermano que acababa de recuperarla y ese hombre que había elegido quedarse a su lado, Ariel comprendió algo que nunca se había atrevido a esperar: ya no estaba sola.

—Mi madre me lo dejó escrito antes de morir —continuó Adam —. Sabía que Ariel no tendría fácil reclamar lo que era suyo. Me pidió que no la dejara sola cuando llegara el momento.

—Yo... no sabía que vendrías —susurró Ariel, con la voz más frágil de lo que le habría gustado.

—Entonces estamos a en paz —respondió él—. Porque si estoy aquí, es por ti. Fuiste tú quien me salvó la primera vez, Ariel. Con una carta. Con tu nombre. Con tu fe. Ni siquiera sabías quién era, y aun así me tendiste la mano —Se acercó un paso más. Ya no era el joven agotado al que rescató en el límite de la muerte. Ahora era un hombre entero. Con cicatrices, sí. Pero entero—. Yo no olvido eso. Y tampoco voy a permitir que nadie aquí se atreva a insultar a mi madre. Ni a ti. No mientras yo esté de pie.

El silencio que siguió fue un puñetazo seco en el pecho de la sala. Úrsula palideció, apenas perceptiblemente. Y Ariel... Ariel se aferró con más fuerza a la mano de Eric, porque si no lo hacía, las piernas le fallarían.

Pritchard, incómodo, tosió antes de hablar.

—Con el testimonio del señor Beaston, la evidencia de compraventa que el conde Delamere está dispuesto a confirmar, y la falta de cualquier documento que desmienta esta transacción... el único paso que queda es validar oficialmente la titularidad de Blackthorn Hall a nombre de Ariel Morvan Beaston.

—Esto no demuestra nada —espetó Úrsula—. Esta mujer tiene sangre ilegítima. Y nadie ha verificado la autenticidad de esa carta. ¿Y si fue manipulada? ¿Y si todo esto es una farsa montada por resentidos con ambición? —Se irguió con arrogancia, como si aún le quedaran cartas por jugar—. Quizás convendría revisar más a fondo las acciones de la señorita Morvan. Su cercanía con ciertos hombres... su reputación en el pueblo... ¿De verdad vamos a dejar en manos de una bastarda una propiedad de este calibre?

—Le sugiero que se calle, señora Morvan —Adam Beaston dio un paso al frente y la miró. Fríamente.

—¿Me amenaza, milord?

—No. Le recuerdo hechos —replicó Adam —. Su hijo está en la cárcel por intento de asesinato. Por intentar matarme, para ser exactos. Podría haber callado eso hoy, pero ya que ha abierto la boca... —Se giró hacia el notario, despacio—. No me gustaría tener que solicitar una investigación sobre cómo ciertos documentos

desaparecieron de esta notaría. Ni sobre las conexiones personales y financieras entre esta oficina y su familia —Miró de nuevo a Úrsula. Y esta vez, la sonrisa fue helada—. ¿Está segura de querer que sigamos cavando?

Úrsula no respondió. No porque no pudiera.

Sino porque, por primera vez en muchos años, alguien la había hecho callar.

Y lo sabía.

Entonces, todas las miradas recayeron sobre Delamere, quien se había mantenido silencio hasta entonces. El conde bebió un largo trago de agua, para mantenerse sereno. Luego, con dedos temblorosos, sacó un documento de su chaqueta.

—Esta es una copia de la carta de compraventa que firmé con Athenea Beaston. Nunca fue entregada al notario porque... —miró a Úrsula— ciertas personas me convencieron de que sería mejor mantenerla oculta.

—¿Y ahora? —preguntó Hargrove con tono neutro.

—Ahora quiero enmendarlo. Porque ella no merecía ser borrada —suspiró, mirando a Eric—. Y tampoco su hija.

Firmó con trazo tembloroso. Y entonces, por primera vez, Ariel dejó caer los hombros, por fin. ¡Por fin! ¡Blackthorn Hall era suya! Y su dignidad y reputación también. Úrsula se puso en pie.

—¡Esto es una vergüenza! ¡Un insulto a la memoria de mi familia! ¡Una bastarda no puede...!

—Si vuelve a alzar la voz contra mi hermana —dijo Adam con calma brutal—, juro que no responderé con palabras.

Úrsula retrocedió un paso. Delamere, sin levantar la vista, le tomó el brazo.

—Vámonos, Úrsula. Ya no tienes sitio aquí.

Y se marcharon. El señor Pritchard tomó aire y anunció, con una seriedad que no lograba ocultar su incomodidad:

—El registro se actualizará hoy mismo. Blackthorn Hall regresa legalmente a manos de la señorita Ariel Morvan Beaston. Enhorabuena.

Eric se volvió hacia ella, con una mezcla de orgullo y ternura.

—Lo has logrado.

Ariel se quedó inmóvil con la mirada aún clavada en el documento firmado. No lo tocó. Ni siquiera pestañeó.

—No sé si lo he logrado —dijo al fin, en voz baja—. Pero por primera vez... siento que puedo respirar sin tener que justificarme —Eric no respondió de inmediato. Solo la miraba, como si ella fuera algo que acababa de descubrir de nuevo—. Gracias... Eric —Eric alzó una mano y le apartó un mechón de cabello del rostro. No dijo nada. No hacía falta—. Pero no llores, Wycliffe —añadió Ariel, esbozando una sonrisa cansada pero genuina—. Sería una pena que arruinaras tu reputación ahora que estás tan decente.

Él rio, bajando la cabeza. Ariel era única. En todo.

En su belleza, que no era dócil ni pulida, sino feroz.
Su cabello rojo caía indomable, rebelde y sin disculpas, enmarcando un rostro donde la dulzura y la ironía bailaban en perfecta tensión. Sus ojos azules, grandes y hondos, parecían haber visto demasiado y aun así no perder la luz. La piel clara, salpicada de algunas pecas, tenía ese brillo que da la vida bien peleada. Y su porte —altivo sin quererlo— hablaba de una mujer que jamás pediría permiso para existir.

Pero lo que la volvía inolvidable era su carácter. Ariel no suplicaba, no se rendía, no imploraba afecto. Lo ofrecía si quería. Lo retiraba si le herías. Era tan inteligente como impaciente, tan apasionada como impredecible. Y, sin embargo, cuando te dejaba entrar, lo hacía con una intensidad que arrasaba.

Eric lo sabía bien. Porque se lo había ganado.

Y él... ya no era el mismo hombre que había llegado a Blackthorn Hall con el pasado a cuestas y el alma llena de pena.

La guerra le había dejado cicatrices —algunas visibles, otras no —, pero Ariel había derribado los muros que ningún cañón logró tocar. Seguía siendo reservado, sí, y a veces callaba más de lo necesario. Pero su mirada ya no era hueca. Su voz ya no temblaba de rabia contenida. Y su espalda, que antes sólo cargaba culpa y orgullo, ahora sostenía algo más: amor.

Era un hombre que había aprendido a quedarse. A luchar por algo más que su apellido.
Y por eso la amaba. Porque Ariel no le pedía menos que eso.

Porque con ella, por fin, *él también era único*.

Arabella se acercó con la gracia tranquila de quien no necesita hacerse notar para llenar una estancia. Era alta, de figura elegante y mirada amable. Su cabello rubio, recogido en un moño perfecto, atrapaba la luz como si hubiera nacido para brillar sin esfuerzo. Tenía esa clase de belleza que no despertaba envidia, sino alivio: la sensación de que aún existían personas buenas en el mundo.

Ariel no se lo esperaba. Ni el abrazo, ni el calor genuino que Arabella le ofreció al rodearla con los brazos sin pedir permiso, sin decir palabra. Y, para su sorpresa, no le molestó. No alzó barreras. No se tensó.

Solo se dejó abrazar.

—Gracias —murmuró Arabella, sin soltarla—. Por seguir aquí. Por no dejarla sola.

Ariel no supo si se refería a su suegra muerta, a la casa, o a sí misma. Pero asintió. Porque todo era cierto.

Detrás de ellas, Adam se acercó a Eric. Alto, imponente, con el mismo aire de nobleza templada por la guerra que el otro hombre había aprendido a reconocer en sí mismo.

Lo observó de arriba abajo, no con desconfianza, sino con una especie de reconocimiento silencioso. Como si lo estuviera midiendo. Como si entendiera exactamente el tipo de batalla que Eric había peleado para llegar hasta ahí.

—Así que tú eres el que se atreve —dijo al fin, con una media sonrisa cargada de intención—. A quedarte con mi hermana.

—No me atrevo. Me comprometo.

Adam alzó una ceja. Luego asintió, con un leve gesto de respeto. Como quien aprueba sin necesidad de grandes discursos.

—¿En qué guerras peleaste?

Y entre los cuatro —hermanos, amantes, aliados inesperados— se tejió, sin alarde, algo parecido a una familia.

Algo nuevo.

Algo fuerte.

Algo que nadie más en Willowmere podría destruir.

Y, sin embargo, Willowmere lo intentó.

Durante los días siguientes, las calles susurraron como nunca. Las viejas lenguas, afiladas por años de veneno, no tardaron en soltarse: en el mercado, en la iglesia, en las esquinas donde el pan se repartía y la moral se negociaba. Había quienes no podían digerir que una bastarda, una "muchacha sin nombre", ahora firmara como propietaria de Blackthorn Hall.

Pero ya no era la misma Ariel.

Y Willowmere... tampoco lo era del todo.

La señora Ellwood fue la primera en acercarse a felicitarla, con un ramo de flores de su propio jardín y una reverencia apenas perceptible. Detrás vinieron otras —algunas por genuino respeto, otras por puro interés—, pero Ariel supo distinguir quién llegaba con la frente alta y quién con la cabeza gacha.

Úrsula, por su parte, desapareció del paisaje.

No huyó, claro. Las damas como ella no huyen: se repliegan. Cerró las cortinas, dejó de acudir al té de los jueves y fingió que no existía el escándalo. Pero el pueblo hablaba. Y esta vez, no hablaba a su favor.

El conde Delamere se marchó con discreción y sin despedirse, como un ladrón que deja el botín al descubrir que le arde en las manos.

Y Ariel... Ariel caminaba ahora por Willowmere con la espalda recta y el mentón en alto, como siempre, pero por fin sin tener que empujar el mundo con cada paso.

Ahora podía caminar sin pedir permiso.
Y, sobre todo, sin pedir perdón.



El mar estaba en calma.

El sol brillaba alto, pero no abrasaba. Y el viento soplaba lo justo para inflar las velas y hacer crujir suavemente la madera del *Wind Serpent*, restaurado para la ocasión.

Ariel llevaba un vestido sencillo, marfil, sin encajes ni corsés. El cabello suelto, como le gustaba. No había flores ni coro ni ceremonia pública. Solo su padre, firme en la cubierta, con la casaca azul marino de capitán y una expresión entre solemne y conmovida.

Eric, por su parte, intentaba mantener la compostura. Aunque su piel tenía un tono sospechosamente pálido y llevaba ya varios minutos respirando como si el mar quisiera tragárselo.

—¿Estás bien? —le susurró Ariel, divertida.

—Estoy casándome contigo, mareado o no —murmuró él, sin abrir los ojos—. Así que sí. Bien.

Flinn soltó una carcajada desde el otro lado de la cubierta. —Nunca pensé que vería al gran Lord Wycliffe vencido por una ola.

Ariel soltó una risa limpia, más suave que cualquier campana nupcial. Su padre carraspeó con intención.

—¿Puedo continuar? —preguntó con el tono de quien no acepta interrupciones, aunque los ojos le brillaban de emoción.

Y así, bajo un cielo abierto y rodeados de agua hasta donde alcanzaba la vista, el capitán Louis Morvan declaró marido y mujer a Ariel y Eric.

No hubo aplausos. Solo viento, sal, sol... y la certeza de que, por una vez, no hacía falta más.

Más tarde, ya sin testigos ni palabras, Ariel subió al timón con el beneplácito de Flinn.

Sus manos lo acariciaron con familiaridad, como quien recupera una parte de sí que creía perdida. Se colocó bien los pies, alzó la vista al horizonte y giró con firmeza. La nave obedeció.

Eric apareció a su lado, aún algo pálido, pero sonriendo.

—¿Hacia dónde vamos, mi capitana?

Ariel entrecerró los ojos, sin mirar atrás. —Hacia donde no haya tejados con goteras ni puertas a medio caerse. Hacia donde podamos ser... sin más.

Y mientras el *Wind Serpent* se alejaba poco a poco de la costa, Willowmere se fue desdibujando como un recuerdo que se quedaba atrás, junto a todos los nombres que le negaron el suyo.

Frente a ellos, en cambio, se abría el mar.

Inmenso.

Libre.

Y por primera vez, Ariel no navegaba huyendo.

Navegaba porque, por fin, le pertenecía el rumbo. El viento le revolvía el cabello rojo, que parecía arder bajo el sol como una llama indomable. Y fue entonces, mientras sostenía el timón con manos firmes, que empezó a cantar.

No era un canto aprendido ni uno para ser entendido.

Era algo más antiguo. Más profundo.

Eric la escuchó como si el mundo entero hubiese enmudecido. No entendía las palabras —si es que las había—, pero no podía apartar la vista de ella. Cada nota lo arrastraba más lejos del mundo terrenal, más cerca de algo que siempre había buscado sin saber cómo se llamaba.

El mar, el viento, la mujer que cantaba.

Todo era uno. Todo era ella.

Y en ese momento, comprendió que no podría separarse de Ariel Morvan ni, aunque lo arrojara la tormenta más brutal.

Porque ya no sabía distinguir entre el mar y su voz.
Entre la libertad... y su amor por ella.

Epílogo



Blackthorn Hall, cuatro años después

—¡No pienso dormir en una habitación donde las ventanas suenan como lamentos cada vez que sopla el viento! —exclamó Ariel, de pie en medio del pasillo del ala oeste, con las manos en la cintura y el cabello desordenado tras otra inspección doméstica fallida—. Ya te lo advertí: esta galería es un desastre estructural.

Eric apareció en la puerta, cubierto de polvo, con una tabla bajo el brazo y una expresión de mártir resignado.

—¿Y quién crees que está intentando arreglarla, majestad? —replicó, sacudiéndose las botas—. Si hubieras contratado al carpintero en vez de decir "quiero ver cómo lo resuelve Lord Wycliffe", quizá ya estaría lista.

—Oh, lo siento, creí que un héroe de guerra, noble caballero y azote de aristócratas inútiles sabría clavar dos malditas tablas.

—Te juro que no sé por qué sigo aquí —gruñó él, arrastrando los pies por el pasillo—. Podría estar en Londres, en algún club con whisky y sillones de terciopelo, fingiendo que echo de menos este lugar.

—Siempre puedes regresar a tu vida de señorito —le espetó Ariel, alzando una ceja.

—Quizás lo haga —Eric la miró, desafiante,

—Hazlo.

—Lo haré.

Pero justo cuando el silencio se volvió casi dramático, una vocecita interrumpió la escena desde el fondo de la escalera: —¿Mamá?

Ambos se giraron al instante.

Una niña de rizos cobrizos, con un vestido azul y calcetas mal puestas, los observaba desde el último escalón, abrazando a un oso de trapo. Tenía los ojos de Eric y la testarudez de Ariel.

—Tengo miedo —susurró.

Y, como si el tiempo se plegara, el mundo volvió a su eje. Ariel corrió hacia ella sin dudar.

—Thena —dijo, arrodillándose para abrazarla.

Eric llegó un segundo después y la rodeó con los brazos por la espalda, con torpeza ensayada y ternura sin medida. —Papá estaba arreglando cosas inútiles —murmuró él, besando la cabeza de su hija—. Pero tú eres mucho más importante.

—Yo solo quiero dormir con vosotros.

Ariel y Eric cruzaron una mirada por encima de su cabeza. Una tregua tácita. —Bueno —dijo Ariel—. Pero mañana inspeccionas la torre norte.

—Mañana —concedió Eric—. Solo si me haces ese bizcocho raro que cocinas cuando estás de buen humor.

—Trato hecho.

Y se fueron los tres por el pasillo, entre risas, refunfuños y pasos suaves sobre las tablas antiguas de Blackthorn Hall. El hogar que Ariel había defendido con uñas, memoria... y amor.

El hogar que ahora, por fin, era suyo.

A la noche, cuando Lucy apagó las velas del pasillo y Thena se quedó dormida —con su osito de trapo bajo el brazo y la boca entreabierta— Eric fue en busca de Ariel.

La encontró en la torre de siempre, sentada en el alféizar de la ventana, con el rostro bañado por la luz de la luna y el camisón arrugado en las rodillas.

—¿Has venido a quejarte de nuevo? —preguntó ella sin mirarlo.

—He venido a recordarte por qué sigo aquí.

Eric cerró la puerta tras de sí. No necesitaba más palabras. Caminó hasta ella, despacio. Ariel no se movió. Solo ladeó la cabeza,

dejando que su cabello rojizo rozara su mejilla.

—Pensé que era por la niña.

—También —murmuró él, deteniéndose frente a ella—. Pero antes de Thena, ya estabas tú.

Ariel levantó la mirada. Lo observó como si lo viera por primera vez: descalzo, con la camisa abierta en el cuello, el rostro más maduro, más suyo. Con cicatrices invisibles que solo ella conocía. Con deseos que solo ella calmaba.

—A veces pienso que estás loco —susurró—. Que viniste a Blackthorn por arrogancia. Que te quedaste por obstinación. Y que me amas por error. Podrías estar en una mansión con suelos de mármol y criados a doquier.

—Lo mío no fue un error —murmuró, acariciándole la mejilla—. Fue el principio de todo lo que soy ahora.

Y entonces la besó.

No con furia, ni con urgencia. La besó como quien vuelve a respirar tras haber estado demasiado tiempo bajo el agua. Como quien regresa del exilio y, al fin, reconoce el camino a casa.

Ariel no retrocedió. Respondió al beso. Enredó los brazos en su cuello, las piernas a su cintura, y dejó que el temblor que la recorría dijera lo que las palabras no sabían: que él era su refugio... y su locura.

—La cama está a dos pasos —murmuró ella contra su boca.

—No me importa el suelo —respondió él.

—Claro que no —sonrió Ariel—. Nunca te importó ensuciarte por mí.

Cayeron entre telas arrugadas y risas mal contenidas, torpes de tanto deseo. No hubo palabras grandes, ni necesidad de decirlas. Solo manos que sabían a dónde ir, miradas que no se esquivaban y un ritmo compartido que por fin era solo suyo.

Y en medio de todo, una certeza tan simple como brutal: después de todo, el amor no era una tregua, era la victoria.

Esa noche, en Blackthorn Hall, Ariel y Eric no hablaron con palabras.

Lo hicieron con el cuerpo.
Con la entrega.

Con el derecho conquistado de quedarse.

Juntos.

Al fin.



"Uno no se libra de lo que tiene, aunque huya"
—Kafka

Tal vez por eso escribí.

Porque no podía huir.

Porque el dolor —ese que no se nombra— se sentó a mi lado el día en que perdí a mi hija, y desde entonces, ha dormido conmigo, ha respirado en mi nuca, ha querido robarme incluso las palabras.

Pero no pudo.

Le gané en su propio terreno.

Durante una semana he escrito cuatro capítulos al día.

No porque tuviera tiempo, sino porque no podía permitirme detenerme.

Y *Olas y cantos* fue eso: mi trinchera, mi refugio, mi forma de recordar que sigo viva. Que soy madre, incluso de quien ya no está. Que sigo creando mundos donde las mujeres no se rinden, donde el

amor duele, pero también salva. Donde los finales felices no son un cliché, sino una acción valiente.

Gracias por estar aquí.

Por leer hasta el final.

Por darle sentido a cada palabra que escribí con el pecho abierto y los ojos en alto.

La historia de Ariel y Eric ya está escrita.

La mía continúa.

Y ojalá nos volvamos a encontrar entre páginas.

Con amor,

Maribel

¿Te HA GUSTADO ESTA HISTORIA?

Si has disfrutado esta historia de amor, redención y segundas oportunidades, me encantará que sigas acompañándome en este viaje. Puedes seguirme en Amazon para no perderte ninguna de mis próximas novelas, y en Instagram para descubrir contenido exclusivo, sorteos, adelantos de capítulos y mucho más del universo de Pasiones Legendarias.

Tu opinión y tu apoyo significan el mundo. Gracias por leerme.

¡Hasta la próxima!
DEJA TU VALORACIÓN.

Pasiones Legendarias Estos No Son Los Cuentos De Hadas Que Leías Antes De Ir A La Cama...Pero Con Las Partes Que No Te Contaban.

Nos encontraremos con caras conocidas como Bella, Aladdín, Blancanieves, la Cenicienta y la Sirenita, pero no como las conocíamos. Cada personaje cobrará vida en un entorno histórico rico, con conflictos y amores que te mantendrán en vilo hasta la última página. Por supuestísimo, los villanos también tendrán su papel importante en esta nueva saga, e incluso los personajes secundarios también estarán reflejados.
Garras y Rosas
El sabor de la manzana
El hilo de Aurora
Cristales y Cenizas